

CONSUELO CORONADO G.

10-1-47

1/2 10

# El Diálogo Hispano-Inglés

ENSAYO SOBRE LA DECADENCIA  
DE ESPAÑA

Tesis para obtener la Maestría  
en Historia Universal

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

U. N. A. M.

MEXICO - 1947



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*La Historia, comprendida a través del pensamiento y de la atractiva exposición que de ella hace Edmundo O'Gorman, adquiere un sentido altamente humano. Desde este punto de vista he intentado solucionar los problemas que en mi tesis desenvuelvo. El poder acercarme a ellos, buscando mi propia verdad, es la razón por la que guardo profundo agradecimiento a mi Maestro.*

*El pasado es la fuerza viva y actuante de nuestro presente. Por eso su conocimiento es dinámico y tiene un interés vital. Nuestra realidad histórica está constituida por un conjunto de verdades que encuentran su origen y explicitación en los acontecimientos de otras épocas. El mundo hispánico, es decir, nuestro mundo, busca el por qué de su peculiar estructura en los grandes hechos de su historia, en aquellos que por su importancia han intervenido en el concierto universal y han transformado a la vez su vida íntima.*

*Dentro de estos acontecimientos se destaca de inmediato la decadencia de España, que ha sido clave de infinidad de nuestras incógnitas. El tema es inmenso, inagotable; hasta ahora no ha permitido un estudio exhaustivo, y tal vez nunca será posible hacerlo. Muchas han sido las teorías que tratan de explicar sus causas, pero no se han ocupado de la razón de esas causas. Se conocen con gran riqueza de detalles, uno a uno de los hechos que globalmente integran lo que se llama la decadencia de España. Pero esto no es suficiente. Sin duda el concepto encierra una verdad histórica; pero por otra parte, parece contradecir el vigor y el destino de ese pueblo, por lo que podría pensarse es un término equívoco. El intento de mi tesis es aclarar en lo posible qué hay detrás de ese término, profundizando lo más que pueda el problema. Se trata de una situación humana, y, por tanto, la explicación más a fondo, abordará la vida humana. La historia adquiere sentido a través del hombre. Por tanto, trataré de com-*

prender la historia, y en este caso la decadencia de España, en un plan de vida humana.

La amplitud del problema indica el primer gran obstáculo: ¿por dónde iniciar mi estudio? Por lo más obvio, por lo anónimo, por lo que se ofrece a primera vista del modo más sencillo. Las fuentes tampoco presentarán dificultad, pues la historia realiza por sí misma una decantación de ellas que oculta un profundo sentido.

Sin lugar a duda, mi tema se enmarca en el momento en que estalla la lucha entre España e Inglaterra. En consecuencia el estudio estará orientado al examen de esa lucha, pura ver en definitiva si el término de decadencia no acusa un juicio de valor relativo a la visión inglesa del mundo.

En el ambiente cultural existen anónimas opiniones que contienen visiones del mundo español, conexas con las del mundo inglés. Estas son: por una parte la leyenda negra, conjunto de opiniones y sentimientos arbitrarios que llevan dentro de sí, la España concebida por el mundo popular, y por la otra, la pérdida Albión, que debemos poner en relación con la primera, y que se basa en la sutileza de los principios imperialistas de Inglaterra. Estas expresiones, carentes de todo erudismo, pero profundas por su sinceridad, deben ocultar el secreto de mi problema, o al menos pueden conducirme a él.

Es innegable que se han relacionado dos sensibilidades completamente diversas. Al trascendentalismo católico, opone Inglaterra un mundo imanentista. Y basta este ejemplo para comprender el abismo ideológico que media entre ambos. Su antagonismo se percibe a través del diálogo que entablan, que se inicia durante el siglo XVI, en la época del poderío de España, y que concluye con la derrota trágica de los peninsulares, ya en pleno siglo XVI.

De acuerdo con este esquema tan sencillo, el desarrollo que debe seguir mi programa de estudio, se presenta en forma clara.

El examen de la situación histórica incluirá, por supuesto, el episodio de la Gran Armada, que es la manifestación militar del choque entre los dos pueblos. Pero tan sólo lo trataré como el momento trágico en que se desencadenan el odio y el furor entre los ingleses y los españoles que luchan con tan sin igual furor. Reviste mayor interés conocer los ánimos de aquellos hombres que se lanzaron al peligro para defender sus ideales, ideales que demostrarán la forma de vida que cada uno de ellos anhelaba. La interpretación de la historia ha pasado de aquel infantilismo que estima el valor de las épocas por el imperio de la fuerza o por el dominio de la mediocridad hecha gobierno. La sensibilidad humana exige una interpretación plenamente humana, que abarque todas sus manifestaciones. El historiador del momento debe pretender conocer al hombre como tal y no como simple integrante de una campaña bélica o de una asonada política. Los siglos no son un obstáculo para que podamos conocer en esta forma a los que nos precedieron. Contamos con la expresión más elevada de los ideales de un pueblo, en la pluma de un pensador o en el vuelo fantástico de una obra artística. Con la sensibilidad exquisita, captan las más hondas vivencias de sus compatriotas. Ingleses y españoles descubrirán su íntima realidad, su yo interno, a través de sus hombres de genio. Teniendo frente a frente las dos formas de vida, surgirá el contraste. Y si acaso es acertada nuestra idea de que la decadencia de España es un concepto relativo a la visión inglesa del mundo, comparando los términos, creo se llegará a alguna conclusión, que en última instancia me conducirá a una interpretación más exacta del pueblo español y a una comprensión del destino de los pueblos de habla hispana.

## **INTRODUCCION HISTORICA**

## I.—ENRIQUE VIII Y EL EMPERADOR

Al tomar el siglo XVI como punto de partida para mi estudio, no pretendo establecer un límite cronológico absoluto. Tal intento nos llevaría a falsear una adecuada visión histórica.

El siglo XVI, como todos los demás siglos, representa una fragua en la que intervienen los más variados y en ocasiones disonantes factores y circunstancias, cuya complejidad es por una parte, la causa de acontecimientos aún no adivinados en la época en que se forjan, y por otra, las consecuencias de mil realidades históricas que se combinaron en forma caprichosa, tiempo antes. La división por siglos es absurda como división histórica, pero sobre todo lo es en un estudio que intenta llegar hasta las más hondas vivencias humanas, las que nada tienen que ver con el indiferente tiempo cronológico que va acumulando sus segundos con exactitud matemática, sino que se alienan al tiempo vital que, desconocedor de límites exactos y uniformes, va alterando su ritmo al unísono de la cambiante vida del hombre.

Es el momento en que Europa ya no actúa conforme a los cánones medievales; ha abandonado esa estructura jerárquica compuesta de estados y corporaciones; de clero, nobles, villanos y burgueses; de conventos, castillos, señoríos y ciudades. Ahora Europa presenta el espectáculo de un conjunto de estados separados, cada uno dotado de un soberano absoluto en sus territorios y unido de la representación nacional. El rígido sistema cor-

porativo había impedido el desarrollo de la iniciativa privada y de la individualidad; el europeo afloja el estrecho control de la Iglesia y poco a poco libera su vida y su pensamiento; los estados nacionales, al igual que los individuos, pugnan por rechazar la excesiva influencia clerical que ahora se siente como una carga intolerable. Había llegado la oportunidad para actuar sin trabas alguna, y con atrevimiento de novatos los pueblos y sus reyes pretenden separarse de la Iglesia, olvidando tal vez que hasta ese momento ella había sido su sostén y la causa de su prosperidad, salvaguardando sus intereses de los riesgos de un individualismo para el cual aún no se encontraban capacitados.

Desde mucho tiempo antes se venía anunciando esta revolución espiritual que, sin barricadas ni guillotina, transformaban en lo más hondo la vida. A partir de entonces se abren para el europeo horizontes desconocidos; alejados de Dios, funda su nueva fe en la propia razón; que invade todos los órdenes. Se inicia la gran aventura de la modernidad, con su ciencia, sus técnicas y el nuevo sentido del amor a la patria.

Mas esta Europa moderna no surge de buenas a primeras. Es el resultado de un proceso lento y doloroso que reviste las formas de una lucha entre tendencias de signo opuesto, cuyos extremos están representados, por España de un lado, e Inglaterra del otro. Enlazados en un destino común, estos pueblos forjan su historia en el diálogo que entablan. Se levantan en Europa como dos conceptos de vida que luchan por dominar. Triunfos y fracasos acompañan a ambos, iransformando con el mismo ritmo a la sensibilidad europea que sigue la sombra del vencedor. Es ésta la causa por la que es de enorme importancia el estudio del diálogo inglés español. El examen de la situación general de los dos pueblos y sus relaciones constituye el fondo indispensable para comprender el desenlace de esta compleja y trascendente situación histórica que encierra el secreto de la decadencia española.

España en el curso de las guerras de la reconquista, logra la integridad de su territorio y la unión política y social de los españoles. Empapada en la epopeya que siente que es su historia, día a día aumenta su poderío y riquezas añadiendo a su corona las enormes posesiones coloniales. Llena de fe en su destino se lanza a nuevas aventuras cuyo sentido siempre va vinculado a las verdades católicas y al prestigio de su príncipe. Europa ve surgir ante sus ojos un coloso imperial, un héroe que ostenta los más altos valores de la época; el caballero cuyas armas son el heroísmo y el valor, la audacia y la temeridad, la pasión y el arrebató, y todo bajo el signo de su profunda religiosidad.

Entre tanto Inglaterra, bajo el dominio de los Tudor, se transforma, su vida cambia radicalmente. Se ha destruído a los señores feudales, se han exterminado las guerras civiles y poco a poco se alejan de la Edad Media y de la monarquía, sólo con servan aquellos rasgos que no contrarian su ideales nacionalistas; se desenvuelve con un sentido de modernidad, tal vez hostil y gravoso para el pueblo que vive en medio del despotismo y del centralismo; pero es imprescindible, pues la exaltación de la autoridad real obedece a la necesidad de imponer un gobierno fuerte. El despotismo restringió la libertad, pero dejó mayor espacio al individuo que el que había gozado en el mundo medieval; la corona y el parlamento representan la fuerza nacional, que apenas se va destacando después de doscientos años de lucha.

En Europa occidental los pueblos centralizaban cada vez más a los poderes en el soberano. Pero mientras en España la nueva monarquía estaba aliada con la antigua Iglesia y se inspiraba en las venerables normas jurídicas romanas, en Inglaterra se fusionaba con su parlamento y redactaba sus propias leyes. He aquí el origen de una de las mil diferencias que existen entre los dos pueblos. Son tantas, que surge de inmediato la pregunta ¿a qué se debe que pueblos pertenecientes al mismo tronco europeo diverjan en forma tan notoria en grandes y pequeños detalles?

Si tan sólo juzgásemos por las apariencias, no cabría pensar más que en un desenvolvimiento independiente y simultáneo de ambas potencias; no tendrían por qué estorbarse ya que poseían horizontes propios, forjados en un peculiar modo de sentir y de pensar que los llevaba por sendas distintas. Pero no fué así. En primer lugar, a su lado y atentas a su más mínimo movimiento, estaban las demás naciones europeas temerosas del excesivo poder de alguna, que podría significar la sumisión a ella. La lucha por el equilibrio es la lucha del XVI; en ella intervinieron las naciones que aportan sus más grandes empeños y sacrifican ideales internos; todas pugnan por obtener la primacía, y los episodios de paz y guerra alternan conforme al ritmo que ese objetivo presenta. Sin duda el anhelo de superación constituye uno de los motivos de discordia entre Inglaterra y España. Pero es ésta una de las fases más superficiales del problema, que no debemos perder de vista, pero tampoco podemos considerarla única y definitiva.

En 1519 la política europea se ve representada por tres jóvenes y ambiciosos monarcas, supone cada uno de ellos que posee una situación ventajosa sobre los otros dos para heredar el Sacro Imperio Romano que ha dejado Maximiliano I. Estos tres príncipes son: Carlos de Austria, nieto de Maximiliano, rey de España y Nápoles, gobernador de los Países Bajos y de las tierras españolas en el Nuevo Mundo; Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra. Son en lo sucesivo los causantes de la paz y la guerra, la armonía y la discordia, de la tranquilidad y la zozobra que se suceden en Europa, renovadas apenas finalizada alguna. Desde este momento la personalidad de Carlos I se destaca en el juicio de los contemporáneos y en la perspectiva histórica; España y su monarca se confunden en un alto valor estimativo siendo una y otro, la respuesta recíproca de la gloria de ambos. Su prestigio rebasa el juicio de los compatriotas y se le considera el más avocado para recibir la herencia y el único honrado de los

tres "por extraño que esto suene a los oídos anglosajones" (1). Tan sólo como una anticipación y ofreciéndose en este momento hago notar la frase del historiador Lewis de origen inglés: "por extraño que esto suene a los oídos anglosajones" ¿por qué habría de parecerles extraño? Tal vez porque les molesta reconocer ciertas cualidades en los adversarios triunfantes inspirados en el espíritu hostil que existe entre ingleses y españoles.

Los tres príncipes, hábiles políticos procuran ocultar el ánimo adverso que reina entre ellos. No obstante la hostilidad es notoria, lo cual es fácil de explicar si se toma en cuenta la importancia de la herencia, que no sólo reportaría bienes materiales y un dominio más vasto, sino que haría del favorecido el árbitro europeo. El triunfo de Carlos no concluye las desavenencias, sino por el contrario enciende más aún los ánimos. Los españoles tenían consigo el equilibrio europeo, siendo esto un peligro para la independencia política, económica y comercial de las demás naciones.

Carlos V se convierte en acucioso observador de la política de sus vecinos, su gobierno tiene por miras conservar el nivel ocupado defendiendo la integridad política-territorial de su imperio y controlando además la balanza europea y la estabilidad del cristianismo.

Pero si el imperio español busca la unidad europea con tan alto halarate como es la religión, tiene un profundo carácter nacionalista. España abarca grandes extensiones, dominios en ultramar y posesiones en el continente ¿por qué no incluir los próximos e invaluable territorios europeos que permanecen fuera del imperio? En defensa de estos principios Carlos V concilia sus intereses con los ajenos. Pero no se trata sólo del imperio cristiano, sino en una forma escueta, del imperio. De aquí que diplomacia y actividades políticas atropellen principios religiosos, tal si se tratara de conceptos secundarios, a fin de lograr otros objetivos. Sirva tan sólo para ilustrarnos por lo pronto, la alianza

que el emperador realiza con el partido protestante a fin de combatir a los turcos. Se trata de una defensa de la cristiandad, pero apoyándose en los que habían destruido su unidad en Europa. Es ésta una simple referencia, pues el problema se presenta de un modo reiterado a lo largo de su extensa historia.

De tal situación no se podía esperar, más que una política conciliatoria en especial con el país que parecía desde entonces oponer mayor resistencia: Inglaterra. No se afirma esto de un modo arbitrario. Se documenta ampliamente en la serie de tratados y alianzas que a fin de lograr cordialidad firma Carlos V con el monarca inglés. Concierta una entrevista con Enrique VIII en Inglaterra el año de 1520 y abre el preludio de una larga serie de intercambios políticos; dos años más tarde Inglaterra colabora, en forma nominal, con España y con León X en sus campañas contra Francia. Los tratados continúan y Carlos se concierta nuevamente con los ingleses en contra de Francisco I, preparando un movimiento general de defensa de la cristiandad en contra de los turcos, y así se podrían citar numerosos documentos, pero basten estos detalles, dados en forma somera, para poner en evidencia que los propósitos del emperador eran a todas luces pacifistas para la "pequeña isla", como así la denominaban en aquella época en que los españoles marcaban el cauce de las corrientes ideológicas y material. Escritos oficiales, áridos y rígidos en apariencia, nos muestran la actitud de Enrique VIII y su peculiar psicología. Firma los tratados, los acepta, pero su intervención efectiva de tan mínima o nula se convierte en un factor negativo. No sólo, sino que aprovecha la favorable alianza y pide una supuesta herencia de ciertas propiedades situadas en posesiones francesas. Pretensión tan ridícula no cabe en la política conciliatoria por más que ésta lo sea, y Carlos comprendiendo que quedaba al margen de sus intereses, se niega a prestar ayuda y responde con evasivas. ¿Fue esta negativa la que impulsa a Enrique VIII a romper con el emperador y formar una liga en su

contra? Por supuesto que no, fué tan sólo un subterfugio. Nada raro es que un simple detalle dé ocasión para tomar drásticas y trascendentales decisiones, ocultando después su pequeñez en la inmensidad, de la que fué pretexto. Enrique VIII, si corresponde a la figura que sus biógrafos nos pintan, como un hombre capacitado para la política, bien se cuidaría de hacer una petición absurda, a quien tanto le podía favorecer y que conocía incapaz de aceptar, sería contradictoria a la diplomacia internacional de Carlos y el monarca inglés no podía ignorarlo. En mi opinión, es la palanca de que se sirve el inglés para manifestar, de un modo encubierto y tímido el sentimiento adverso, la envidia, el recelo, y el odio que sentía por el pueblo hispano. Deseaba ponerse frente a él, en un lance que decidiera quién poseía más fuerza, y quién disfrutaba de mayores posibilidades. El inglés conoce la pequeñez de su isla al lado del gran imperio; pero siente dentro de sí una naciente fuerza que lo coloca en disposición de pelear el cetro europeo, al pueblo más poderoso del momento.

La convicción católica del emperador no impide que sus campañas militares conviertan al Papa en su prisionero político después del famoso saqueo de Roma realizado por las huestes imperialistas ¿puede verse con mayor claridad la fusión indescifrable que Carlos V hace de su religión-política, política-religión? Se ha librado al emperador de la responsabilidad histórica que podría significar una ofensa a la Iglesia, arguyendo mil circunstancias, se alega que la aparente desobediencia de Carlos V superaba las deficiencias de la Sede Romana. Resultó Carlos más papista que el mismo Papa. El año de 1527 adquiere importancia por este hecho. Dice un autor inglés: "los herejes alemanes y los católicos españoles rivalizaron entre sí en robar iglesias, violar monjas y sitiar a los papas y a los cardenales, en el castillo de San Angelo mientras un católico escribía así a Carlos V: todo el mundo considera que esto ha tenido lugar por el justo juicio de Dios porque la corte de Roma estaba tan mal gobernada.

Algunos opinan que la Santa Sede no debería continuar en Roma, para que el rey de Francia no haga un patriarca en su reino, y niegue la obediencia a la dicha Sede, y el rey de Inglaterra y todos los otros países hagan lo mismo." (2) Uno de los cronistas por excelencia de España, Alfonso de Valdés, afirma en su *Diálogo*: "Mercurio. Mira, Caron, estaba aquella ciudad tan cargada de vicios y tan sin cuidado de convertirse que después de haverlos Dios conuinado y llamado por otros medios más dulces y amorosos y estándose siempre obstinados en su mal vivir, quiso espantarlos con aquel insulto y caso tan grave y como no se quisieran enmendar, vinoles después otro más regio castigo" (3).

El debate acerca de la responsabilidad de Carlos V incluye las más encontradas opiniones, pero de las apasionadas polémicas, sólo recojo el sedimento que nos muestra en toda su evidencia la citada mezcla de política tan característica de la época. Carlos V a su conciencia de creyente antepone su conciencia de emperador. Contribuyendo a la paradoja del futuro europeo, los monarcas francés e inglés se postulan en defensa del Papa y de la cristiandad. Exigen a Carlos V de libertad al pontífice; de no hacerlo así se considerarían sus enemigos y provocarían la guerra que sin duda era muy poco deseable para la estabilidad europea. Aun conciliatorio Carlos V explica cuál es la verdadera situación, aclara que ha sido contra su voluntad, que es víctima de las circunstancias y está dispuesto a acceder a las justas peticiones. Pero no escapa al Emperador la falsa situación de Enrique VIII, a la vez que defiende al Papa en la política, en su vida íntima contraría los más elementales principios de su autoridad. Según los rumores que entonces recibía Carlos, pretendía divorciarse de Catalina de Aragón para contraer segundas nupcias con Ana Bolena. De aquí que a la admonición que el rey inglés le enviara, responde a través de Clarenceao, Rey de Armas de Inglaterra: "El rey vuestro amo no le diese más caussa de hazerle guerra, que el pensaha avérselas a el dado. Porque si

es verdad lo que por Inglaterra y Francia y otras partes se dize que quiere dexar la Reyna su muger tía de su magestad para casarse con otra, lo que su magestad no puede acahar de creer."

Su carácter de príncipe cristiano adquiere mayor vigor con la tolerancia que imprime a sus actos. Y lo que nos ha de causar mayor asombro es ver cómo este ánimo conciliador ha de encontrar una reacción contraria en la época inmediata posterior. El reinado de Felipe II se sealaría por su intolerancia y su particularismo. Y el resultado que ambos obtuvieron es tan diverso como opuesta su conducta. Mientras Carlos V inspirado en la tolerancia pugna por la paz universal y eleva a su más alto nivel a España, Felipe II con el ánimo exclusivista de engrandecer a éste la lleva por los derroteros de la decalencia.

La situación entre Inglaterra y España era insostenible. Pronto estallaría el conflicto. El divorcio es el hecho más claro que nos permite examinar lo que acontece, que es el anuncio de una nueva situación. Examinemos este divorcio desde estos puntos de vista. No se trata de una simple discusión de familias, por más importantes que éstas sean. El interés está en lo que hay tras él, en el mundo inmenso de acontecimientos que lleva implícitos.

Los rumores adquieren carácter de plena evidencia y la situación se complica. No era para menos: Carlos se veía afectado desde varios puntos de vista. En primer lugar, haciendo caso omiso de su carácter imperial, al hombre sencillo, al hombre que posee una vida íntima y que convive con un grupo de seres queridos. No podía Carlos permanecer pasivo ante la ofensa que Catalina recibía. Por otra parte, aunque su corte fué flamenca, pronto el emperador comprendió a los españoles, a sus ideales y a sus más altos valores. Cada español resentía en sí mismo el repudio, y el emperador con todos ellos. Se va perfilando cada vez con mayor claridad el odio que albergaban los españoles contra los ingleses. Fué un proceso que se gestó en las entrañas del pue-

blo hispánico, en un principio lo ignoró, permaneció en él como una verdad inerte. Pero se van acumulando mil acontecimientos y en la conciencia, no sólo de los españoles sino también de los ingleses va creciendo de un modo palpable, objetivo y perfectamente definido el odio que ha de enfrentar a las dos potencias cuando francamente se abran las hostilidades.

Es así como las manifestaciones exteriores son una respuesta a lo que la interioridad pide. Pero ¿por qué se alberga esta rivalidad que adquiere caracteres tan apasionados? Los hechos nos ayudarán a descubrir este problema. Desde el punto de vista político el divorcio tenía también enormes consecuencias. Para realizarlo se necesitaba la autorización del Papa, prisionero de Carlos V, Francisco I luchaba enconadamente a fin de conseguir la libertad del Pontífice. Nada más fácil para el Tudor que colaborar con el monarca francés para liberarlo. Así se captaba la amistad del Papa y éste no se podría negar a cumplir su voluntad. Pero si esto era para Enrique una fácil solución, no le pareció así al Papa que dió largas al asunto a fin de que se definiera la situación política del momento que favorecía sin duda al emperador. En este punto los autores españoles, como católicos que son, al menos en su mayoría, vuelven la página sin investigar más allá. Para ellos es algo obvio que no se haya permitido el divorcio. Lo único que objetan es que el Papa no hubiese resuelto con una negativa irrevocable a una petición que desde todos los puntos de vista contrariaba los principios en que se basaba la iglesia. Satisfacen el obstáculo recordando el fondo político de la época, básico en todas las actividades. Pero autores como Revelyan no se detienen ante un obstáculo religioso, es más, no creen en él "la negativa del Papa a dejar libre a Enrique, no se debió a escrúpulos; acababa de divorciar a la hermana de Enrique, Margarita reina de Escocia, por una excusa mucho menos razonable, y se habían liberado monarcas

como Luis XII de Francia, cuando deseaban divorciarse sin más motivo que la razón de Estado". (4).

La historia de los Papas en este aspecto se repite: por desear un poderío material se ven sujetos a él. Clemente VII, Papa pero príncipe italiano al fin, no podía contrariar a quien de hecho lo mandaba: Carlos V, y niega la petición inglesa.

Enrique no soporta dilación alguna y decide tomar medidas enérgicas, por arbitrarias que fuesen. Se divorcia de Catalina y contrae nupcias con Ana de Bolena. Las circunstancias del momento nos revelan que sólo altas razones indujeron a Enrique a obrar con tal rapidez. Los arrebatos de su violenta naturaleza estaban enmarcados en lo que deseaba, así que no constituían una causa. Profundizando vemos que el altivo monarca inglés se rebela a rendir sumisión al emperador español a través del Papa. Y tan sólo es el eco de lo que toda Inglaterra sentía desde largo tiempo antes. Los ingleses estaban convencidos que para constituir una nación libre y progresista, había que desechar el yugo espiritual que trataba de imponerle su rival y enemigo pueblo español. Ya en la Inglaterra Plantagenet se había lanzado el germen de este individualismo nacionalista. Estuvo cohibido por la incapacidad inglesa, pero ya no se dudaba de tener las fuerzas necesarias para abandonarse a sus propias creaciones y alejar todo aquello que no fuera inglés, o sea lo que no viera en realidad por los intereses del pueblo. Enrique VIII rompe definitivamente con la Iglesia; y mediante el Acta de Supremacía, establece el anglicanismo; con esto da el primer paso hacia la independencia de Inglaterra.

El antecedente inmediato de la ruptura es la reforma alemana de Lutero y no el divorcio como un hecho aislado. Enrique ve en el movimiento protestante una oportunidad para pronunciar en firme, una actitud independiente, a fin de fortalecer el creciente nacionalismo inglés, lejos de aquella inmensa fuerza que representaba la Iglesia. El momento para la ruptura no po-

día ser más oportuno: Lutero y el Saqueo de Roma, son disidencias de distinto carácter pero significan un desafío a la autoridad. Las tesis de Wittenberg eran las que el inglés necesitaba, si bien las puso en el entredicho de la Iglesia y el estado para que fuesen realmente inglesas. Téngase presente que la Inglaterra nacionalista, que está utilizando las teorías alemanas, es la misma que ha rechazado toda intervención extranjera. Al aceptar teorías extrañas está dentro de un plan natural: recibe el progreso ajeno para impulsar el propio, dándole características individuales. Es hermética ante lo extranjero cuando pone cortapisa a su libertad. Si rechaza lo español es porque pretende sojuzgar sus intereses a los del catolicismo minando su nacionalidad. Por el contrario, los principios alemanes, en este caso, favorecen su rebeldía a la sumisión papal. Y así como acogió las ideas luteranas, aceptaría lo que en su beneficio fuera, sin importar su origen diverso.

Ahora bien, ¿cómo juzgaba el pueblo el problema del divorcio? ¿Cuál era el sentir de los alejados de las altas esferas políticas? Los más distantes de las grandes soluciones son los más sinceros espectadores. Ven en la política de su país, la justicia o injusticia que se cierne sobre su vida privada, se convierten en jueces pero no agotan el contenido humano, no lo mecanizan. La masa anónima del pueblo tiene esta superioridad ante los hombres que se erigen en jueces para defender lo justo, pues éstos a fin de que sea posible la convivencia subordinan el sentido humano a la rigidez de una sentencia.

Para acercarnos a los españoles, es estéril estudiar los textos de los eruditos o de los teólogos; más nos aproximariamos tomando una manifestación del sentir popular. "El Cisma de Inglaterra" de Calderón revela el dolorosísimo golpe que los españoles reciben de los ingleses al insultar éstos a Catalina, que es símbolo de la tradición y de los más altos valores españoles: grandeza y humildad; abnegación y amor.

Para los ingleses el divorcio fortalecía su nacionalismo que ya estaba en pleno desarrollo. Bajo el catolicismo sentían la autoridad religiosa pero alejada de ello materialmente, no atendía a la solución de sus problemas espirituales. Por sus convicciones y sumisión a la Iglesia, Inglaterra constituyó en cierta época un núcleo católico de considerable fuerza, pero día a día se fué creando cierto ambiente de disgusto contra el Papa, bien sea por una consecuencia oculta del nacionalismo, bien porque en realidad haya desatendido aquél, los problemas de los ingleses. Reflejo de este proceso se encuentra en algunas páginas del católico inglés por excelencia: Thomas Moro. En la *Utopía* expone ideas importantísimas; los sacerdotes—dice—deben ser elegidos por el pueblo como los magistrados, por medio de votos secretos a fin de evitar odios y rencillas; la confesión debe ser entre familia, y el sacerdote debe tener una relación estrechísima con el fiel, a fin de constituir un verdadero guía espiritual. Esta es la expresión teórica de los ideales de los ingleses. La pone en práctica al desligarse de la sede romana que no se interesaba por ellos y crea en su misma nación la iglesia que diera a sus hombres la solución que les faltaba. Sin embargo, las ventajas políticas no eran un obstáculo para que comprendieran que se estaba vejando a una mujer honrada, intachable, en tanto que se elevaba a la categoría de legítima a una mujer frívola, atractiva, sin duda, pero que no poseía las suficientes cualidades para que se olvidara que usurpaba el trono a una mujer digna.

El divorcio, con su enorme cauda de consecuencias, hubiere sido motivo suficiente para una ruptura definitiva con Inglaterra. Pero Carlos V sobre sus intereses familiares y religiosos tenía los del Imperio. Era indispensable estar bien relacionado con la Isla, entonces había que correr un velo discreto sobre los numerosos inconvenientes y procurar un buen entendimiento que reportara beneficios. Hay que subrayar nuevamente que si el emperador luchaba por una unidad católica, también con-

densaba, en forma clara, el nacionalismo, notándose entonces tres aspectos: 1º Con anterioridad a estos acontecimientos Carlos soñaba en realizar la unidad de Europa bajo el Sacro Imperio. Se trataba de ambiciones políticas. 2º La Reforma, el Cisma de Inglaterra lo colocan ya no sólo como el conquistador militar imperialista, sino como el defensor de la cristiandad y en especial del catolicismo. Su meta era entonces fundar un imperio universal católico. 3º Involucrado con el dominio que pretendía se fusiona el nacionalismo; fusión en la cual es difícil definir los límites de la política, de la religión y del españolismo.

En conclusión, podemos inferir que el divorcio es, por análisis, la expresión del odio entre los dos pueblos. Por supuesto este odio, ya existía, pero en estos momentos se perfila con toda su claridad. El Diálogo adquiere un tono de franca hostilidad. ¿Qué esconde esta hostilidad? dos tipos de hombres o mejor dicho, dos sentidos de la vida cara a cara.

El Emperador se ve apesadado en situación sin remedio. Por un lado su espíritu tolerante, por otro, la necesidad de actuar contra los que atacaban la Iglesia. En el fondo, se plantea un problema más o menos perfilado: protestantismo o catolicismo. ¿Qué pasó?

La tolerancia de Carlos V se manifiesta en los innumerables tratados e intentos que lleva a cabo por lograr la cordialidad, y por supuesto el beneficio imperial. Pero podría objetarse que se trata de conveniencias e intereses políticos y no de verdadera tolerancia. Recurrió entonces a otra fase de su historia, a fin de que no se crea, que pretendo forzar los hechos en sacrificio de una idea preconcebida. Se trata de la intervención de Carlos V en el candente asunto de la Reforma protestante.

El Emperador sabe que todo el mundo espera de él una pronta solución al caos que reinaba en toda Europa con motivo de la desmembración que Lutero y los protestantes provoca-

ran en la Iglesia y a fe que no le faltaba buena voluntad; desde el día de su coronación jura "prestar al Santo Padre y Señor en Jesucristo y a la Santa Iglesia Romana, el homenaje constante de la sumisión, el respeto y la fidelidad" (5). Su enorme Imperio le provocaba innumerables problemas y por solucionar algunos desatendía otros de grave importancia. Los católicos y su amada Alemania se resentieron de su Emperador que abandonaba esas tierras. La nueva religión adquiría un mayor número de adeptos y un brío que la convertía en invencible. El protestantismo por su parte tenía necesariamente que atacarlo. En primer lugar, por ser católico; además el éxito sobre Carlos significaba lograr la buena voluntad de los príncipes alemanes cuyos intereses eran naturalmente opuestos a toda idea imperialista. El descrédito del Emperador se vio acrecentado por el ataque del caudillo del protestantismo, que habiendo desconocido la formidable autoridad del papado, no podía esperarse que respetara al Emperador; sus palabras resonaron largo tiempo en los oídos de Carlos V, sin embargo, no fué un impedimento para que continuara conciliador. Obsesionado por el terrible peligro que se cernía contra la unidad imperialista, marcha a Alemania. Se le aconseja prudencia, advertencia inútil a un espíritu cauto, a un carácter que evitaba siempre las medidas drásticas, máxime si no habían sido elaboradas con toda la dedicación que su importancia exigía. Confiado en el origen divino de su corona, cree que su intervención personal es el medio para devolver al orden a los disidentes sin recurrir a la coacción. Lanza la convocatoria para la Dieta de Augsburgo, en términos suaves y amables; declara que desea oír todas las opiniones con amor y buena armonía para ver y meditar si podía llegarse a una sola verdad y unión cristiana a satisfacción de ambas partes, a fin de que todos tuvieran una religión única y viviesen en concordia formando una iglesia, única también.

La habilidad del cauteloso y dinámico Melancton complica la polémica que el Emperador desea, pues en su "Confesión de Augsburgo", oculta los principales temas de discrepancia exponiendo tan sólo aquellos que no muestran radicalismo. Los católicos, obligados por exigencia del Emperador, a formular una réplica aclarando cuáles son los puntos que van en forma franca contra la Iglesia, se descontrolan ante el evasivo Melancton y no aciertan a dar respuesta alguna que solucione las que ellos llaman contradicciones de los protestantes.

Exhorta el Emperador a los protestantes que vuelvan a la comunidad cristiana, prometiéndoles con su palabra que no se tomaría represalia alguna, ni se les haría objeto de denigraciones. Viendo que sus propósitos y sus cordiales palabras no tienen eco, los amenaza con una intervención armada, ya que parece necesitan ese medio para volver al orden. Este proyecto lo deja para otro momento, pretextando no era la ocasión propicia. Propone se integre un nuevo concilio.

Toda la beligerancia de Carlos choca con la tenaz réplica de Lutero que desde Coburgo fomenta la discordia. Su elocuencia nada de prudente tiene. Al fin triunfa, pues la dieta no tiene resultado alguno. Se comprende que dadas las circunstancias del momento el edicto de Worms es inaplicable; sin embargo, continúa vigente. Queda en pie la promesa del nuevo concilio, pero de su aplazamiento se ocupará Clemente VII. Sincero consigo mismo reconoce el Papa la debilidad de su Iglesia y comprende que al reunirse con sus contradictores es dar la ocasión para la formación de nuevas escisiones.

La tolerancia de Carlos V es reconocida por sus contemporáneos. Se contraponen al suave espíritu del Emperador, la inadecuada hostilidad que emplea Lutero en sus escritos. Reflejo fiel es la tremenda réplica que recibe de Dresde el monje alemán, amparada entre otros por el cura Arnoldi: "mientes al decir que el Emperador ha resuelto declaraciones de guerra para

aplantar al Evangelio. Mientes a sabiendas como un miserable perjuró sin fe, cuando hablas de una liga de príncipes católicos concertada en Dessau para atacarnos. Y así prosiguen tus embustes. Nuestros príncipes se han aliado para defender la paz en su territorio y no para combatir a nadie como está demostrado. Denostas a todos los papistas, el emperador entre ellos como calumniadores, miserables, ladrones y canes hidrófobos, para escudarte en una mentira más, pretendiendo no haber hablado contra el Emperador, ni contra la autoridad, es decir, diciendo blanco donde antes dijiste negro.

"El Emperador a quien animan mejores sentimientos y prudentemente aconsejado, ansía la paz de la Iglesia; no quiere tolerar en su Imperio a los clérigos disolutos, y en esa medida te empeñas en ver, como un apóstata malicioso que eres, algo que ni el mismo diablo del infierno podría imaginar nada más ignominioso ni escandaloso" (6).

Carlos V con admirable tenacidad y con su creciente empeño por salvar a su Imperio de la anarquía trata de reunir una nueva Asamblea religiosa. Hace un llamado a los Estados protestantes para que se reintegren bajo su autoridad católica. Ofrece a cambio, grandes concesiones. Pero todo es inútil. El Emperador jamás pretendió acabar con estas dificultades de un modo arbitrario, imponiendo su razón imperial, sino que reconocía la ajena y ofrecía ceder en sus puntos de vista. Además pedía colaboración para combatir al turco, el más grave enemigo de la cristiandad. Esta asamblea no tuvo realización debido a que los protestantes integran en forma rápida la Liga Smalkalda. Carlos V solicita asistir pero era en contra de los intereses de Lutero y en forma un tanto grosera y cortante, se le impide que vaya. Las respuestas del teólogo de Wittemberg no afectan los propósitos imperiales y Carlos se dedica a integrar el Concilio de Trento. Sus resultados, de enorme interés por sí mismos y por sus consecuencias, quedan fuera del cuadro gene-

ral de mi estuño. La amplitud espiritual de Carlos V se demuestra en la tolerancia que tuvo para el evasismo, teoría imperante de la época, a la que da decidida protección, convirtiéndola en una servidora del Imperio. En realidad su tolerancia es una respuesta idónea al ambiente general que priva entre los católicos que querían mejorar la Iglesia. Saben que las regeneraciones desde lo más íntimo de los creyente. Por tanto ellos tenían el secreto. Pretenden eliminar los vicios que han hundido al catolicismo y hacer posible el renacimiento de la poderosa Iglesia.

La moderación de Carlos V llega a tal grado que desespera a los católicos más celosos que dudan de sus convicciones de sincero creyente y de fiel servidor del Papa. Paulo IV lo acusa de haber evitado con sus sucesivas condescendencias, la posible vuelta de Alemania a la Iglesia. Le exige la revocación de estas concesiones otorgadas con masedumbre excesiva. Esta hubiese sido una ocasión magnífica para cualquier monarca que deseara separarse de la Iglesia; las reprimendas pontificias eran motivo suficiente. Pero en Carlos V domina el catolicismo y su afán imperialista. Sabe que si desconociera la autoridad papal pondría un obstáculo infranqueable para su fines. Ocultando su ofendido orgullo, responde, que reconoce la razón de los observaciones. Con esta política evasiva niega a sus contrarios el éxito de que el mismo rechazara a la Iglesia. Hubiera sido el golpe mortal para la unidad católica.

Carlos decide la suerte del pueblo español como campeón del catolicismo. Esta decisión encuentra eco vivo en el alma del pueblo español. Un glorioso ejemplo lo constituye el españolismo Oviedo. No se trata de la opinión de un emperador, sino del sentir de un pueblo. Todo mundo habla del campeón del catolicismo. Pero ¿cuándo, en qué momento encarna este papel el pueblo español? En esta elección; en esta decisión de vida que significa destino.

Pero antes de que esta decisión adquiera rasgos definitivos, Carlos intenta una nueva y desesperada conciliación. Y así como un divorcio nos mostró fondos de la primera ruptura, un matrimonio nos va a mostrar ese último intento. El matrimonio es el de Felipe y María.

Inglaterra, la eterna enemiga, constituía el más grave obstáculo a las ambiciones imperialistas, ya que era el más poderoso núcleo contra el catolicismo. Carlos V busca los medios de combatir en forma efectiva la Reforma, que día a día iba adquiriendo desmesuradas proporciones. La alianza matrimonial de su hijo Felipe con María Tudor llevaría nuevamente el catolicismo a Inglaterra. Era el medio más adecuado, y por tanto decide llevarlo a cabo. El sector católico de Inglaterra, que según algunos autores era muy numeroso, recibe la noticia con júbilo, sin comprender que el precio era la amenaza de la dominación de España, la primera potencia católica europea. A mi parecer, si los católicos ingleses eran en gran número, no creo que en su mayoría hayan aprobado esta alianza. Es una época en que la religión se opaca ante el nacionalismo. Carlos no desconocía la oposición que podría existir entre las clases enriquecidas con los bienes de la Iglesia, que se verían despojados de ellos. Pero sabía que el bloque que presentaría mayor oposición, era el integrado por anglicanos o católicos, no importa la fe que sustentaran, pero inspirados en un profundo amor por Inglaterra. Estaban atentos a que su título de ingleses no fuera denigrado, o transformado por el de español. Este nacionalismo bien puede señalarse como una de las causas de la divergencia anglo-española, aunque dejar aquí la solución sería tomar el problema en una de sus múltiples fases, abandonando el resto. Concluyendo, vemos cómo el fondo último de todas estas circunstancias históricas, es una franca rebelión de los ingleses contra toda autoridad, en todos los órdenes, y máxime si se trata de una autoridad extranjera.

Estamos apenas en la iniciación de un largo y complicado curso. El diálogo entre Inglaterra y España reviste caracteres más hondos, más sutiles, de una mayor delicadeza, pero no por eso poco claros, ya que los mismos hechos nos los brindan. Es esta la razón por la cual es necesario recorrer estos acontecimientos históricos, si bien no se pretende realizar un estudio minucioso de ellos, menos aún exhaustivo; tan sólo se han tomado como síntomas generalísimos de una realidad histórica que se oculta tras ellos.

Carlos V, demuestra una vez más su habilidad política con María Tudor; vuelve el catolicismo a Inglaterra que por última vez se acerca a la Sede Papal, pero el Emperador retarda para Inglaterra la declaración de vasallaje al Papa, hasta que el matrimonio se consumara, a fin de evitar dos rudos golpes a un pueblo que se iba acostumbrando rápidamente a una libertad e independencia ilimitada. Los ingleses, con clara intuición del momento, asociaban la violencia y la inquietud a un proyecto aparentemente prometedor de las más grandes fortunas. El Emperador comprende que hay que evitar todo recelo, todo temor, hay que vencer cualquier duda. Satisface todas las demandas del Parlamento Inglés y da toda clase de garantías; asegura la autonomía que ha de tener Inglaterra para resolver sus problemas. Hace patente además que la boda anglo-española reportaría beneficios a los intereses comerciales y políticos de Inglaterra; a los primeros, porque cede a la real pareja y sus descendientes las provincias de los Países Bajos; a los políticos porque salvaguarda a la corona inglesa de las pretensiones de María Estuardo, la poderosa rival de Isabel. Llega a tal grado su empeño, que afirma que, si su hijo se negara por cualquier circunstancia, él propondría matrimonio a la Tudor a pesar de sus años. Por la minuciosa atención que pone el emperador en realizar este proyecto, por las precauciones con que lo rodea, por las garantías y seguridades que ofrece, hace pensar que no sólo

es su última gran obra, sino la máxima que ha realizado en toda su vida. Es lástima que un proyecto tan bien elaborado haya tenido tan pésimos resultados. El entusiasmo popular que recibió a María fué efímero; pronto se transformó en odio. El pueblo esperaba que una Tudor fuera realmente inglesa. Pero María llevaba en su alma el resentimiento de las vejaciones que habían sufrido su religión y su madre. Su ascendencia española la inclinaba con un magnetismo fatal hacia la Península Ibérica. Carecía de la fuerza que en ese momento era la pauta para comprender a los ingleses, a quienes no supo amar; el nacionalismo; ella creía trabajar por la salvación de sus almas, como si se pudiera penetrar en lo íntimo de los corazones; su máximo error fué entregar la dirección espiritual de Inglaterra a españoles e italianos, que creía eran los indicados para realizarlo. Las grandes líneas de la política Tudor no podían ser percibidas por María desde su capilla. Sus éxtasis religiosos le impidieron ver los enormes campos de cultivo, los ruidosos mercados y los puertos, inquietos siempre por el ir y venir de los barcos mercantes, portadores de la riqueza a Inglaterra; por último, su amor por el príncipe español le hacía ignorar que Inglaterra era una pequeña extensión habitada por millones de seres que pensaban y sentían, que tenían elevadas aspiraciones y anhelos de progreso, que palpitan bajo la esperanza del triunfo, y que confiaban en obtenerlo porque eran ingleses y porque eran libres. Todo esto lo ignoraba la católica reina. Y aun desafía el orgullo nacional al insistir en resucitar la primacía del papado. Con los ojos vendados para sus deberes de reina de los ingleses, amarra su isla como un pequeño bote, a la popa del gran galeón español que lleva como estandarte el ser la potencia material del Papado. Como si no fuera suficiente, en su mal entendido celo religioso, manda a la hoguera a los no católicos, olvidándose que se trataba de ingleses. El pueblo la respeta como reina pero no puede amarla como inglesa.

Carlos V aconseja a María actúe con tacto, con benevolencia y tolerancia. Pero la fanática y apasionada reina desoye tan sabios y prudentes consejos. Creyendo halagar a su despegado esposo, se dedica a una persecución cerrada e infame que condiciona que la reforma nuevamente sea desecada. El intento por acabar con ella, venía una generación atrasada; lo que empezó como un ataque parlamentario a los privilegios eclesiásticos que cortapisaban las libertades inglesas, se desenvolvía con una ideología poderosa. Pero lo que es más importante, es que el pueblo tenía conocimiento de su nueva religión, gracias a la divulgación de las Escrituras. Los pañeros y remendones, los marinos, las mujeres, todos sabían que era su causa y se defendían con gran denuedo, resistiendo las arbitrariedades de su reina. Conocían que salvaguardando los intereses de todos, protegían los propios, y se unen en un esfuerzo grandioso de estoicismo y paciencia.

Durante tres años el nefasto enlace convirtió a Inglaterra en una sombra sumisa de España. Mientras la reina amó, la más leve política antiespañola fue imposible. El resentimiento de los ingleses aumentaba. Felipe II prohibió de un modo terminante el comercio en América a los que no fueran españoles. Fue un golpe mortal para la ambición más grande de los ingleses, que creo los estimuló a aceptar la alianza matrimonial. Quedó manifiesto que la pretensión de la unidad no albergaba ideales que enlazaran los ideales de los dos países, sino que de un modo, un poco único, la unión se realizaba para favorecer a España. Así lo sentía todo el mundo y se ponía en evidencia a cada momento. Dentro de las garantías que da Carlos V, ¿no debería ser primordial antes que los ofrecidos intereses de los Países Bajos, y que cualquier maravillosa oferta, la libertad para que los ingleses disfrutaran del comercio americano? La respuesta es obvia. Pero las naciones, en cuanto se trata de sus intereses, ignoran los más altos valores y los ponen al servicio de fines materiales.

En una absurda contradicción, todos los buenos propósitos del emperador español chocan contra la obcecada reina inglesa, que parece querer destruir lo que a base de tanto esfuerzo se ha logrado. En vano Carlos envía un fraile para que pronuncie sermones conciliatorios de las dos religiones; en vano pide se hable de caridad y amor. Tal vez algún inglés lo escuche, tal vez encuentre eco en alguna conciencia, pero María no lo oye y continúa en su engegucimiento. Como si no fuera suficiente para hacer explotar la más reacia voluntad, arrastra a su pueblo a una guerra inútil, costosa; integra un ejército cuyos hombres conscientes de su deber militar entablan combates, pero no tienen la valentía y el arrojo que sólo inspira el convencimiento de un ideal que se defiende. El único resultado fue la pérdida de la importante base de Calais. "Así fue zozobrando el matrimonio español, sumergiéndose finalmente en la desilusión y la derrota, y arrastrando todas las esperanzas de Carlos en Inglaterra, aunque él ya estaba fuera del alcance de las desilusiones." (7).

María había fracasado de un modo rotundo a pesar de su buena fe y su honradez; los ojos de su pueblo y aun los de su esposo se dirigían a su hermana Isabel, hacia la última Tudor. El pueblo inglés cifra sus últimas esperanzas en ella. Y esta vez no se equivoca, pues a pesar de su juventud e inexperiencia, Isabel supo como el más experimentado gobernante, llevar a Inglaterra a los horizontes que anhelaba. Comprendió que la clave salvadora no podía estar en manos extranjeras, sino por el contrario en las propias. A la inversa de su desgraciada antecesora, supo halagar al pueblo inglés, intensificando el nacionalismo y constituyendo gracias a ello la figura máxima de la epopeya moderna británica.

Nuevamente vemos en el fondo, dos sentidos de la vida cada vez más perfilados y por eso cada vez más hostiles. El matrimonio violentó la manifestación de este espíritu, en este gran hecho histórico que es el diálogo español-inglés.

Se ha venido hablando de dos sentidos de la vida, que se enfrentan cara a cara; esto nos lo revelan los hechos narrados. Sería conveniente averiguar en qué consisten y cuáles son esas divergencias. El mejor medio es examinar los tipos representativos de esa forma de vida: Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) y Francis Bacon (1560-1626).

Un breve pincelazo describe en forma cabal, el concepto que acerca de la vida tenía el autor hispano. Tan sólo estas palabras: imperialista, español, universal, católico, y todo está dicho. Es la fuente inspiradora de su vida y su obra, como la de todos los españoles del siglo XVI. El extraño y alucinante mundo de ideas que pueblan su obra, encuentra su causa y justificación en ello. Es, pues, en extremo, benéfico conocer la causa inspiradora de la vida de un pueblo. El español se siente tan confiado en su mundo de tan perfecta estructura, que se planta desafiante ante todos sus contemporáneos, seguro de poder rechazar cualquier ataque ideológico o material, por terrible que éste sea. El imperialismo, es una forma de vida, y no una política de dominio. "Se trata en realidad de una visión mesiánica de la historia, fundada en la inquebrantable fé que algunos españoles tenían en el destino providencial de su pueblo, como el elegido por Dios para implantar la monarquía universal católica hasta la consumación de los tiempos". (8).

Concepto clarísimo de O'Gorman que define y a la vez sintetiza todo lo que se puede decir del imperialismo español. Presenta en breves y sencillas líneas un conjunto homogéneo de la ideología de Oviedo, que por tan intensa y constante se difunde en toda su obra.

Sin caer en falsos anacronismos que pretendan juzgar movimientos pasados con sensibilidades extrañas, coloquémonos; en el plan de Oviedo, de un español, o de un sincero creyente. Sabe que cumpliendo la magna obra que el emperador emprende, se llega al Todopoderoso, en un maravilloso puente de heroísmo

y abnegación. Todo el enorme entusiasmo de su vida lo puede consagrar a tan noble fin. Las inmensas tierras americanas no son suficientes para realizar con plenitud, las glorias que el Creador merece. He aquí el por qué de su vanidosa y desafiante actitud que tanto molestara a otros pueblos. Dios se ha fijado en un pueblo para que en este mundo lo glorifique con las fuerzas materiales que le ha brindado; su existencia tiene como finalidad extender universalmente su religión; ese es su destino y esa es su salvación. El pueblo que recibe tan inmenso don es España, que se ve dotada de "animosos y valerosos y altos e muchos varones ilustres y caballería, de tanta nobleza y multitud de hidalgos; y comúnmente a todos los naturales de ella los hizo Dios de tanta osadía, e les instituyó de tanta experiencia en la militar disciplina, y con tanta determinación y esfuerzo de virtuosa y natural inclinación, como todos los auténticos e antiguos e modernos historiales escriben y se ve palpable." (9) Momentos de gloria para el español. Pronuncia con orgullo, su actitud triunfante reconocida en todo el orbe. Es su época gloriosa en que a través del tiempo, se ha de refugiar tratando de revivirla en otros momentos.

El Imperio es una fórmula abstracta, que adquiere sentido en la persona del Emperador. Constituye el instrumento divino que ha de llevar a cabo el destino universal católico; su potencia estriba en la fe que sus hombres tienen en él; su ascendencia sobre ellos es enorme, ya que en última instancia, es el guía del azaroso camino de conquistas y a la par de sacrificios, pero que conduce a la gloria eterna. El Emperador no es para los españoles tan sólo un gobernante, sino la fuerza suprema en todos los aspectos de su vida. Nunca ven en él al tirano, pues si dispone de sus vidas, no es para favorecer mezquinos intereses personales, sino para el fin por el que todos anhelan. Detalles, que tal vez se juzguen nimios pero que van forjando el alma española, adusta, hermética, inaccesible a otras normas. Tienen capacidad para aceptarlas, pero su tragedia está en que no pueden hacerlas pro-

pías. Un régimen parlamentario no significa tan sólo un cambio de gobierno, sino la destrucción del símbolo material de la voluntad de Dios.

He aquí el por qué del apasionamiento y arrebató en la conducta del hispánico ¿para qué necesita sistematizarse un pueblo que está dirigido por la mano de Dios? ¿Cabe mejor lógica que la de El? ¿Existe otro método más eficaz? No hay que pensar detenidamente una solución; hay que actuar sin dudar, con confianza en el triunfo. Y no es el aventurero, el alocado y audaz que se lanza impulsado por su temperamento. El español se apoya en su gloriosa tradición, en sus siglos de triunfos, en la urdimbre diaria y constante con el pasado, en ese respirar entre viejos pergaminos, "en la compenetración del hombre humilde con lo heroico, lo caballeresco y lo sádico... un rico fondo o reserva de sueños y esperanzas, recuerdos y deseos del que tanto los políticos y los capitanes podían disponer a su antojo". (10).

Con la mirada elevada en el infinito se interna el español en los mares a clavar en lejanas tierras la victoriosa bandera; se ondula por los vientos del Nuevo Mundo, proclamando el Imperio Universal Católico. Consideraba que el origen de los éxitos y los fracasos, el destino último de os hombres está en Dios. Y mientras tuvieron como lema: un Dios, una Fe y un Imperio, fueron "como una casta superior que guiaba a toda Europa" según expresara Erich Marck.

Consciente de su gran destino y de los elevados ideales que posee, el español no se da cuenta del momento europeo. En forma casi alarmante se abandona al mundo de la fe, de la devoción y de la confianza. El hombre se lanza a la gran aventura moderna confiado en su propia razón. Por desgracia ha de ser demasiado tarde cuando España se da cuenta de la transformación tan radical que la humanidad ha sufrido. Al volver la cara hacia ese mundo tendrá que desgarrar sus entrañas, si acaso quiere comprenderlo.

Aún no se han dado detalles del españolísimo Oviedo y ya Bacon atrae nuestra atención. Las características primordiales se encuentran tan perfectamente definidas, que están por demás los detalles que sólo nos conducirían a idénticas conclusiones. El contraste entre los dos núcleos puede suministrarlos inusitadas consecuencias, tal vez de gran importancia.

"La Nueva Atlántida" describe la bienaventurada ciudad de Bensalén en que no existe problema alguno. Dueño absoluto de su pensamiento y de su creación imaginativa, salva los obstáculos que en la realidad se presentan y lleva a su máximo desenvolvimiento el ideal de vida por el que Inglaterra se debate. Bacon capta en forma maravillosa el momento histórico de su patria. Refleja la Inglaterra del XVIII, plena de novedades, dotada de gran fuerza y consciente de su inmenso poderío. Describe la nación que admira y los ideales que anhela. En una palabra, representa el concepto de vida del pueblo inglés.

En el ignoto Bensalén se tiene una noción bien fundamentada de la legalidad. Es ésta la observación primaria y más superficial que ofrecen las letras baconianas; pero la fundamental es sin duda el raciocinio. La actitud del inglés es firme. "Mis queridos amigos —dice uno de ellos— reflexionemos un poco acerca de nosotros mismos y contemplemos nuestra situación". (11) Es decir, no esperemos ayuda extraña; pensemos por nosotros mismos, que nadie se ha de preocupar por nuestra situación; razonemos a fin de solucionar nuestro problema. No es pues el español que tiene fe en una fuerza directriz. Se busca a sí mismo para encontrar la potencia salvadora; se sabe dueño de su vida y de acuerdo con ello actúa.

Rechazan la autoridad arbitraria. Declaran que existe un derecho para que alguien se considere servidor, y por tanto, niegan aquel dominio imperialista en el que un individuo sin medida y sin causa, impone su voluntad. Indiscutiblemente es ésta una de las más radicales diferencias entre el inglés y el español. Cual-

quier régimen absolutista es imposible en un pueblo que vive libre, que lucha por obtener la tolerancia religiosa, que posee credos individuales, que aprecia a sus gobernantes, no por la nobleza de su sangre sino por el bien que signifiquen al pueblo, y que sabe que el progreso científico e industrial se debe al fortalecimiento del individuo. Es la forma de vida que poseen los lebenslén, es la forma de vida que ambicionan los ingleses.

Bacon atribuye a su utópica ciudad, el que sus hombres acostumbren salir de incógnitos, viajando por todos los países a fin de recoger el acervo cultural que posean. A la vez, ellos se encierran en su propio progreso, sin aceptar en su país a los extranjeros. No puede atribuirse a un sordo y orientalista egoísmo, sino más bien al temor, muy fundado, de que los extraños constituyeran un obstáculo para el cumplimiento de las felices leyes que gobernaban a estos hombres. Por otra parte, esta actitud se ha encontrado a menudo en la historia inglesa, no en forma tan arbitraria, pues al fin y al cabo Inglaterra no es una utopía, pero hay algo de eso; recoge lo que de los países extranjeros le conviene, y construye un edificio independiente y autónomo, libre de una intervención extranjera que mine su nacionalismo. Estos son los estratos que van integrando al inglés. Afirma el Padre de la Casa de Salomón, institución cultural de la ciudad baconiana: "El fin de nuestro establecimiento es el conocimiento de las causas y movimientos ocultos de las cosas, y extender los límites del imperio humano para efectuar todas las cosas posibles". (12) Recordemos, imperio universal español católico, y ahora, imperio humano. Suficiente para comprender dos ideales distintos; ya se verá qué sentido oculta cada uno de ellos y sobre todo, qué consecuencias tendrá para la historia de ambos países. Se han perfilado dos conceptos de la existencia humana, que tal vez oculten la clave de nuestro problema.

La universalidad en los proyectos de Bacon es una tendencia bien definida; el mismo, fuera ya de Nueva Atlántida, pretende

encontrar "un método totalmente nuevo, universalmente aplicable y en todos los casos infalible." (13) A mi parecer se condensan en esta frase tres de los principios fundamentales a los que aspira Inglaterra: novedad, universalidad e infalibilidad, germen de lo que serían, las teorías del mañana. El hombre, al contemplar la naturaleza, ha de dar gracias al Ser Supremo por la obra tan maravillosa que ha puesto a su servicio, para satisfacer sus necesidades y para su goce. Pero esta actitud pasiva y estéril, no encuadra en la era del movimiento. La creación es el arcano que oculta celosamente sus secretos. El hombre debe arrebatarlos a fin de beneficiar a la humanidad. Los medios son el estudio y la investigación, pero hay que volver a la primera edad, hay que renunciar a toda regla establecida, a todo dogma recibido, y así, con espíritu ingenuo, indagar las fuerzas de la Naturaleza y obrar conforme a ella. Con gran orgullo Inglaterra se afianza a su novedad, y se acerca a la única maestra de quien precisa enseñanzas: la Naturaleza. A través de la voz de Bacon se está expresando todo el pueblo inglés.

El universalismo baconiano, se afirma con un creciente amor por la humanidad, pero con un sentimiento profundo por su miseria. Podría ser un sentimiento altruista; podría ser una superación del hombre, lograda por los ingleses. Pero hay otro detalle: la ciencia, la industria, los principios políticos, sociales, económicos y éticos; todas las normas de vida son superiores en Bensalén (Inglaterra) que en todo el resto del mundo. Concluyendo: el inglés se interesa por la humanidad, pero tiene conmiseración por ella y se siente superior. He aquí una de las fuerzas impulsoras de la política inglesa. Se interesa por el género humano, sí, pero en bien de sus propios intereses. De hecho trabaja por sí mismo, pero conserva esa forma universalista que aumenta su beneficio. Es el más fino egoísmo que precisa del aparente altruismo para realizarse.

Entre los conocimientos de los ingleses hay uno firmemente cimentado: tengo una razón que ha de salvar cualquier obstáculo; entonces puedo tener fe en mí. Hay una conciencia de certeza de infalibilidad, basada en el raciocinio. Bacon fortalece esta tendencia, dando un método con el cual todo el conocimiento que el espíritu del hombre sea capaz de poseer, lo puede recibir sin agotar sus energías y sin perderse en un mundo de falsedades e inexactitudes. Plan de colosal magnitud para figurar en la más extraña y alejada utopía y digno ideal de un pueblo práctico. Cerrando el círculo de Bacon en esta interpretación del pueblo inglés, hay que señalar que creía en la necesidad de mantener comunicación y explorar constantemente para lograr un verdadero, rápido y eficiente progreso en el saber. Es ésta la Inglaterra, con todas sus grandezas y sus errores, pero siempre crucabal, buscando las fronteras en busca del poder intelectual y material. Y es también la Inglaterra, que tanto influyera en pensadores españoles del relieve de Feijoo, cuando ya España, en plena decadencia se ve obligada a recurrir a las normas que emplea Inglaterra como único remedio para salir del caos. El benedictino español encuentra en Bacon la solución adecuada a los problemas españoles.

La disimilitud entre los dos pueblos es tan enorme, tan evidente, que es obvio señalar en dónde se encuentran las divergencias, pues la sola exposición de las dos formas de vida, aclara cualquier duda que al respecto se presentara.

Una rápida revisión de algunos hechos históricos, y el acercamiento a las mentalidades que interpretan el pensamiento de los dos pueblos, nos ha llevado a la conclusión de que la rivalidad entre Inglaterra y España no es una idea apriorística que carezca de fundamento. Los principios sociales, políticos, religiosos, económicos y aún íntimamente personales, discrepan en forma notoria. Y apenas nos asomamos al problema, nos encontramos en el principio de las más complicadas situaciones, en el preludio

de una larga historia, que no debe extrañarnos, la encontramos plagada de hostilidades que tienen una franca exteriorización en forma de luchas materiales. Poco se puede decir por el momento, pero por la situación de ambos países, por las peculiares circunstancias, parece ser que nos acercamos a una etapa de gran interés, en la que España desaparece del horizonte de la primacía europea desplazada por Inglaterra, dominada en una forma interna, subjetiva, a través de los más desconcertantes procesos. En el transcurso de tres siglos, los términos, que tan claros parecen ahora, se transforman de un modo inusitado. Puede ser que esos momentos, conclusión de encontradas corrientes, den la clave del problema que hasta ahora permanece en pie: ¿En qué consiste la decadencia de España? ¿Cuál es el sentido en que se puede establecer y por tanto conocerse? ¿Es en esencia un movimiento retrógrado? Y profundizando lo más posible. ¿Qué es decadencia? Pero ya es aventurarse demasiado en un mundo de conjeturas; formulando hipótesis se puede llegar muy lejos, pero las realidades históricas divergen de lo que la imaginación pueda crear. Sin embargo, perfectamente justificado está, que por los acontecimientos de que se ha sido testigo, ante la relativa información que los textos dan, se comprenda la vida que más tarde se desenvolverá.

Hemos puesto frente a frente dos sentidos de la vida. El español funda su vida en un Dios; el inglés se confía a la razón natural; las leyes de la naturaleza lo gobiernan. El español es una estructura de fe, fe en su destino, en la vida de España; el inglés pugna por un universalismo; busca beneficiar a la humanidad toda. El español se abandona a los designios de un rey; lo obedece ciegamente, creyendo que en esto se encuentra el triunfo; el inglés se desenvuelve ajeno o toda imposición. Ama la libertad, el progreso y la ciencia, clave de su existencia moderna. De aquí saldrá el programa de los dos pueblos. ¿Cuál? No hay para qué precipitarnos. Conviene, antes, examinar otros hechos.

## II. - LA REINA ISABEL Y FELIPE II

Abandonamos el escenario histórico en el momento en que Carlos V y Enrique VIII se alejaban de las coronas de España e Inglaterra, dejando el germen de una tremenda lucha. Su época fué el prólogo de la discordia que se llevaría más tarde a los más grandes extremos. Privan aún la tolerancia y la política conciliatoria, sin ovidar por supuesto las conveniencias propias. Pero tan sólo hemos vuelto una página y los acontecimientos se alteran con la potencia de dos potentes monarcas: Felipe II e Isabel.

El taciturno Felipe, transforma la antigua fórmula de su padre: "Imperialismo Universal Católico Español", en otra más radical: "Imperio Universal Español Católico". Simple cambio de términos que alteró el destino de dos pueblos. El matrimonio con María Tudor había sido un fracaso para su intento de incluir a Inglaterra en sus dominios imperiales. Pero la importancia del proyecto, hizo que Felipe no alejara su mirada de aquella isla, que representaba el máximo baluarte reformista en contra de su mundo católico. Subyugada Inglaterra, la soberanía española se impondría en el mundo de occidente y con ella el catolicismo.

La reina inglesa comprendió el nacionalismo de su pueblo con mayor profundidad que su padre. Vino a salvar a Inglaterra de los doce años de obscuridad, que corrían desde que murió Enrique, años en que la monarquía Tudor se vió en peligro de zozobrar

definitivamente. El país fué una sombra de España, débil en el exterior y en el interior; constantes pugnas de índole religioso y civil la desgarraron. No obstante, no fué estéril esta época sin gloria. En primer lugar, el pueblo se percató de la inminente necesidad de elegir entre la unión con Roma, o un nuevo avance en el anglicanismo; por otro lado la religión se elevó a un nivel intelectual y moral con el surgimiento de los sectores populares. No se recogió fruto alguno, pero se preparó el advenimiento de Isabel; se salvó a Inglaterra del caos de sus propias opiniones y se hizo factible que un puño firme, la llevara al triunfo.

Tan sólo las diferencias religiosas eran un motivo suficiente para que estallara el conflicto. Pero no convenía a sus respectivos intereses, y las relaciones tenían un matiz de intrigas, de conspiraciones y espías. Ambos monarcas, de un modo más o menos encubierto, procuraban por todos los medios atacarse; el hispano daba protección a los síndicos ingleses católicos, en tanto que Isabel estimulaba el desarrollo del protestantismo en las posesiones del monarca español, y dañaba en lo posible el comercio americano. Sin duda, Felipe era el más resentido, pues agregaba ofensas personales; reiteradas peticiones a la mano de Isabel habían sido entretenidas con hipócritas evasivas.

No obstante tantos motivos de discrepancia, que sólo he tomado en conjunto, las relaciones se conservaban amistosas, ya que existían serias conveniencias en sendos partidos. Entre otras, Francia era común enemigo y les era de provecho aliarse para destruirla. Pero la verdadera causa por la que se detenían, era porque esperaban el momento más oportuno para actuar con la seguridad de triunfar, quedando inmunes de toda responsabilidad histórica. El Imperio español ocasionaba fuertes problemas a Felipe, de modo que se veía imposibilitado para dedicar su atención, sin dañar sus intereses, a las argucias de Isabel. De este modo cumplía de un modo absoluto los deseos de la reina,

que desconfiaba aún de su poderío. No obstante, de ella parten las primeras francas hostilidades, lo que nos hace pensar que es el odio mutuo que se profesan los dos pueblos, lo que los enfrenta y no como se ha pensado, el resultado de las desmedidas ambiciones de los españoles. No cabe duda que éstas existieron, pero como ellas, pueden encontrarse mil más, que se alimentaban en el mismo sentimiento adverso. Isabel había aprendido de Lord Cecil a odiar a España; aquí se detienen los textos, pero ¿por qué la odiaba? Por ser la más grande potencia, porque su independencia se veía amenazada, porque conservaba el catolicismo. En realidad por todo esto, pero principalmente por el sutilísimo rencor que tiene su pueblo en contra de los hispanos, por la incompreensión total que existía para un mundo de valores extraños y contradictorios a los propios, por un sentimiento indefinido de pugna. En fin, es éste un concepto que se nos aclarará a lo largo de los acontecimientos, si bien no podremos hallarlo en los archivos, en el relato escueto de los hechos, sino buscando el espíritu que los inspiró.

Con amplísima visión política, Isabel se inicia con ataques indirectos al monarca español; favorece a los flamencos enviando fuerzas y armamento, y ofrece un protectorado para las provincias insurrectas; proporciona medios al de Anjou para empresas anti-españolas, a la vez que ampara la sublevación de Portugal. Con tranquilidad asombrosa se apodera del tesoro de algunas naves españolas; su negativa al reintegro, estuvo a punto de producir una guerra y fué objeto de largas discusiones y reclamaciones sin fin. Los proyectos de Isabel alcanzaban magnitudes colosales; Europa tenía un horizonte limitado, y con la punta de su espada política llega a América, el continente de las promesas, en donde el comercio estaba cerrado para ella de un modo categórico. Pronto encuentra cómo extender su influencia hasta esas zonas; no necesitaba una autorización real para convertirlas en una excelente fuente de riqueza inagotable, y por tanto, siempre

ambicionada. Los americanos compraban a los ingleses artículos que los españoles no les suministraban, por ser poco emprendedores, o porque no convenía a sus intereses. De este punto de vista tenemos amplia documentación en la obra de Thomas Gage, que relata su viaje por América, ofreciendo gran riqueza de detalles a los ingleses. En realidad, se trata de un libro que oculta una reiterada invitación a sus compatriotas para que avancen, no en la débil táctica comercial, sino de un modo efectivo. Los españoles prohíben terminantemente la entrada de todo extranjero a sus posesiones americanas, y han cubierto a éstas de un velo de misterio, que los ingleses desearían descorrer a toda costa, para descubrir la realidad de América y apoderarse de sus secretos. Gage viene a cumplir un deber para con los suyos, como es informarlos de lo que desean, evitando el mundo de fantasías e irrealidades con que los autores españoles lo han dado a conocer. Es la época en que adquiere gran fuerza la Leyenda Negra, lo que es muy natural, ya que era el pueblo que daba a todos el ejemplo con los éxitos que alcanzaban, que todos ansiaban para sí y que por lo tanto trataban de minar. Con singular agudeza, Gage busca los más insignificantes detalles que puedan falsear la gloria de los españoles, y su habilidad política le muestra que el punto más débil es sin duda el poderosísimo núcleo de descontentos. Los criollos, dice Gage, como una clase oprimida y disgustada son un magnífico elemento para la conquista de América. Es fácil hacerlos tomar partido contrario a sus opresores, ya que desean vengar la humillante diferencia en que se ven postergados por los peninsulares; ellos mismos declaran que preferirían un príncipe cualquiera por soberano, al señorío de los españoles. Es inútil señalar, agrega, el rencor natural que guardan indios y mestizos. Pero hay que añadir además un grupo, importante por su número y por el acendrado odio que guarda a los españoles: los negros cimarrones que en múltiples casos escapan y se refugian en bosques y montañas, prefiriendo esta vida a la de la ciudad, con tal

de no vivir siempre humillados. Según ellos, continúa el viajero inglés, están dispuestos a tomar partido con los que lleguen al golfo, ingleses u holandeses, ya que con ellos obtendrían la libertad la que es imposible con los españoles. Con regular exactitud Gage describe los puertos, las raldas, los medios de producción, las posibilidades de comercio, y lo mal guarnecidos que están los españoles. Tal parece que no existieran enemigos que los pudieran despojar de sus ricas posesiones; es tal su confianza, que no cuentan ni con piezas de artillería. Gage pone en evidencia el espíritu rebelde de los ingleses para con los españoles y muy en particular en la América, en cuanto significaba una traba para su desenvolvimiento comercial. A la vez, manifiesta que tienen los propósitos para despojarlos de sus bienes, a más de los ataques piratescos, que pertenecían a la diplomacia y la alta política de Inglaterra. En efecto, los piratas eran elevados al más alto rango. Sir Francis Walsingham insiste con la reina en que su trono sólo se podría salvar del lento cerrarse de las redes españolas, estimulando esos actos delictuosos, pues era el único medio de no verse excluido del poder marítimo y colonial; este argumento reforzado por la idea de una ayuda económica al exhausto tesoro real, fueron poderosos motivos para que la reina esquivara cualquier escrúpulo. El puritano albergaba un ciego odio para los españoles; en cierta ocasión exclamó: "Drake, me gustaría que me vengaran del rey de España por diversas injurias que he recibido". De este modo se enaltece a los piratas, demostrando que Inglaterra no aprecia a sus hombres por una vana estirpe real, sino por el beneficio que puede reportar para su engrandecimiento. Los piratas constituían el mejor medio para atacar a los españoles, a sus temibles enemigos, sin arriesgar el prestigio y las relaciones cordiales; siempre se simuló que el gobierno inglés los sancionaba y atacaba, pero ni los españoles ni nadie lo creía. Los salones cortesanos de Isabel eran honrados con las visitas de sus favoritos, los piratas, a quienes dignificaba con su preferente trato y los

títulos de nobleza que les asignaba, a cambio de sus sangrientas y trágicas correrías. Nadie mejor para odiar a un español que un pirata, ni mejores armas para atacarlo que las de éste.

En forma simultánea, Felipe II procuraba todo el daño posible a Isabel, aunque no se atrevía a declararle la guerra. Estuvo de acuerdo con su hermano Juan de Austria que se postuló contra Inglaterra; y albergó además las fuerzas del Papa destinadas a defender a los católicos irlandeses sublevados contra Inglaterra. Son éstos los momentos en que aún el monarca español puede vanagloriarse de su poder, aún no teme ser vencido; por algo es considerado el rey más poderoso de Europa; por algo se extienden sus dominios a tan enormes distancias. El prestigio de los siglos y el ser el defensor del catolicismo, lo coloca en una cima inalcanzable para cualquiera, en las circunstancias en que se encontraban los demás. Por desgracia para España, pronto se iba a transformar su mundo de triunfos.

Un nuevo acontecimiento viene a transformar la política europea: María Estuardo se convierte en prisionera de Isabel, y todas las miradas están atentas al más leve movimiento de la escocesa, pues puede tener hondas repercusiones; para Felipe la conducta de Isabel es un atentado contra el catolicismo y la monarquía. Comprende que si la reina escocesa ya no tiene posibilidades propias, si su iniciativa personal ha sido anulada, bien puede ser un medio para el cumplimiento de los propósitos españoles. Se une al Papa que excomulga a la Reina virgen, por no haber pedido la bendición espiritual de la Santa Sede al recibir la corona. Se dice que Felipe acepta ser el ejecutor de la venganza papal. Apenas concluido el problema de Portugal, el monarca español se puso en contacto con los Guisa y con el partido católico de Inglaterra y Escocia. Pero el hábil ministro Walsingham descubre a tiempo el complot, que, lejos de adquirir fuerza alguna para el partido católico, agrava la situación de María Estuardo, pues se descubre su complicidad. Surge una

complicada trama en la que se involucra la responsabilidad histórica de Felipe II; autores hay que afirman pretendió asesinar a Isabel, que era lo que incluía el plan de venganza papal. Esta certidumbre la adquirieron en la serie de intrigadores españoles que en su aversión a Inglaterra, consideraban como lícito todo lo que fuera en contra de la reina y justificaban la más arbitraria conducta. Tema atrayente para historiadores novelistas que lo han exaltado con los más vivos colores. La opinión española no recoge el hecho, lo cual no constituye indicio de valor, pues al lado del prestigio de los historiadores está el deber nacional de eludir mancha tan grave a su preclaro monarca. Pero es a todas luces inútil ocuparse de necias discusiones; si Felipe se comprometió en un acto criminal contra la monarquía, allá su real conciencia. Para nosotros no tiene interés seguir las distintas opiniones. Bástenos tan sólo observar cómo fué éste un motivo para exaltar hasta su punto de mayor encono, el aborrecimiento del pueblo inglés contra el español. Verídico o no, fué un magnífico instrumento en las manos de los dos rivales. La aversión de los ingleses es ya un torrente casi incontenible que amenaza lanzarse sobre los españoles sin que los detengan obstáculo alguno. Pero antes cuentan con un enemigo más al alcance de sus manos y que es el recurso ideal para castigar el delito que los ha ofendido: María Estuardo, la reina católica, cuya complicidad se convierte en un hecho evidente. Pronto el pueblo se entera de que pretendía arrebatar el trono de Escocia a su protestante hijo Jacobo VI para entregarlo a Felipe, o en otras palabras para subyugarlo bajo el catolicismo. De lograrse la realización de este plan, Felipe contaba con una oportunidad magnífica para dominar a Inglaterra. Con la peculiar costumbre de tomar drásticas medidas en últimos momentos, Felipe prohíbe todo comercio con Inglaterra y secuestra los barcos ingleses que estaban en los puertos españoles. Se llegó al extremo de querer dar muerte a los ministros ingleses para sembrar el caos en la Isla, pero el puritano y cauteloso Wals-

ingham aprovecha las circunstancias para complicar en el plan a María Estuardo, lo que contribuye a falsear aún más su situación.

Isabel, durante quince años, obedeciendo a sus principios monárquicos, retardó la muerte de la odiada reina escocesa. Conservándola como inmediata heredera al trono, la corona española la toleraría a ella y a sus barcos, en tanto que, realizando la ejecución, lanzaría a su amada isla al terrible peligro de la invasión y el dominio extranjero. Pero el nacionalismo inglés clama por su libertad; ya no puede soportar este peligro sobre su cabeza, esta sombra que espera la descendencia del trono inglés para hundir definitivamente a Inglaterra. Ya no es posible que la peligrosa María conserve la vida; el pueblo pide su cabeza. No era para menos; si sobrevivía a Isabel y llegaba a ser reina, la obra de la Reforma sería deshecha y por supuesto no en forma trau-civil, por un levantamiento en masa de los que no podían aceptar, y con certeza serían todos, a una reina respaldada y guiada en forma absoluta por los españoles, sus eternos enemigos. Ya tenían la triste experiencia de María Tudor y no estaban dispuestos a aceptar que se repitiera un episodio igual. La soberana inglesa —admirable pulsadora de las más íntimas vivencias de su pueblo— y favoreciendo además sus resentimientos personales y envidias femeninas, comprendidas largo tiempo por las conveniencias políticas, comprendió que ya no era posible retardar la solución. Se le abre juicio a la desventurada Estuardo, que es acreedora a la pena capital por complicidad en el crimen que atentaba contra la real persona. Los ingleses sabían que les esperaba un cerrado ataque de los españoles; inminente peligro que dió mayor unidad a la isla. Los más fervientes católicos ingleses, que por sus creencias religiosas lloraban la muerte de la reina, no vacilaron un instante en seguir la causa protestante de su soberana que defendía su nacionalismo. Felipe II, muy católico si se quiere, pero

español en mayor grado, emprendería una guerra con aparente carácter religioso, pero, en verdad, las armas españolas marcaban el paso del conquistador de imperios y no de creencias.

La Europa católica se alza contra el atentado religioso monárquico, y la situación de Felipe mejora notablemente, ya que es él, el caudillo más potente, más poderoso que puede defender el catolicismo. El Papa Sixto V, hace un enérgico llamado a los católicos ingleses para que se pongan al servicio del monarca español; no para destruir a Inglaterra, se decía, ya que se respetarían todas sus instituciones y sus bienes, sino para instaurar el catolicismo con todos sus derechos. ¿Serían tan ingenuos que esperaban una reacción favorable? ¿Es tan sólo en la perspectiva histórica que se puede percibir, se trataba de un llamado inútil? ¿Sería el último recurso de que la iglesia disponía para mantener en alto su prestigio y su voz de mando? Es evidente que invitar a Inglaterra al catolicismo, significaba que ésta se entregara, que su nacionalismo, su libertad, obtenidos con tan grandes sacrificios, fueran arrojados por la borda como un peso inútil. Les pedían que negaran su propia realidad histórica. No es aventurado afirmar que el Papa, aliado de España, trabajara para imponer el catolicismo. Sabiendo que Felipe II era quien se impondría en nombre del catolicismo, consciente de la mezcla que realizaba con los intereses políticos y los religiosos. Aun en nombre de la religión, el solitario habitante del Escorial forma una Liga para imponer la dominación hispano-católica. Con gran disimulo fué preparando un golpe que pretendía ser decisivo sobre aquel reino. Pero a pesar de que evitó toda clase de publicidad, Isabel se dió cuenta de lo que se trataba. No obstante, aparte de estas maquinaciones que preparaban una guerra, ambos monarcas buscaban tratados de paz, en relación con los Países Bajos; pasaban en largas conferencias que hablaban de amistad, de concordia, de buenas relaciones. Tan insincero uno como otro. Mientras se discuten las condiciones de la futura conducta pacifista de ambos,

las fuerzas de Drake toman Cádiz, y Farnesio se abre paso en la Exclusa. Sin embargo, los coloquios para la paz se alargaban cada vez más, de acuerdo con los intereses de los monarcas, pues iban logrando mayor fuerza y unidad en sus reinos. A una extravagante petición de un partido, se presentaba otra igualmente imposible. Isabel encontraba la firme negativa de que sus barcos intervinieran de un modo oficial en el comercio americano. Felipe insistía en entregar a la Inquisición a los mercaderes ingleses que llegaron a sus posesiones, y no estaba dispuesto a tolerar una Inglaterra siempre apartada de Roma.

Entretanto, en España se reclutaban hombres; se construían verdaderas flotas y se tomaban toda clase de providencias para que triunfara la Armada Invencible, como lo había hecho hasta entonces en todas las empresas de los peninsulares. Después de fraguar el plan con una riqueza de pormenores, Felipe II, ya impaciente a través de tan largos preparativos, precipita la actuación, ordenando un ataque rápido, pese a que el sentido común y los consejos de sus allegados recomendaban tomar algunas precauciones; antes de realizar esta enorme empresa, aconsejaban fortalecer la situación en los Países Bajos a fin de que en caso de algún descalabro tuvieran un refugio que les permitiera sortalecerse o salvaguardarse. Pero ya no era posible detener un espíritu español que se ha decidido a la lucha; era la ocasión largamente esperada para que el resentimiento de Felipe se mostrara sin velamen alguno, sin ficciones, sin falsas políticas. Había llegado el momento de pedir de una manera franca mil explicaciones que sentía merecer por tanta ofensa recibida, aunque ya no le bastarían palabras halagüeñas, sino que actuaría con los medios más efectivos: las campañas militares. Todos los pequeños detalles, las falsas palabras, los asaltos a mano armada, las negociaciones en su contra, las divergencias religiosas, vienen a desencadenarse con toda su furia, arrojando las consecuencias, sean cuales fueren. Pero sobre todo: la oportunidad de apoderarse de aquella Isla pro-

testante, que obstinadamente se negaba a formar parte de su Imperio Español Católico. Era en efecto el más grave obstáculo para su dominio: la situación europea, en términos generales le favorecía en forma extraordinaria: Italia, Sixto V, contribuían pecuniariamente a su empresa; en Alemania prosperaban la Contrarreforma católica; los Países Bajos habían sido nuevamente sometidos; en Francia, la Liga y los Guisa estaban a punto de destronar la legítima familia reinante e imponer un protegido de España. Felipe seguía siendo el amo de Europa salvo esa Isla. Pero ¿cómo iba a resistir a la Armada recientemente laureada en Lepanto? Cada minuto de espera, parecía a Felipe un angustioso minuto más de tardanza para su glorificación y el cumplimiento de sus anhelos.

Isabel no permanecía inactiva. Por supuesto se enteró de los preparativos del que en algún momento pudo ser su esposo, y ella misma se aprestó a la lucha. No podía desear una guerra, pues sabía que su país no estaba en condiciones para soportar los gastos que ésta provoca. Pero si carecía de medios económicos, contaba con un pueblo amante de su independencia al que le podía pedir el más grande servicio personal en nombre de la libertad. Con seguridad, todo inglés accedería gustoso a los más grandes sacrificios, ya que confiaban en su reina que ante todo era inglesa. Sin embargo, la paradójica Isabel se mantenía temerosa; contaba en su reino con un poderoso núcleo de católicos que posiblemente ayudarían a los españoles; sus consejeros más allegados creían en la necesidad de repetir una Noche de San Bartolomé, pero los católicos ingleses se mostraron en tal modo sumisos y obedientes, que se les dejó en paz, no siendo en ningún momento un grave problema.

Al fin llega el deseado momento en que los dos países pueden mostrarse cuánto se odian, sin traba alguna. Ya no hay política, conveniencias o matrimonios. Ahora sólo con el espíritu hostil se ponen frente a frente en un duelo a muerte. Dos pueblos, dos formas de vidas distintas, dos almas colectivas que sienten la

oposición que guardan entre sí hasta en los más simples detalles personales. Pasemos rápidamente sobre las batallas, estériles, si tan sólo las tomamos con sus nombres y fechas precisas, y acerquémonos al resultado: los rápidos veleros ingleses han vencido a la Gran Armada Española. Derrota inaudita, pero que no se debe a causas sobrenaturales o a la fatalidad del destino español, sino que podemos encontrar una a una de las causas en esos fieros combates, en que tanto ingleses como españoles, más que combatir con armas, combaten con el rencor que ambos se inspiran.

Es bien sabido el resultado de la expedición. Todos los historiadores ven en la derrota de la Armada un cambio de vida para los dos pueblos. Pero en verdad, este acontecimiento sólo demuestra con una gran dramaticidad, la transformación que tiempo ha, se venía gestando. Carlos V ya había jugado las últimas cartas del destino español; éste se había dibujado definitivamente en los senderos del catolicismo, teniendo por guía su tradicionalismo, y por gloria, su pasado. Para nosotros, la Gran Armada y su derrota, es más interesante como exponente de dos técnicas navales distintas, que acusan aquellos dos sentidos de vida, opuestos por todos conceptos, que constituyen el eje de este diálogo que examinamos. Un combate militar se ha convertido en fiel exponente de dos pueblos con sus más notables características. Muestra en forma palpable, objetiva, si cabe el término, cual ha de ser el futuro de Europa, a quién ha de pertenecer el triunfo, y quién fijará la pauta del modernismo con los factores que llevan en sí representando a su nación.

España conservaba, en lo más hondo de su esencia, rasgos profundamente feudales. Contaba con una tradición naval. Cierto, pero se trataba de una flota de pesadas galeras movidas a remo por esclavos; la tradición era mediterránea, y si bien ya cruzaban el Atlántico, era en grandes naves acondicionadas para llevar grandes cargamentos, y no rápidas velas con las que se pudieran tomar las diversas disposiciones que las circunstancias estratégicas

determinan. Cuando el rey hispano quiso combatir a Inglaterra, fué cuando España empezó a construir barcos apropiados, y es después de la derrota, cuando, a pesar de la escasez de medios, contó con una flota considerable, digna de alternar con la inglesa, aunque no en disposición de vencerla; en primer lugar, por no tener ya la conciencia de poder ser vencedor, y en segundo, por la pericia y habilidad que sus rivales habían alcanzado. Con toda la buena voluntad que les daba siempre el anhelo de triunfar, se mezclaba el feudalismo arruinando sus propósitos. La táctica guerrera en tierra, era la misma que seguían en el mar. Lo mismo en una galera que en un velero, navegaban a aborrlar al enemigo y pelear en forma directa, cuerpo a cuerpo, con mosquete o espada. Además, en los barcos se tomaba en cuenta a las altas dignidades y jerarquías de tierra, antes que la capacidad que tuvieran como marinos. Se atestaban los barcos de soldados que obedecían ciegamente a venerables personajes que no tenían sentido alguno del comando que se les asignaba. No sólo ignoraban lo que a mar se refería, sino que despreciaban a los marineros que eran en corto número. Si hubiesen tenido un poco de sentido común e hicieran caso de las advertencias de la gente de mar, si no un triunfo, al menos pudieron haber tenido una derrota honrosa y no la destrucción total de su flota.

Con estos elementos se presentan ante los ingleses como una masa compacta, y es más, como un enemigo ciego y astudizo que no acierta a realizar un solo movimiento. En contraste, en los veleros ingleses saben que en la actuación móvil y cambiante está el éxito. El nuevo sistema de rapidez contra las pesadas naves va perfilando una nueva época en la que todo ha de ser movimiento, dinamismo, situaciones rápidamente cambiables, es decir, que ya se ve de un modo claro el modernismo con todas sus características. De este sistema de vida se excluye España, que se confina poco a poco a sus tierras fijas, a su vida inmóvil, a su pasado estático. Más tarde, uno de los factores que más la obligarían a

enclaustrarse en el silencio de su península, es que no comprenden el movimiento de la nueva era. Por esta falta de actuación y actividad no captan el sentido de la vida del momento. De este modo ignoran, verbigracia, el moderno sistema económico; acumulan los metales preciosos, considerando que en esto está la riqueza; creen que sintiendo en el bolsillo el peso de las monedas poseen la verdadera fortuna, siendo que ésta se forma por su circulación constante, por las inversiones rápidas. La incompreensión de España hacia el sistema económico del momento es la incompreensión que muestra a toda la vida moderna. Permanece en los moldes perfectamente acabados de su glorioso pasado, de su forma de vida que la llevó al éxito, en la que tiene fe y confianza; la respecta porque cree es la mejor y la más adecuada; la más idónea, que la llevará al cumplimiento de sus fines. Estas eran las firmes convicciones que España guardaba dentro de sí misma, ajena al exterior en que no se pensaba así, sino que llevaba un ritmo de vida tan distinto, tan diverso, que constituyendo la pauta de lo que entonces era moderno, España se fué quedando como un pueblo atrasado. Mostróse con toda su evidencia y objetividad en la derrota de la Gran Armada.

Ahora se puede ver con claridad y ante los ojos de los de la época, que Inglaterra se va convirtiendo en el árbitro de Europa. Su triunfo se inicia gracias a su marina, y comprendiéndolo, intensifican su fuerza. El lance contra España se realizó en estrechos límites, poca extensión en verdad, pero de agua salada, es decir, del medio en el que los ingleses habían hecho de su vida una verdadera profesión. En sus veleros sólo había una hábil población marinera, disciplinada, instruida, y dirigida con destreza. La flota inglesa era una batería móvil que enfilaba sus barcos de acuerdo con la posición del enemigo, a fin de acertar con sus cañones colocados en los costados del navío. Estas diferencias técnicas entre ingleses y españoles, carecen de sentido, si no se ve en ellas algo más profundo: las diferencias sociales entre España

y Inglaterra. Ya vimos cómo la primera es feudal en todos sus aspectos, transportando sus sistemas a momentos en que carecen de validez. Por el contrario, Inglaterra ha acentuado la iniciativa individual, ha borrado las diferencias de clase; los espíritus enérgicos y de iniciativa, independientemente de su estirpe, son los que se lanzan al mar para el comercio, la piratería y la guerra. Aprendieron a traficar en todos los mares, a moverse en todos sentidos, e hicieron de su generación una hazaña. El inglés tenía reunido en su corazón la temeridad y el afán de lucro, la audacia y un vehemente deseo por lograr una vida tranquila y próspera. Ensueño, imaginación, realidad, ambición, forman un núcleo inseparable que se levanta en el idealismo práctico del genio inglés.

Fué una triste experiencia para los españoles. Medinasidonia ha dado muestras de su obediencia al monarca y ha fracasado. Estos no son los momentos históricos para atenerse a otras fuerzas. El inglés, por el contrario, no cuenta con el prestigio y el poder que España ha adquirido a través de su historia; opone tan sólo las fuerzas que sus hombres suministran: además, como ya quedó dicho, no permanece inmóvil, confiada en lo que tiene en el presente, sino que piensa en un futuro y es dinámico, actúa, se mueve, transforma sus posturas, en una palabra, busca un método. Es el hombre libre que actúa de acuerdo con las circunstancias y que no tiene que esperar una orden real; es el hombre flexible y adaptable a todas las situaciones vitales, puesto que en cuanto las reconoce a todas humanas, las puede resolver. Busca su propia potencia, su fuerza dirigida sabiamente por la razón; la templanza y audacia se reúnen en este hombre que confía en sí mismo, en esta cabal realización de lo que es el hombre inglés moderno. Anuncia el mundo de la inmanencia todo lo que es, y lo que será, está en su esencia, en sí mismo.

Ingleses y españoles tenían un concepto diverso de la Divinidad, lo que va de acuerdo con la afirmación de que el hombre ha creado a Dios a su imagen y semejanza y no a la inversa como

enseña San Agustín. Esto no transforma el grado de elevación que cada quien desee darle, ya que se trata de una concepción meramente humana que tiene su exteriorización en formas materiales y cuyas conclusiones son de lo más variadas y convencionales, de acuerdo con la categoría humana de quien las crea. Las divergencias de principios entre protestantismo y catolicismo no son suficientes para explicar la diversidad de conceptos, ya que se refieren al culto externo, a los dogmas. La clave de esta diferencia, la da certeramente Miguel de Unamuno, que establece al Dios racional como la proyección del hombre abstracto, y al Dios sentimental o volitivo como la proyección del hombre concreto de carne y hueso. La primera concepción corresponde a los ingleses que racionalmente captan la existencia de la divinidad. La segunda pertenece a los españoles que plenamente humanos, unen a la razón, el sentimiento y la intuición.

Dos pueblos se han lanzado a una gran lucha. Los españoles con la fe puesta en su monarca y su Dios, marchan a ciegas al triunfo que les espera, obedeciendo las órdenes que los han de llevar al cumplimiento de su destino. El rey ordena y esperamos que Dios le ayude, podríamos decir, sacrificando las palabras en bien de lo que se quiere expresar. Los ingleses no ignoran la existencia del Todopoderoso, pero ya no lo tienen en su horizonte, actúan en un ambiente en que existe, lo invocan, buscan su apoyo y tienen confianza. La misma reina Isabel después del lance de la Gran Armada, es llevada en triunfo a dar gracias a la iglesia de San Pablo, con su pueblo delirante de entusiasmo. Pero alejados del absoluto sentimiento trascendental, la vida tiene, considerando que la finalidad de ésta, está dentro de ella misma, sin negar una existencia supraterrena, consideran a Dios como una fuerza suprema, inmensa, incommensurable; que tiene presentes los actos de los humanos, pero que no es motor inmediato de ellos, ya que ha dotado al hombre de la potencia necesaria para forjar su propio destino. Es por ello que el hombre es

su mayor creación, no por sus perfecciones físicas, sino porque está dotado para integrar su vida, con una proporción muy considerable de libre albedrío, y no como los demás seres de la Naturaleza, que tienen una existencia predeterminada, que no evoluciona.

Es así como la batalla de la Gran Armada, pone frente a frente, dos repertorios de virtudes. España se enorgullece de su nobleza y su alcurnia. Sus hombres, poseedores de pergaminos y honores, encabezan las acciones de su pueblo; se basan en la desigualdad social; despreciando las facultades de los que ellos consideran inferiores. Por el contrario, Inglaterra rechaza la nobleza de la sangre y ensalza la de las acciones. La disciplina es el fundamento de todas sus actitudes, y la camaradería es la base de la coordinación perfecta de sus movimientos, en que interviene cada hombre con todas sus posibilidades.

Otro aspecto fundamental: España ha puesto en juego todas sus fuerzas en una empresa en la que tiene la seguridad de triunfar. ¿Por qué? Porque tiene fe en la causa, porque está guiada por su Emperador y su Dios en un lance en que defiende elevado ideal; en tanto, Inglaterra tiene fe en la técnica; construye racionalmente los pasos que debe dar, triunfará. Se encomienda a Dios, pero confía en sus propias fuerzas. Bien podría encontrarse en esto, el germen de la frase hereje que pronunciara Federico el Grande "Qué raro que Dios siempre está del lado del más fuerte". Para los ingleses, el Todopoderoso favorecerá a aquellos que actúen conforme a una técnica debidamente elaborada.

Así como Carlos V arriesgó su última carta, el matrimonio, fiel a su política conciliatoria y tolerante, Felipe se juega su última carta en la Armada, de acuerdo con su política hostil e intolerante. Las dos fueron las últimas cartas. El resultado de la Armada es el definitivo: La afirmación de Inglaterra, el ascenso de su estrella y la desintegración de España. La Armada fue un alarde ostentoso de poder, pero le faltó corazón, gente de iniciativa, gente

de empuje; pretende el rey español el serlo todo, y en el momento decisivo le falta la paciencia necesaria y echa todo por tierra, haciendo una vez más, y ahora de un modo definitivo, irrealizable el proyecto de dominar a Inglaterra. Estoy de acuerdo con sus apologistas en que el orgulloso soberano haya permanecido impasible al recibir la funesta noticia. Pero me niego a creer que haya sido su leal sentir. Se necesitaría que careciera de estructura humana o que fuera un enfermo mental. Todas sus aspiraciones políticas y económicas, diplomáticas, religiosas y personales, estaban cifradas en esa empresa, que por adversas tempestades, por falta de hombres, por no haber esperado el momento oportuno, o por lo que se quiera, se veían derrumbadas estrepitosamente. Una derrota es dura en cualquier momento, pero para Felipe se agrava, ya que al ser dominada la Armada, nunca volvió a quedar en condiciones de ser invencible, y su poder marítimo se hunde. Además, no fué un fracaso aislado. Minó todo el sistema político español que se había cifrado en esta victoria. Los excesivos gastos agotaron las escasas posibilidades económicas. Todos sus planes sobre Europa se convirtieron en sueños irrealizables.

En aquel tempestuoso día del mes de agosto de 1588, termina el poderío español en forma casi simultánea con el siglo. Los ingleses tuvieron la gloria de defender su libertad de pensamiento; supieron detener la férula implacable que para ellos representaba el despotismo del español. A éste no le vale el hábil juego que realiza entre lo que es la imposición política y la religiosa. Pretendía restringir las libertades del hombre, abarcando su vida exterior y las esferas personales que nunca deben ser violadas.

Desde otro punto de vista, el episodio de la Armada Invencible constituye el punto álgido de odio entre dos pueblos. Es el momento en que, dueños los ingleses de su destino, transforman los principios del mundo europeo por otros totalmente nuevos. Inglaterra se presenta en el escenario del Antiguo Continente como el

peligro más serio que se cierne sobre España; a su triunfo lo acompaña el progreso material, en tanto que España tiene que resentir durante largo tiempo, todo lo que sacrificó en tan lastimosa empresa, lamentándose en especial por los hombres que perdió, ya que representaban la más alta alcuernia de su sociedad. El gran edificio español rueda por los suelos en el momento mismo en que Felipe trata de llegar a la más alta cima. Precisamente su desmesurada ambición, la grandeza ya lograda, tanto siglo venerable, tantos laureles acumulados pesan demasiado sobre la cabeza de un rey. Así lo comprende Europa. Los enemigos de España toman nuevas fuerzas y explotan su debilidad, que le ha provocado su derrota; buscan el enriquecimiento a su costa; las provincias sometidas, cansadas del yugo y del despotismo hispano, se sublevan; se asegura la supervivencia de la República Holandesa; Francia con Enrique IV se emancipa de las armas y la política españolas, y todos, salvaguardándose mutuamente, roban las naves españolas, ocultándose en la impudencia que les ha dado la carencia de fuerza que domina a España.

La Península ha consumido sus propias fuerzas, gracias a su intolerancia; los flamencos hubieran podido ser dignos rivales de la flota inglesa, pero la crueldad y el despotismo de su dominador los convirtió en sus aliados. La falta de un verdadero comercio patrio hizo que la flota fracasara, a pesar de que el poder de Felipe II se extendía sobre tantos millones de seres. Tomando en cuenta su grandeza territorial, y dejándonos llevar por un juicio de objetividad física, vemos como una inmensa mole, España, es derrumbada por una pequeña palanca sabiamente empleada, Inglaterra.

Estas observaciones establecen la posibilidad de dar una conclusión, que se documenta en los hechos: los españoles, en vistas de realizar la dominación universal, poniendo en ello todas sus fuerzas, habían fracasado. Esto significaba por una parte, el "predominio de la reforma en Europa Septentrional, pero prin-

principalmente el dominio mundial de los Nórdicos en la nueva era oceánica". (14).

Por supuesto, que para Inglaterra, no todo era laureles. Desde luego la victoria sobre España no les permitió desmembrar el Imperio; antes tenían que desarrollar en su país un programa financiero y un sistema militar idóneos para salvaguardar su talasocracia. El tesoro real había quedado exhausto; cualquier política de dominio se habría estrellado ante estas razones, ni siquiera tenía Inglaterra la suficiente población para organizar un imperio colonial en forma. He aquí otra de las grandezas de Isabel. Sin cegarse por el triunfo, supo reconocer la situación real en que se encontraba su país, salvaguardándolo de ese modo para que en su apogeo económico, político, pudiera extenderse con todo su poder. Si en este momento hubiera albergado planes grandiosos, desmesurados para sus posibilidades, pronto hubiera caído Inglaterra, o tal vez no hubiera llegado nunca al nivel que alcanzó. Los ingleses agradecen a Isabel ante todo, el no resentir los vanos intentos de la imposibilidad, estableciendo así las bases del gran Imperio de la Gran Bretaña. Con todo lo convencional de las divisiones cronológicas, el año de 1559, a juicio del autor Trevelyan, es el primer año de la moderna Inglaterra, libre ya del yugo español, e identificando su nueva religión, con su liberal política y su independencia nacional.

Este cambio de poder entre Inglaterra y España —que no hay que olvidar representan dos conceptos diversos de la vida—, es la base de esa idea de la decadencia de España. En efecto, ¿en qué consiste esa decadencia? ¿Hasta qué punto puede ser absoluta? Ya se verá que sólo es decadencia, en tanto que se tenga, por lo no decadente, el otro término de comparación, en este caso, Inglaterra. Pero por ahora, conviene que examine brevemente, otros aspectos de tal decadencia.

Si España no alcanzó apogeo económico, es que en realidad nunca tuvo un sistema económico, menos aún en esta época

moderna. Vossler con acertada frase nos describe este aspecto: "el español se sentía más cerca del milagro y de lo sobrenatural que de la simple realidad, mostraba mayor inclinación a la guerra que al trabajo, a la aventura que al comercio, al poderío y a la gloria que a la riqueza y a la posición". (15).

En verdad, el ambiente del que siempre se rodea el español, es de idealismo, de títulos de nobleza amparados con el dinero, pero estimados más en sus pergaminos. Aunque estimaban en mucho la riqueza, convirtiéndola en uno de sus principales móviles, nunca supieron manejarla. La economía es una de las fases del problema de la decadencia española, que más luz dan acerca de la índole de la misma, ya que se ve con toda claridad y aun con objetividad, cómo España permanece en el margen de todo movimiento moderno, demostrando que no se encuentra apta para comprenderlo. Por otra parte nos pone en actitud de estudiar la opinión tan generalizada de que España entra en decadencia por los metales de América. Su abundancia les dió confianza, se abandonaron a la molicie y al lujo. Parte de los metales sufrieron una inmovilización absoluta; pero en su mayoría pasaron a manos extranjeras, que les proporcionaban lo que ellos ya no sabían producir. Pero si bien el dinero causó la decadencia, fué, por ser lo más moderno, no por el metal en sí, ni por su abundancia. Cualquier otro país de sentido moderno se hubiera hecho poderoso en un momento, pero España no lo supo manejar, quiso inmovilizarlo en sus bolsillos, tal si se tratara de una propiedad de tipo medieval. Todos emigraban a América buscando los preciados metales, pero no para hacer una inversión de ellos, sino para acumularlos. El español, fielmente apegado a la tradición, al sentirse poderoso, deseaba encarnar a un gran señor, pero nunca se le ocurría ser comerciante. Además, veía en América, no una fuente de producción que favoreciera para lograr provecho, sino un medio de explotación ilimitada, en el que no tenía que poner nada de su parte. Logrando una regular fortuna, y con pretensio-

nes de grandes señores, pese a su origen humilde, —que es otro de los síntomas de decadencia, ya que la nobleza no viene por herencia, sino de acuerdo con las fortunas— regresaban a su Península, dándose la gran vida y estableciendo su orgullo en lo poseído en el momento, aquí en este sitio, en este cofre, en el bolsillo, como se posee un trozo de tierra, un lingote o un molino.

Compárese esto con el sentido que estaba adquiriendo el dinero, prototipo de la nueva era, cuya esencia era el movimiento, cualidad que comunicaba a todos los contenidos de la vida. A través del dinero, se favorece la individualidad. Las corporaciones se veían aseguradas porque los hombres estaban fuertemente atados a sus tierras y sometidos a las autoridades dueñas de ellas y por tanto, pertenecían al tipo de propiedad del clero y la feudalidad. Por el contrario, siendo lo que poseen el dinero, su acción los moviliza y los desplaza a infinidad de sitios; tienen los medios para realizar sus fines: la energía, la disciplina aplicada y el dinero, todo lo pueden llevar consigo, así que ignoran el amor a la tierra. Desaparece ese fetichismo que encierra al individuo haciéndole desconocer los medios que se desenvuelven más allá de sus estrechos horizontes. El hombre económico del momento se desgaja de las antiguas esferas con una gran fuerza impulsiva y expansiva; siempre sirviéndose de su racionalismo y siempre esperando inexorables consecuencias, gracias a la exactitud de sus cálculos con los que antecede a cualquier acto que ponga en juego su posible provecho. Al nuevo tipo de propiedad que es el dinero, se suman el del tiempo que aparece como la gran fuerza liberal en contra de la fuerza conservadora del espacio. Mientras en España detenta el poder quien posee tierras, en la Europa moderna lo asume quien sabe aprovechar dinero y tiempo. El hombre económico vive el presente visible y goza de un horizonte infinito, ya que "no admite límites en el futuro im-

puestos por un pensamiento religioso trascendente, ni tampoco de pasado como los que supone el pensamiento tradicional" (16).

Reflejo de la nueva época es la situación espiritual. La religión ha perdido el gran impulso de antaño y se deja arrastrar por criterios primordialmente económicos. Ya no se oye hablar de empresas de reconquista de los santos lugares, sino de viajes previamente calculados, a fin de conocer los beneficios que se han de obtener, sin dejar nada para una posible casualidad, sino que todo firmemente establecido. Este mismo régimen económico que ha transformado las organizaciones medievales, actúa en la política dejando un campo abierto y desalojando los ejes de otra época: el Papado y el Imperio. El dinero ha movilizó al mundo y ha dado al hombre la individualidad que aún le faltaba; el dinero ha dado al traste con todo lo que significaba peso cohibitivo, ya que destruye los últimos eslabones que ataban al hombre medieval: la propiedad inmueble; ahora para él los bienes tienen, o un valor de uso, o un valor de cambio, pero nunca los estatifican en el recuerdo de la tradición inerte. Desarrolla su pensamiento, su política, su religión, su economía y su vida toda, a fin de forjarse una personalidad; se dedica a crear además, con el fin ya determinado de antemano que le reportará beneficios, como un símbolo de capacidad creadora propia, orgulloso de sí mismo, de la personalidad que él se ha creado, y en una palabra, de pertenecer a esa época que le ofrece tantas posibilidades.

No es necesario un análisis detallado de la vida española para comprender que mientras Europa con Inglaterra a la cabeza, llevaba este veloz ritmo que lo conducía al éxito, España intensificaba cada vez más su respeto al pasado y a la tradición, amándola y viviendo conforme a sus cánones, aparentemente indiferente en lo que en su exterior sucedía, pero realizándose en ella una dolorosa e inútil tentativa, por alcanzar esos niveles, pero por supuesto, sin abandonar su vida; se encuentra España

en una de las más graves crisis de toda su historia, que sin duda marcó los senderos que había de seguir durante largas épocas.

Por otra parte, el inmenso apogeo que Inglaterra ha logrado, se inicia en el momento en que se deshace de toda imposición, de toda autoridad extraña. En su esencia está, que se desarrolle libre y con sus propias fuerzas. El paso más enérgico que se da al respecto, es en el momento en que los ingleses, firmemente confiados en sí mismos se atreven a desconocer la suprema autoridad de la época, o sea el Papado. Al formarse una nueva religión, Inglaterra proclama a toda Europa, que no ha de admitir ingerencias extrañas, ya que ella puede forjarse a sí misma, tiene las capacidades suficientes y a esa finalidad dedicará todos sus esfuerzos ya que en ello estriba la felicidad y el progreso de su nación.

Si tanta importancia reviste la formación de la nueva religión, me parece indicado estudiar algo sobre el protestantismo inglés; por esta razón y además porque por lo general el motivo religioso es considerado como la fuente más pródiga en discrepancias entre Inglaterra y España. Nada he de decir acerca de los principios dogmáticos del anglicanismo y menos aún del catolicismo, porque queda fuera de mi campo de estudio. Para mi finalidad basta ver cuáles fueron las causas por las que este movimiento naciera, ya que es posible, que en ellas encuentre los principales motivos de discrepancia con su católica rival. El anglicanismo y el capricho de un monarca, son términos que con frecuencia se enlazan para explicar tan enorme problema. Si bien en las circunstancias del momento pareció que el divorcio de Enrique VIII fué la causa de la separación definitiva de Inglaterra de la sede Papal, no nos debemos reducir a un determinado lapso ni a un tercio de individuos, sino interroguemos por los antecedentes históricos y por el pueblo todo de Inglaterra. El anglicanismo es la prueba más palpable de la tantas veces repetida fusión político-religiosa. Nace al impulso, largo tiempo

albergado por los ingleses, de ser independientes en todos los sentidos. Como en alguna otra ocasión se dijo, Inglaterra sentía el peso del papado a la vez que lo sentía alejado espiritualmente. Pero para acabar con su estado teocrático era necesario que conquistara su derecho a existir en términos de igualdad, que pudiera desenvolver su peculiar misión de guardián de las almas y que por tanto encajara su papel dentro de lo providencial. Pronto se encontró la teoría adecuada que incluía además las aspiraciones nacionales. El Papa proclamaba, fundado en el derecho divino, una soberanía monárquica universal; exigía una obediencia incondicional so pena de caer en la condenación eterna. Entonces el Estado inglés fundó a su vez, un título de origen divino y buscó la teoría de soberanía más natural, aquella que tuviera la investidura divina; trajo consigo el derecho divino de los reyes. El monarca era la única potestad secular ilimitada, por tanto, se hizo posible que los ingleses entregaran el mando universal de su jurisdicción. Estaban de acuerdo con sus tendencias nacionalistas y agregan además el mérito de descubrir en el sentido lato, la noción de soberanía. Deserchaban la autoridad espiritual del Papa y conocían la de su rey. No es difícil comprender qué frágil resulta invocar un divorcio para explicar el anglicanismo, existiendo bases tan poderosas. Y no es que Inglaterra tuviera especial aversión por el Papa; en cierto tiempo fué fiel y sumisa a su autoridad. Pero llegó el momento en que no soportó se inmiscuyera en sus asuntos particulares de gobierno; era necesario rechazarlo si se quería lograr la libertad deseada. Esta aversión hacia una intromisión tan extraña en los asuntos gubernamentales, no sólo ha sido rechazada por Inglaterra sino inclusive por España, Francia, en cuanto sienten que es demasiado fuerte el poder eclesiástico. Largas centurias habían sido testigos de esta lucha entre el poder eclesiástico y el político. El Estado sabía qué peligroso era conceder carta blanca al poder espiritual, porque éste invocaría mil pretextos para estorbar la acción

estatal en bien de la salud de las conciencias. Es esta la razón por la que el tema fué uno de los predilectos de los polemistas de la época, aun de los que se sometían al yugo de la iglesia. Se pensaba en la remotísima posibilidad de que la religión comprendiera lo falso de su situación y se restringiera, pero en forma sincera, a ser directora de las conciencias, y nada más; sin alegar falsas intervenciones en otros sectores, que si en otra época estaban justificadas, ahora carecían de fundamento.

Así prosperó el anglicanismo fortalecido por las armas civiles que lo convirtieron en algo práctico. Religión independiente precisaba una iglesia también independiente, y surge bajo la misma mezcla quedando como una Iglesia Estado. Al respecto, dice Lutero "Satanás es siempre el mismo, no cesa nunca de ser Satanás, y si en otro tiempo bajo el Papa entrometió la Iglesia en el Estado, pretende ahora introducir el Estado en la Iglesia." Fué éste el más grande temor de los sinceros amantes de la libertad, pues veían que mientras por un flanco huían del papismo, caían en otra serie de intolerancias civiles y de su propia religión. Las antiguas organizaciones inquisitoriales ya no sólo velaban por la pureza de la religión, sino por los intereses políticos, si bien ambos se implican en forma mutua. Tan es así, que se puede afirmar, que si la religión fué uno de los principales motivos de discrepancia, no lo podemos dar aislado sino como un complemento del nacionalismo inglés.

Al romper Inglaterra con el Papa, rompe con la tradición; de un golpe el inglés se ha librado del peso del pasado; pero no del pasado en cuanto a este mismo, pues a él no lo puede negar, a él le pertenece y lo constituye, sino rechaza a las fuerzas inhibitorias del pretérito que en cualquier sentido represente. Al adoptar la nueva religión, se siente un hombre nuevo, que tiene ante sí los horizontes más amplios para luchar y forjarse su propio destino; no vuelve la mirada hacia atrás, sino su vida se concentra en una proyección al futuro. Me parece se le podría com-

parar en este momento con el adolescente que se da cuenta de que existe, que es todo en potencia, carece de trabas del pasado, y su presente es un anticiparse al futuro. Tiene la mente cierta de que su vitalidad, su sangre joven lo llevará al éxito. Al poner este plan a Inglaterra, no pretendo considerarla como un país joven y menos aún ponerlo en relación con el muy gastado concepto de ver en España un país decrepito, entre otras causas por sus largos siglos de vida y, en cambio, la Isla Británica triunfando por su juventud. No se trata de ello, sino tan sólo de pintar a Inglaterra con todas sus posibilidades de vida. Si en aquella época alguien hubiera querido expresar esto en forma gráfica, me atrevo a afirmar que pondría al inglés saliendo de las impenetrables sombras del tradicionalismo, que lo ligaban a autoridades extrañas a él mismo, para entrar a la claridad que le dan sus propias fuerzas para autodirigirse. Con seguridad esta expresión, en caso de haber existido, no pertenecería a un inglés, ya que no es ese su medio de expresión.

Uno de los principios en que difiere de un modo notable la iglesia inglesa de la española, es que mientras ésta se preocupa por la salvación de las almas, la inglesa se interesa por la paz de la iglesia sin interesarle si la conciencia individual queda inconvicta. La consideran fuera del conocimiento de la iglesia y de los eclesiásticos, pues sus funciones deben ser gubernamentales y no persuasivas. De este modo el inglés logra armonía en su iglesia, en el culto exterior, pero se siente abandonado a su propia conducta, siente esa gran angustia moderna de la soledad del individuo preso en sí mismo. Recurre entonces a la potencia que a él y su nación lo han llevado al éxito: la razón que le indica cuál es la mejor forma de vida. Pero esto no remedia la soledad en que teme ahogarse. Conjuga el raciocinio con la convivencia y forma sociedades compactas en las que se ve por el interés de todos. Estas sociedades constituyen la respuesta a esa falta de seguridad de su religión, y, en consecuencia, de la con-

cepción que ellos tienen de Dios, que se aleja de su diario vivir una vez que los ha posibilitado para crearse una existencia digna. Resumiendo: el inglés es individualista en cuanto a su ética personal y gregario en relación a la conducta de su vida externa, estrechamente ligada a la de los demás. Sabe que es parte integrante de su pueblo, de su iglesia y de su comunidad nacional.

El español es universalista en cuanto que está con la mirada en una religión ecuménica; se encuentra enclavado en lo trascendental que es el campo común de todos los verdaderos creyentes y en donde radica la salvación de las almas. Pero en conexión directísima y estrecha está la situación individual del español, en cuanto tiene albedrío para escoger forma de vida que corresponda a sus ideales o a sus ambiciones. Puede pecar o no, sin interesarle que lo haga el prójimo, pues de su conciencia él solo debe responder. Entonces el español es de sentido colectivo en la metafísica de sus creencias, lo que lo lleva a una forma de actuar similar a los demás, máxime que pesa sobre él la sanción social si no se conduce conforme a las normas pedidas. Por otra parte es individualista en el concepto de pecado, pues su conciencia tan sólo depende de él para lograr la salvación eterna. Se ve hasta qué punto y en qué corto tiempo, estos dos pueblos se han separado. Los dos son pueblos modernos, pero el tono de la verdadera modernidad, en el sentir de la época, lo da Inglaterra. En ese tono, que es la altura de los tiempos, está la distancia entre las dos naciones. Por eso vemos que España permanece al margen de la modernidad, siendo sin embargo, moderna. Esta es la tragedia española: se ve bien en el sentido "nacional" español. En cuanto nacional, es moderno, se incorpora al movimiento de la época; pero está lleno de un sentido que lo contradice. Felipe II da la fórmula, invoca el nacionalismo pero en nombre de abstractos principios religiosos e imperialistas que olvidan la individualidad. El nacionalismo representa la individualidad de cada pueblo. España la pretende, pero

olvida la de su hombres y sufre uno de los más hondos desgarramientos.

Observando frente a frente a ambos pueblos, una opinión del momento, con la falsa superioridad de creerse moderna y alejada de toda clase de necios prejuicios religiosos, afirmará que la causa de esta diferencia de posiciones es que Inglaterra es un país moderno, progresista, en tanto que España sin fuerzas ya para evolucionar, se refugia en sus épocas pretéritas a fin de evitar los problemas que la modernidad implica. Esto es destruir la verdad. España realmente ha permanecido al margen del modernismo inglés, pero no se ha excluido de él porque pretenda rehuir responsabilidades; lo único que ha hecho es elegir, de un número de posibilidades de vida, que se le presentan para su futuro, la que le parece más adecuada, en la que cree ha de realizarse, como se realizó en otros tiempos. Se conserva en el pasado, pero no se abandona a él con un sentido retrógrado. Trata de vivir dentro de esos cánones que respeta, pero con amplísimo sentido del momento, revitalizándolos a fin de satisfacer sus anhelos de vida y su idealismo. Si para Inglaterra el tradicionalismo de la iglesia es una sombra, un obstáculo para su integración futura, una rémora para su liberación, para España es un baluarte y constituye su potencia. Si para Inglaterra lo moderno es rechazar las formas del pasado y adoptar nuevas fórmulas creadas lejos de toda imposición, para España su vida moderna es inyectar a las antiguas normas, el sentido del tiempo actual; no se explica la causa, por la que pareciéndole tan justos y cabales sus conceptos de vida formados tiempo ha, debe transformarlos o cambiarlos por otros. Mientras España se conserva en este punto de vista, mientras tiene la plena convicción de llevar una vida auténtica, en sí misma no es decadente, sino en relación a la moderna Inglaterra. El descenso lo inicia, en cuanto abandona sus formas de vida, que siente le son propias. El no seguir el ritmo que otro pueblo sigue, adoptando una forma pro-

pia, está altamente justificado. Es éste el destino de la humanidad; un hombre, un pueblo tiene destino en cuanto elige una forma de vida y acepta toda clase de responsabilidades, en cuanto se decide por algo y lo afronta hasta el fin. Así pues, aún España es España, aún lleva una vida plenamente auténtica y moderna.

Abstrayendo de este complejo de circunstancias al catolicismo y al protestantismo, tan sólo como religiones, cabe preguntarse: 1ª ¿Representa el catolicismo la unidad de Europa y el protestantismo es un error?, o bien, 2ª ¿El protestantismo es el destino europeo y las naciones católicas son rezagadas? ¿Constituyen éstas un estorbo? ¿Europa ha permanecido en el error durante largos siglos? Como tercera posibilidad ¿podríamos considerar a la unidad europea una síntesis de ambos aspectos? La última es la más aceptable en cuanto que, no hay que olvidar que si España e Inglaterra, combaten entre sí material e ideológicamente, no por ello dejan de ser europeas, no forman una unidad entre ambas, pero con sus contradicciones constituyen a Europa. La peculiaridad de la cultura europea, admite diversas posibilidades dentro de una unión superior. La unidad es cultura. Sería de desear que esta unidad no fuera el resultado de esfuerzos antagónicos, sino catolicismo y protestantismo se hubiesen unificado a fin de encontrar la superación espiritual. El XVIII fué un siglo de razón por definición. Incluso analizó sus creencias. No obstante, al despuntar el XIX, la fe adquiere el brío de antaño y los hombres se obstinan por lo que un siglo antes rechazaban: "Nada hay bello, dulce, grande en la vida, sino las cosas misteriosas. Los sentimientos más maravillosos son los que nos agitan un poco confusamente..." dice Chateaubriand. Así pues, somos testigos de las más enfáticas oscilaciones. ¿Cuál será la solución final? ¿Será posible algún día, decir la última palabra?

Continuando el por momentos abandonado proyecto de una rápida revisión de los hechos, de cuyos conocimientos hemos de

extraer consecuencias generales, fijemos la atención, aunque sea en forma somera, en el periodo que continúa al Tudor, en el Estuardo, época en que se desarrollaron las fuerzas que existían en germen.

Inglaterra adquirió caracteres firmemente definidos. Contrario a lo que prevalecía en el Continente, los ingleses vivían en medio de una absoluta libertad, con una administración local y un gobierno parlamentario. Su posición insular que en otro tiempo la consideraban adversa para sus relaciones con el continente, pues se sentían demasiado aislados, ahora les era de lo más benéfico.

Además de que podían defenderse fácilmente, su situación era magnífica para las incursiones atlánticas. La distancia para ganar el continente era mínima gracias a sus adelantos, y podían llegar a él cuando así lo desearan, a la vez que evitaban cualquier incursión extraña. Cuando quiso permanecer aislada a fin de ingerencias extranjeras no estorban sus creaciones, lo lograron gracias a Isabel y a Drake. Al fin llega Inglaterra a la cumbre de su progreso, toda Europa está atenta de sus movimientos. Ha llegado a una verdadera comprensión de la tolerancia, sus instituciones son imitadas, si bien conservan algo de extraño y fueron imperfectamente comprendidas, lo que no evitó que se extendieran en todo el mundo. Esa peculiar dominación que en muchos casos puede ser deficiente, es fácil de explicar, ya que se aplicaban en medios diversos al inglés para el que habían sido creadas. Pero podemos ver algo más: se encuentra cierto misterio en estas instituciones que sólo hablan de libertades, ¿por qué? Aquí radica el secreto de la peculiar política inglesa acerca del universalismo de sus teorías; universalismo que oculta la imposición nacionalista. También nos podría aclarar algo sobre el sentido de lo que es la pérfida Albión. Sin embargo, esto es adelantarnos al desarrollo general de las ideas.

En Inglaterra la guerra contra España continuaba a pesar de no tener apoyo del Estado. El pueblo no podía conciliarse. Seguía en pie el problema del comercio de América. No obstante, Jacobo I pensó en una reconciliación a través de una alianza matrimonial con España. El proyecto pertenecía al Duque de Buckingham que soñaba con establecer la paz con Europa a través de estos medios, ya que Inglaterra y España representaban las divergencias más agudas. Siendo un plan tan ajeno al sentir nacional de los dos pueblos, fracasó. Entonces el Duque, sintiéndose adalid del protestantismo, emprende una serie de batallas en contra de los países católicos. Fueron tan desafortunadas como el proyecto de matrimonio. La política continúa oscilando sin presentar acontecimientos de relieve que iluminen nuestro problema.

A pesar de que Inglaterra se encuentra en su apogeo, no cesa de pensar en su antigua rival con el odio de siempre. Deja escuchar su voz amenazante atacando abiertamente. Ya tiene el poder suficiente para hacerlo. Se llega al extremo de prohibir asociación, liga o amistad, particular o común con los papistas españoles. Sin embargo, la política europea exige otras relaciones; España se acerca a Inglaterra para dar un ataque general a Francia. Cromwell sabía que era el campeón del papado y que su pueblo no podía ver bien esta alianza. Para lograr la aprobación pide a cambio aquello que siempre había sido negado a Inglaterra: la libertad para el comercio americano y la tolerancia para los comerciantes que llevasen consigo la Biblia y arribasen a costas españolas. De este modo el dictador decide arriesgarse, pues sabe que a ese precio los ingleses no verán tan mal las relaciones. Casi está por demás apuntar la conocidísima respuesta del embajador español: "esto es pedir que mi señor se saque dos ojos; en estos puntos la situación debe continuar como hasta ahora". Por lo pronto Cromwell deja que así sea y se dedica a formar una gran liga protestante para proteger a sus

correligionarios y establecer la hegemonía europea bajo el reformismo. Pronto se convenció de que la reforma no podía lograr la unidad de Europa, como ninguna religión o teoría que suponga intolerancia. Curiosa y natural inversión de términos; en épocas anteriores España era la poderosa y pretendía imponer el catolicismo. Ahora le corresponde a Inglaterra levantarse como héroe del protestantismo. Con más evidencia no puede verse que la religión sufre las oscilaciones de las potencias materiales, al menos como religiones oficiales, sino en la conciencia de los verdaderos fieles.

Siendo Cromwell el primero que en Inglaterra actúa con una franca política imperialista, a él le correspondió el ataque más importante y decisivo a las posesiones españolas en América. Cansado de ver restringido el comercio inglés, manda una expedición que captura Jamaica. Después de tal política "no era posible que continuara la paz con España, pues los españoles estaban furiosos con lo que llamaban desvergonzada perfidia de Cromwell". He aquí la respuesta de la voz popular. Durante el engrandecimiento de España se creó la leyenda negra y ahora en la gloria inglesa, el sentimiento de los no doctos ni eruditos se rebela contra la que le está haciendo daño, que reconocen es la pérdida Albión.

Pocas semanas después, se publicó en Londres la formal declaración de guerra contra España, guerra atlántica que no alteró las relaciones europeas puesto que una intervención tan enérgica no era necesaria. El equilibrio, causa por la que pugna Inglaterra, no estaba en peligro. España había decaído ya y Francia no se había levantado a una altura peligrosa. Pero si para las relaciones políticas no tuvo gran interés, si lo tiene desde mi punto de vista. Con esta declaración de guerra, Cromwell se captó la voluntad del pueblo que odiaba a España y la de los puritanos, que todo lo que fuera contra el Papa o alguna de sus fuerzas, lo aceptaban con agrado, ya que hacían depender

todas las desgracias del Papa y de sus principales defensores. La luz que esto puede darnos, se opaca ante lo más importante. Cromwell al hacer la comunicación afirma: "Haced las paces con cualquier país, dijo, que esté sujeto al Papa y vosotros estaréis atados y él libre, pues la paz sólo durará mientras el Papa diga amén... Los intereses de los protestantes en Alemania, Dinamarca y Suiza, los intereses de la cristiandad, son ahora los mismos que los vuestros. Si obráis bien en la persuasión de que lo hacéis por la causa de Dios, encontraréis que habéis trabajado en beneficio del gran número de creaturas del Señor" (17).

¿Qué significado tiene esto? La respuesta es breve: Cromwell ha cimentado firmemente la política inglesa; en este párrafo en que hace un llamado para combatir a los españoles, no menciona las palabras inglés o español, sino que de un modo consciente habla en nombre de principios universales para los protestantes, para la cristiandad. Esta ha de ser la actuación futura del inglés que propone sus principios alejados del nacionalismo inglés, si bien lo llevan implícito.

Ahora bien, ¿a qué nos lleva todo esto? ¿qué conclusión podemos establecer? Después de observar los acontecimientos es fácil comprender que esta pugna ya tradicional entre Inglaterra y España, puede tener las más variadas manifestaciones externas a través de la política, de la religión, etc., pero en el fondo todo está inspirado en la existencia de dos destinos totalmente diversos, de dos conceptos de vida, de dos ideales, de dos visiones del mundo, de dos seres que por existir, entablan un diálogo, pero siendo sus esencias en un todo dispares, chocan y se produce esta gran batalla que constituye parte de la historia europea. Pero no es tan sólo una batalla, militar o ideológica, es una alteración hondísima de sus principios. Presenciamos primero el apogeo español y más tarde su decadencia. En tanto Inglaterra, triunfante, va marcando el ritmo de la modernidad, representa

el nivel adecuado de los tiempos. Siendo el tema un filón inagotable, aún podemos profundizar más; tras del diálogo español-inglés encontraremos necesariamente dos métodos, el que cada quien ha elegido como el más conveniente para presentarse al mundo y lanzarse a la aventura de la época. Estos métodos se pueden establecer en unas cuantas palabras: España es universalista, pero española; Inglaterra es inglesa, pero universalista. Hemos visto como Cromwell se aleja del nacionalismo y no es más que un ejemplo; la misma actitud universalista la hemos de ver a lo largo de la historia inglesa, así como ya la hemos visto. Recuérdese a uno de sus más laureados genios: Bacon, que en su nueva *Atlántida* ya habla de un imperio humano y no de un imperio inglés.

Para ver el sentido español retrocedamos a Felipe II, y no es que las comparaciones sean anacrónicas, pues si bien hay una gran diferencia en tiempo, vitalmente están próximos; hubo necesidad de avanzar en la historia inglesa algunos tramos más, a fin de llegar a su realización y no quedar en las primeras fases del proceso. El campeón del catolicismo, Felipe II, antes de católico era español. Es precisamente lo que ha dado lugar a encontrar contradicciones en su política, pues siendo el Papa el eje de su estructura, frecuentemente estuvo en pugna con él. Le mostraba sumisión en tanto que se favorecían sus empresas terrenales; convencido de que sólo con su auxilio la religión podía vencer los peligros que le acechaban; identificó los intereses del catolicismo y los de España, pidiendo una reciprocidad de servicios al Papa. En todo lo referente al gobierno de la iglesia en España, Felipe compartía el poder con el Santo Padre y llegó al extremo de querer substituir al Espíritu Santo designando a los Papas, cuidándose que le fueran adictos y de avanzada edad. En caso de que desconocieran su influencia, sería por pocos años. Felipe II refleja la suprestimación que en muchos casos, si no es que en todos, hacía de los valores políticos sobre los

religiosos. Es el secreto de la preponderancia en Inglaterra y de la decadencia de España; pues mientras la primera aparentó ser universalista, España veía antes por fundar su nacionalismo en todo el mundo, valiéndose de la enorme palanca que constituía en aquella época el catolicismo.

Pero para comprender el sentido cabal que Felipe II y los de su época tenían, es imprescindible conocer su más fuerte expresión, lo que corresponde integralmente a su conciencia: una obra de arte que como reflejo de intuiciones capte el sentido más hondo de lo hispánico, cuya cabal expresión se realiza a través de lo emotivo, de la imaginación convertida en línea plástica, de la aventura descrita en la combinación de los colores, en una palabra, un español se refleja en donde no existe sólo el raciocinio, sino en donde se conjuga su maravillosa fuerza creadora, donde aparece la subjetividad del artista, donde su imaginación toma vuelos fantásticos describiendo tan sólo sentimientos o emociones, ira, tristeza, alegría, melancolía, rencores, por esa vía maravillosa que integra el mundo de la percepción intuitiva, inagotable fuente de conocimiento y complemento necesarísimo para comprender en verdad a un pueblo, máxime si se trata del hispánico que encuentra en el arte un mar inmenso en el que puede desahogar sus anhelos, sus energías, su vida toda.

Símbolo del españolismo y receptor de sus últimas glorias místicas, es el Greco, que con su expresivo trazo constituye el alma del pueblo ibero, en cuyo seno no ve la luz primera pero sí se realiza su genio artístico. Artista y pueblo se necesitan mutuamente para explicarse.

En "*El Sueño de Felipe II*" la leyenda presta alas a la fantasía, la presencia corporal se va esfumando y confundiendo con la presencia divina. Los límites sólo son ténues nubes que semejan los frágiles puentes que el español siempre pretendió tender entre lo humano y su Dios. Es ese el horizonte borroso, que siente, existe entre la realidad y la fantasía, entre lo existente y lo

etéreo, entre este mundo y lo incognoscible. El además de las figuras, el éxtasis que los aleja de la prisión terrenal, el gozo espiritual, la beatitud, enmarca al rey; por momentos su figura parece arrancarse del cuadro general; permanece ajeno a lo que en su torno sucede, retirándose a la soledad que le satisface, deslizándose de la existencia material para escuchar el mando divino. Sus negros ropajes le prestan una gran severidad que colabora para aislarlo aún más. Pero su actitud de oración, su rostro fino y alargado, establecen un lazo espiritual con los personajes que lo rodean. Son ellos, por supuesto, clérigos de la más elevada jerarquía, cubiertos con lujosos ropajes que denotan el fasto y la riqueza que al ceremonial católico le prestan. Otras figuras más lo rodean, todas de escuálidos rostros, despegados de esta existencia, y engrandecidos por la vida que su emperador les señala, ya que es el cumplimiento del mandato del Creador. Una de ellas, mira hacia abajo, donde ya no hay representación alguna, pero que podemos suponer existen seres a quienes con un además se les señala el símbolo de la cruz, que encierra los valores máximos de la vida. Es el empeño del español por convencer a los que viven en la penumbra, para que escuchen la palabra divina y logren su salvación. Un número infinito de seres que se pierden en la inmensidad, guardan la misma veneración y parecen continuarse en un océano que se pierde en la bruma, tal vez simbolizando que el catolicismo de su mundo debe llegar hasta América, que es la posibilidad máxima que Dios ha ofrecido a los españoles, para que redimiéndolos se perdonen las herejías que en Europa se cometen.

Esta maravillosa miniatura se encuentra dividida en dos grandes núcleos, pero no se puede pensar en una estructuración geométrica, cuando se está expresando tan magistralmente el ideal de una vida. El Greco ha trazado una línea fina, espiritual, que une a Felipe II con la jerarquía eclesiástica, con el pueblo en oración y aquella multitud que se pierde en el horizonte,

tal vez el de la eternidad, y la escena superior que representa la gloria celestial, en la que delicados seres rodean la cruz. En conjunto armónico otros personajes celestiales también denotan la fuerza y el poder y parecen custodiar el símbolo del cristianismo. Uno de estos ángeles, llamémosle así, con sus brazos significa dos mundos: señala por un lado la escena de la divinidad, la adoración de la cruz, con el otro señala el mundo que a sus pies se desenvuelve, el conglomerado que rodea a Felipe II. Establece una conexión, que puede tomarse en dos sentidos: por un lado el pueblo místico que vive con un sentido trascendental de la vida, con su mirada puesta en la gloria del Creador. Por otro, señala al pueblo que Dios ha elegido para redimir al mundo de la herejía y mostrarle el camino de una verdadera vida espiritual. Un solo trazo, como una mano que surca el espacio de la tierra a la eternidad, es esta parte del cuadro de Theotocopuli que sintetiza el destino divino que el pueblo español siente poseer, encumbrando a Felipe II como el ser humano que encarna la autoridad del Cielo.

Líneas precisas y representaciones que se esfuman, claridad, sombras y penumbras, objetos materiales simbolizando un mundo ideal; conjunto celeste y terreno que se une estrechamente entre sí, pero que se aísla de un fragmento cubierto por negra nube. Espesas sombras los separan, hundiendo a esta última parte en líneas trágicas, en expresiones doloridas, en actitud de la perenne confusión.

El patíbulo a lo lejos, seres arrojados al mar forman un pequeño preludio, un poco esfumado, que prepara la presencia del enorme monstruo, tal vez una ballena, en cuyas fauces se pierde un mundo de seres que se resiste ha penetrar en aquél recinto, o bien ya estando en él se desesperan, ya que encuentran el signo de la muerte, esqueletos, individuos desvanecidos y hasta el fondo la obscuridad impenetrable de la perdición. Estas fauces desmesuradamente abiertas, la hor-

ca y la multitud confusa y consternada, los cuerpos lanzados a la profundidad de los mares, constituyen en esta apoteosis de Felipe II, la herejía que se lanza sobre las masas devorando a los tibios y a los incrédulos, a los que se han dejado llevar por el mezquino aprecio de esta vida, que no han sabido comprender lo trascendental pese a los esfuerzos que los españoles han hecho por mostrársela. La beatitud y la dulzura del resto del cuadro contrasta con este trozo, espejo fiel de lo que la intuición hispánica concebía para los herejes. El oscilante cadáver que pende del patíbulo parece encarnar el símbolo de la injusticia y la iniquidad que privan entre los que desconocen la justicia divina, ateniéndose a vanales leyes creadas por ellos mismos, y por tanto, egoístas y parciales. También es el símbolo del castigo humano como instrumento de la ira de Dios en contra de los que se han negado a oír las palabras que ese pueblo elegido les indicara, para que permaneciesen en el catolicismo. Caos y anarquía para los aferrados en el error, perenne sufrimiento para los necios de corazón, para los que vuelven la espalda a los que tienen el verdadero sentido de la vida.

Y tras de contemplar la maravillosa creación del Greco que condensa el ideal de una época, tras de haber permitido a la atención divagar por sus detalles, el negro ropaje del monarca español reclama un nuevo sentido, ya que con medios estéticos se ha reflejado una verdad histórica. El mundo del trascendentalismo, guía universal de entonces, se resume en la pequeña y afilada figura de Felipe II, campeón del catolicismo. Tan sólo su presencia significa el españolismo que se oculta en la interpretación artística. Todo ha sido expresado con magnificencia de sentido, pero al fin y al cabo son movimientos universales, el catolicismo y la herejía. El plan central que ocupa el monarca español constituye la realización del ideal españolista, el Greco ha descrito el Imperio Universal Español Católico. Es el monarca español el que ha de imponer el catolicismo; es él, el que signifi-

ca la vida auténtica del momento; es Felipe II el que por derecho divino debe dominar al mundo. Es el sueño de Felipe II.

Independientemente de lo que el Greco ha querido expresar en este su famoso cuadro, ahora y ante el desarrollo que las circunstancias históricas tomaron, el mismo cuadro que simboliza el más grande y venerado ideal de la más grande y venerada época española, nos inspira una nueva interpretación, totalmente aislada de lo que el artista quiso manifestar. Un signo artístico conduce la atención de Felipe II a la mansión celestial. Pero este mismo trazo en un círculo aterrador para España, parece continuarse del implacable monstruo al confiado monarca español. Lo que el artista quiso expresar con negras sombras, como perdición de los herejes, y que separa del mundo de Felipe II, triunfador y progresista, el desenvolvimiento de los sucesos, hace que esas sombras se horren y que se piense en la decadencia en que se sumergió España. Es éste un círculo de fuego marcado por la historia que lleva a este pueblo del engrandecimiento místico y de su divino destino a la pérdida de su realidad histórica en una mezcla absurda con otras sensibilidades.

Ahora ya podemos sintetizar aquellos dos programas que anticipara, en dos sencillas frases: España adopta una postura universalista pero Española; Inglaterra adopta una postura inglesa pero universalista. ¿Qué encierran esas paradojas?

La comprensión de ellas, es el intento de esta tesis. Como se ve, tenemos que enfrentarnos con dos paradojas, pero la vida es siempre contradictoria en sus entrañas; quien exija de la realidad humana visión lógica racional y no contradictoria, sólo construirá imágenes más o menos bellas, más o menos geniales, pero sólo imágenes al fin y al cabo.

## PRIMERA PARTE

## CAPITULO I

### Relativismo del Concepto de Decadencia

Enmarcado el cuadro general de los acontecimientos que son la expresión de ese diálogo español-inglés que me he propuesto conocer, antes de seguir adelante es necesario hacer una vez más una aclaración pertinente a lo largo de todo mi estudio; planteado un tema, no ha sido perseguido en sus formas exteriores, guerras, pactos, alianzas, asonadas políticas, revoluciones, auge cultural o económico, levantamientos populares, factores que en sí, representan fórmulas vacías, rostros inexpresivos de lo que la historia ha dejado, despreciados, en tanto se muestran aislados, estériles en tanto se les toma del estricto cuadro cronológico de la Historia, pero dinámicos y de gran vitalidad en cuanto se les toma con el verdadero y profundo sentido humano que encierran.

En la descripción de esta gran situación histórica está lo que se llama la decadencia española. Allí la hemos de buscar y tratar de comprender. ¿Por qué? Porque aunque todos hablan de "decadencia española", en rigor, que yo sepa, no se sabe de lo que se habla. Es uno de esos clichés de que se echa mano, sin comprenderlo. Todo el mundo cree que sabe y por eso no se preocupa de averiguarlo.

Si nos preguntamos, qué querrá decir eso de "decadencia" de algo, pronto comprendemos que es un término que sólo tiene sentido si se sabe que contiene una referencia a otra cosa como término de comparación. Por ejemplo: algo es decadente respecto a una época anterior, o respecto a otra cosa que aparece como apogeo. Hemos dado el paso decisivo: hemos encontrado que la decadencia española es un juicio histórico de valor y relativo a ese algo ¿qué es ese algo? Con lo ya visto esto no ofrece ningún misterio; la decadencia es relativa al tono moderno de la cultura europea encarnado ejemplarmente en Inglaterra.

El problema que se nos presenta es: ¿por qué he dicho que la decadencia española es relativa a Inglaterra, y no he dicho simplemente que es relativa a su anterior apogeo y grandeza? Es un falso problema. Es un problema de apariencia. En efecto, cuando el español siente la decadencia de su pueblo en cotejo a la grandeza ajena, su reacción de defensa es explicársela en cotejo de su antigua grandeza propia, como consuelo de que "él también fué grande". Esta observación es capital: explica en buena parte el tradicionalismo del alma española que todavía hoy se nos trata de servir bajo la fórmula de "la hispanidad", y de la recreación del Imperialismo.

Cuando este truco se agota y se comprende que por medio de su halago y satisfacción de vanidad, no se llega a ningún lado, habrá voces españolas que lo denuncien como trampa. Esto pasará en el siglo XVIII; la voz más elevada será la de un fraile benedictino, el Padre Mo. Fray Benito Jerónimo de Feijoo y Montenegro.

Para mostrar todo esto, la tarea previa indispensable es perfilar más a fondo la postura española, para más tarde relacionarla con la inglesa y ver en qué sentido preciso es la decadencia española en juicio de valor, que ha surgido precisamente de ese cotejo. Tal es el plan inmediato de nuestros afanes.

Para conocer la postura española es necesario realizar una revisión crítica de las diversas opiniones y de la explicación tradicional.

No existe dificultad para seleccionar y recopilar las opiniones que se han emitido respecto de la decadencia española, todas con variantes de más o menos importancia, se presentan acordes en lo esencial y describen similares circunstancias históricas. El que España estaba decadente, en el momento en que interrumpí la relación de los hechos, es una afirmación común en los autores de las más contradictorias doctrinas. Poco adelantaría anotando, una, diez, cien mil citas de ello; basta sintetizarlas en una y recurrir a los que pretenden dar las causas de dicha decadencia hispánica.

En el sentir general, España inicia su marcha descendente; en la forma paradójica que caracteriza a su pueblo; el descubrimiento y conquista de América, realización de su destino y gloria para todas las épocas peninsulares, inician la gran derrota. Desmesuradas proporciones para un agobiado mando, pensamientos oscurecidos por el lujo, superabundancia de metales que se convierten en dinero, medio destructor del equilibrio no por su cantidad, sino como quedó dicho, por su carácter movable plenamente moderno, incomprendido por los españoles; en fin, ambiciones desmedidas en todos órdenes hicieron de la gran epopeya, un punto débil fácilmente atacable. España no ha cambiado de ideales, dice Oliveira. Los mismos sentimientos, las mismas ambiciones, pero pesa sobre ella una sombra de vejez, de cansancio después de tan magna obra; se le presentan múltiples problemas que no tiene capacidad para resolver, problemas exclusivamente españoles, cuyos yerros ponen en evidencia ante todo el mundo, su falta de energía, máxime para sus más temibles enemigos, los ingleses. Esto afirma el autor pero ¿investiga el por qué de lo que él llama vejez? Cuando el exterior se da cuenta del fracaso de España, es cuando en el interior

las instituciones económicas, sociales, gubernamentales, se han desmoronado; cuando la anarquía se ha adueñado de las más recónditas características. Cervantes, dice Oliveira, ha recogido en su Quijote la triste verdad social de su tiempo. Es indispensable notar que no se pudo haber dado cuenta de la decadencia española como ahora la percibimos. Vivió en épocas de hazañas gloriosas, también de tristes derrotas, pero al fin y al cabo, para el que vive en el momento, son simples y necesarias alternativas que se presentan en todos los procesos.

Si se advierte la decadencia en la literatura cervantina, es porque el autor cuenta con uno de los más valiosos e explotados medios de conocimiento: la sensibilidad artística, con la que capta aquello que no se consigue en los documentos y que escapa a la percepción de la mayoría de los individuos: la decadencia española es dada en el Quijote, por la intuición, constituyéndose Cervantes en uno de los pocos de la época que la reflejan, ya que los demás estaban imbuidos en la gloria de su inmediato pasado.

Sigamos escuchando a Oliveira: "pero no proviene sólo de esta causa la ruina del edificio de la civilización peninsular. La preparó la ignorancia y la consumó la intolerancia en la fe. ¿Cómo, sin embargo, hemos de imaginarnos tolerantes cual mercaderes de Holanda, los herederos de los héroes que en la pureza de su fe y en el entusiasmo que esa fe suscitaba en sus almas, habían hallado la fuerza para acometer tan grandes empresas" (18).

España y los que la aman, comprenden que la fuerza del momento está sostenida por las pretéritas glorias. El mérito de sus caballeros ha dejado huella imborrable, en un camino preparado por el que han de seguir los españoles. ¿Es obcecación continuar aferrado al pasado? ¿En esto estriba su decadencia? Si vamos buscando la respuesta en los autores. Como españoles que son, se niegan a dar un juicio con el moderno método cien-

tífico y utilitario, ya que respetan su fuerza primordial, su fe y su religión.

En su pasión nacionalista, los autores españoles, tratando de salvar a su patria, de lo que ellos consideran denigrante decadencia, la hunden más y más, en el concepto de los que en sus fuentes se informan. Suponen a España consciente de su caída, y poniendo en juego todo lo posible por depurarse, rechazan todo aquello que mine su unidad religiosa, expulsan a los judíos, a los moros, a todo aquello que les proporciona escrúpulo, como si la conciencia individual o nacional fuera contaminada por la coexistencia de pueblos que se ocupan de la industria que ellos habían abandonado. España va arrojando de sí "todas las causas de pecado, hasta verse en un estado de pureza que equivalía a la despoblación, a la ruina, a esa especie de paz que hombres y naciones gozan en la quieta mansión de los sepulcros". (19).

Profunda verdad encerraría esta frase, si no fuera aplicada a España. ¿Paz llaman a los siglos XVII y XVIII que se debaten en inútiles intentos de reorganización? ¿Acaso después del triste episodio de la Armada Invencible, punto de partida de su anquilamiento, España se enclaustra a meditar su derrota? Varios pueblos fueron expulsados, pero ahí permanecía la conciencia nacional, que, si suponemos se percataba de su fracaso, no lo aceptaba con la inactividad del mediocre. ¿No es preferible considerar a España decadente, que en la mansión del sepulcro? ¿Es que decadencia significa muerte?

En el mismo tono continúa Oliveira atribuyendo a una y mil causas la decadencia española. Y de pronto las interrumpe con la siguiente afirmación: "Las causas de la Península, no son ciertas y determinados hechos de organizadores, que deben contraponerse a las causas de su anterior prosperidad y gloria. Las causas iniciales de la vida y de muerte son las mismas: una implica la otra. Tan es así, tanto escapa la causa primordial de la decadencia a la observación, que todas las supuestas causas,

una vez bien analizadas, se nos aparecen a la postre como simples y necesarias consecuencias" (20). Desde luego, es indudable que la decadencia es una consecuencia del apogeo. Pero ¿acaso no es necesario para caer, estar en un nivel más alto que el término medio? Entonces, esta explicación con la que concluye Oliveira, es una de las muchas que se pueden dar a cualquier decadencia. La más sencilla de todas ellas, tendrá elementos característicos que pidan una explicación aparte.

## CAPITULO II

### La Paradoja Española

Para España lo moderno es lo tradicional.

El tradicionalismo, ya se dijo, es una forma de explicar con halago, la evidencia sentida de "ya no estar a la altura de los tiempos". En otras palabras, el tradicionalismo se convierte en programa de vida: es "lo que debe vivirse", es decir, es lo moderno para España, frente a ese otro "lo moderno" que rechaza.

Vamos a ver cómo España vive este programa. Esto es lo que se discute en el fondo de ese hecho de todos dicho, de pocos comprendido, que España no tiene Renacimiento. En el jesuitismo se hace patente la paradoja: lo moderno es lo tradicional. El jesuita representa un nuevo tipo y sentido de la vida, pero su contenido consciente, es lo tradicional, que no es más que el subterfugio que interpreta a España, a través de su grandeza.

Puede llevarnos a consecuencias inusitadas el comparar la llamada decadencia de España, con los movimientos que explican el modernismo: el Renacimiento y la Reforma. España no se incorpora a ellos, como lo hicieran otros países europeos. Pero a través de su actitud negativa a lo moderno, Karl Vossler busca la justificación de España, asegurando que no fué por falta

de comprensión o estudio, pues conocieron a fondo las manifestaciones de ellos, y después de estudiarlas, las rechazaron.

La Reforma no era necesaria para un país en el que la religión se conservaba con una gran vitalidad, flexible y joven. Con la sencillez y confianza que le da el contacto estrecho con la divinidad, busca la justificación por la fe y la gracia divina, es decir: "precisamente todo aquello que constituye la esencia de las ideas de Lutero y Calvino" (21). Igualmente, los españoles rechazan con energía los abusos de la política de la Iglesia Romana. En esto cabe hacer un pequeño paréntesis, pues ya se ha visto, que la Iglesia en España tiene mucho de nacional y que subordina a menudo los intereses del papado a los propios. Sin embargo, queda en pie la idea del pensador alemán ya que por motivo religioso o político, la dominación política de la sede romana era rechazada en firme. La Reforma, móvil por excelencia que libera al hombre de toda autoridad y que por tanto constituye el símbolo del modernismo, fracasó en España, porque para ella no significaba modernidad el rechazar su religión. Continúa con la de su gloriosos antecesores, las ideas espirituales; no son etiquetas que se toman o se dejan por seguir un movimiento general, sino que, como espirituales han de ser captadas de acuerdo con las especiales condiciones de cada uno.

No hemos de ver, sin embargo a una España inquisitorial gozando de imperturbable unidad religiosa; ahogó un gran número de energías por conservarla. Si bien su celo religioso es enorme, no se trata tan sólo de equilibradas conciencias, seguras de sus creencias y de la autoridad de quien los mandaba; había fanáticos que perdían el sentido de la vida y de la muerte cuando de su religión se trataba. Al alternar con los extranjeros, se cubrían de laureles como héroes, por su sinceridad y apasionamiento; pero el fuego que los enardecía, la seguridad con que se postulaban frente al enemigo espiritual, era una triste ficción del exterior, pues apenas dirigían su mirada hacia el interior,

se veían atacados por herejes de todas condiciones, se depuraban, los destruían, pero siempre tenían el temor, siempre revelaban que su conciencia, en tan turbulento medio, no se encontraba tranquila y se revolvió dentro de sí mismos, buscando la solución a tan compleja vida. Difícil es sostener una postura que se considera retrógrada, frente a lo que constituye la novedad y la última palabra. No obstante, realizaron heroicos esfuerzos. Pero su tezón y su valor, no ocultaba, ni en su época, ni ahora, el españolismo ofendido, que se ocultaba tras la religión, buscando el reivindicarse. Los jesuitas, intento del modernismo español, extienden sus brazos en todo el orbe, tratando de minar el protestantismo. Empero, no se ve en ellos a los apóstoles del catolicismo, sino a la fuerza encubierta de los españoles, que ya en una forma franca, han fracasado en su dominio.

Según Voltaire, que hace juicio sobre el jesuitismo, dice que, aquel que se haya propuesto perseguir durante cincuenta años, es considerado el más visionario de los hombres, pues es un coloso que abarca miles de provincias y lleva la cabeza en el cielo *Il n'y a qu'a souffler sur tous les autres moines, ils disparaîtront de la surface de la terre* (22).

Los ingleses no los toleraban en ninguna forma, considerándolos causa de sus discordias. "El odio inglés hacia los jesuitas, representa el mezquino, pero ferviente entusiasmo de los patriotas, asqueados de unas exigencias que obstruyen la marcha del desarrollo nacional y enfurecidos contra quienes pretenden justificar esas exigencias con la pluma o llevarlas a la práctica con la espada... son culpables de alta traición contra la soberanía de las naciones, animados por el propósito de arrebatar la diadema de la imperial corona de Inglaterra, para adornar con ella una testa sacerdotal. Se les ataca por papistas, no por creyentes de la Iglesia Católica Romana" (23).

Religión y política, continúan su marcha, fuertemente unidas; los jesuitas en Inglaterra pretenden llevar el caló de la

Contrarreforma, pero los ingleses saben que su éxito de ellos, significa su vasallaje a la política papista, la destrucción de la obra protestante en la que tantas energías se habían perdido, y tantos grandes hombres habían ofrendado su vida. Intransigencia, jesuitismo, españolismo, pérdida de la libertad y del nacionalismo, dominación extranjera, todo contenido en uno, era lo que para los ingleses significaban la nueva corriente católica. Y téngase en cuenta que esto es tan sólo en referencia a la política misma, que los religiosos defendían, pues en cuanto a la religión, si bien existen entre el protestantismo y las doctrinas jesuitas, infranqueables barreras confesionales, no por ello son en tal forma antagónicas que provoquen crisis, que se exterioricen en las actividades materiales de los hombres.

Que España se incorporó al Renacimiento, es cierto, como también lo es que lo hizo de acuerdo con su personalidad y con las circunstancias en que se desenvolvía. Da amplia acogida al humanismo, a las nuevas técnicas, a los nuevos principios, e inclusive se entrega a la vida cortesana y mundana de la sensual Italia, pero como dijera Vossler, con un atisbo de remordimiento. Esto sí es decadencia; en ello sí se percibe a la España vacilante que se acoge a las nuevas formas que el mundo ofrece, pero sin entregarse plenamente a él. Siempre tiene la duda de si será lo mejor ¿por qué?, porque siente que no es lo propio, que ella no lo ha creado, ni corresponde a su conciencia nacional. Por eso el español de esta época está perseguido por la inseguridad de sí mismo. Sus fuerzas no le bastan y las ajenas no le parecen idóneas.

Es ésta la causa también por la que no llevan el movimiento renacentista con todo su vigor, pues les pide sacrificios que les es imposible hacer, v. g., el desechar su naturaleza religiosa a un segundo plano, a fin de estudiar con plenitud la antigüedad clásica. Por otro lado ¿cómo convencer a un sincero creyente el aparecer ya no como "cristiano viejo", sino bajo la moderna

designación, también de cristiano, pero que ocultaba a menudo herejías y falsedades mil? Se iban aproximando con curiosidad, con temor, adaptando lo que no estaba en exceso distante de ellos y trabajando siempre con alegorías, con símbolos, con lo que contradecían al Renacimiento; pero no podía esperarse otra cosa de un pueblo que se albergaba en la fantasía, en una comprensión mítica de la realidad, en tanto que el resto del mundo, con sus principios científicos, daba un golpe mortal a los milagros y a lo sobrenatural. España vive el humanismo pero no de acuerdo con el europeo. No ostenta la fórmula "nada humano me es extraño" sino "todo lo extraño me humaniza" (24). Cabal expresión de la estructura española. Al enterarse por la naturaleza humana, no busca el frío raciocinio, sino lo maravilloso, lo inesperado, lo que puede ser increíble.

El naturalismo europeo se pasea en España sin temer atacar alguno que lo aniquilara. No se puede combatir lo que se desconoce. No hay por qué establecer una barrera entre Dios y la naturaleza que ha creado. El conocimiento de lo físico no excluye la comprensión de lo metafísico, no tienen por qué colocar la Naturaleza en un segundo plano, pues es obra de Dios. Admirando la Creación adoran al Creador; sus leyes son inexorables, las cosas pasan porque esa es su voluntad; así que, cuando su flaca humanidad lleva un camino errado, hay que poner la confianza en Aquél que los ha puesto en el mundo, para cumplir un sagrado destino. El hombre que se considera moderno, como ya ha sido apuntado en páginas anteriores, se sabe poseedor de una razón y en virtud de ella actúa seguro de sí mismo. No así el hispano que cree que su vida está señalada de antemano; se conforma con su destino y espera que al cumplir con los preceptos que piden los representantes de Dios, logra la salvación eterna.

Acostumbrado a la feudal defensa de los castillos, a ser continuamente atacado, se enseña a resistir, se convierte en un

estoico. No espera nada de sí. Por disposición divina cuenta con ciertas cualidades. Su rey o su Dios pueden hacer algo digno de ellos.

En el momento en que el mundo traía al nivel de lo cotidiano, el honor, el español lo enaltece subrayando con brío su origen teocrático. Con el honor se aproxima a Dios. Desde esta vida busca caminos que lo conecten con la otra, y por atisbar demasiado a la última, se olvida que hay que vivir la primera.

Toda Europa se encuentra en plena actividad, pero mientras los países, con Inglaterra a la cabeza, se modernizan cada vez más, España, casi con furia, y demostrándose impregnada de fanatismo, se aferra a la tradición; goza coronándose con los laureles de sus ancestros; reverencia a los padres de su religión; admira a sus caudillos que llevaron el poder material a su patria; envidia al caballero que honra a la dama o a la religión que representa sus ideales. ¡Cuánto no daría un español de la decadencia, por portar la derruida armadura del Quijote y lanzarse contra los molinos de viento, contra lo ignoto, o contra lo imposible! En verdad, cada español lleva ese gran loco dentro de sí. No importa el ideal que sea, hasta con sentir el arroyo que proporciona la sinceridad en una creencia, la convicción de que hay un ideal por el que se puede entregar la vida.

Pero no los pasos vacilantes, no los anhelos perdidos en la penumbra del fracaso, no los forjados por enotividades ajenas a la propia. Esto no lo quiere el español y se refugia en la intimidad de sus hidalgos llenos de pergaminos, recuerdos de otros tiempos, sin un ochavo, pero a cambio, un humorismo irónico, punzante, que hace mofa de su propia situación. Es ésta la forma como se va integrando el nacionalismo español, con este dolor punzante pero humano, que va forjando la conciencia colectiva con indelebles huellas de lo que fué en otras épocas; presentan una unidad extraña al resto de los europeos; se ha

forjado en el orgullo de una comunidad espiritual, que, en cuanto más cercano al fracaso, mayor fortaleza adquiere.

Es ésta una de las razones por las que España no ofrece a la cultura individualidades como el resto de Europa, ya que necesita reunir todo su vigor en una sola e individual nacionalidad. En estos momentos de sombra, cuando todo el pueblo de España se identifica y constituye en uno todos los esfuerzos. Sabe que sólo así existe una posibilidad de mantenerse a flote.

Por supuesto que no considero que el español vive siempre pensando sus condiciones de vida de acuerdo con las creencias que sustenta; eso sería suponer a un individuo en su vida diaria pensando: soy honrado, mis anhelos son éstos, espero de la vida aquéllo, etc. Con claridad suma ha dicho Ortega y Gasset que "nuestras creencias más que tenerlas, las somos". Tan es así, que para conocer a un individuo o a un pueblo, debemos acudir a sus creencias; puntualizando nuestra atención en lo fundamental. Las grandes revoluciones, las radicales transformaciones de la humanidad se deben a que han cambiado de creencias.

He dejado a la mente vagar en torno de las explicaciones que se han dado de la decadencia española. Sin duda el número de causas observadas constituye tan sólo una gota en inmenso océano. Empero, después de lo revisado, ¿acaso podríamos responder qué es la decadencia española? Argumentos falsos y ciertos han alternado en la exposición, imparcialidad y apasionamiento, realidades y fantasías; hemos exigido a la razón una respuesta adecuada ¿y a qué hemos llegado?

El atraso de España ¿es su destino?, ¿es constitutivo de su cultura? La forma de vida que lleva España, corresponde a aquella que ha elegido. Se le han presentado varias posibilidades y con plena conciencia, acepta una con todas sus responsabilidades. Se ha decidido a actuar y con ello ha forjado su destino. Respeta el tradicionalismo. Si se refugia en el pasado,

no es para huir de los problemas que implica el modernismo, sino porque es su última defensa antes de entregarse a él.

El éxito que obtienen los países del momento, lo contraponen al brillo de sus antecesores. Pretende vivir con sus antiguos valores, pero transformándolos con su nueva vida, revitalizándolos, dándoles el sentido del momento en que se vive. Su actitud no es pasiva, como podría suponerse de algo inspirado en el pasado, sino que activa, dinámica. Con la obstinación que el problema inspira, ya que no se ve resuelto, pregunto: ¿Existe la decadencia española como una realidad histórica? Sin duda alguna. Pero ¿es la postura española en sí decadente? Las conclusiones que puedo deducir de los hechos observados, me permiten afirmar: la postura española no es en sí decadente.

La decadencia de España no consiste en un análisis de la situación española, sino en la comparación a la postura inglesa que marca la modernidad. Con ello ya concedemos beligerancia a otro término, y comprendemos el dinamismo que sirve de apoyo a este mundo moderno: tanto la postura española como la inglesa, tienen sentido una frente a la otra; el destino de España está en relación de Inglaterra y viceversa. Hemos llegado al punto máximo en el diálogo inglés-español, las vibrantes voces se dejan escuchar, una, altiva y triunfadora, la otra, doblegada pero rebelde. Los altos tonos que emplean forman extraña sinfonía. Se desencadena con caracteres dramáticos la tragedia española. Con ímpetu pretende desencadenarse de aquella isla, que con lazos invisibles la va envolviendo, la va cubriendo con sus ofrendas de libertad y progreso. Nada le dice que se trate de una dominación extranjera; se habla en nombre de altos principios universales, pero en el fondo, el pueblo español siente la garra opresora del inglés. Escapa a su comprensión, cómo es que puede defenderse; desconoce cuáles son los puntos vulnerables, pero sobre todo ignora dónde ha de localizar la hostilidad, la franca discordia. Tan sólo ve a la Pérfida Albión, que ya

la podemos llamar así, dar al mundo la pauta de la modernidad, y por tanto, España, que no lleva ese ritmo, es un pueblo rezagado.

Es indispensable plantear el problema respecto a la causa por la que España no se incorpora al modernismo.

En parte está resuelto, pues hemos dicho que no lo adoptó porque se integra en otra forma de vida. Pero aún así porque ya hemos comprendido, cuál es la contrapartida de la Leyenda Negra que se forma en la época triunfal de España. Al ser desplazada por el éxito de los ingleses, engendra la leyenda de la Pérfida Albión. Es una reacción naturalísima: pretenden compensar el mal sufrido, atacando y culpando a los causantes de su derrota. Dicese "leyenda negra" y se piensa en los aún débiles ingleses envidiosos del auge español. El tema es de historiadores y aun de novelistas. Pero pronúnciese "Pérfida Albión" y se pone de manifiesto el odio, y más que odio, el resentimiento de los españoles. La sola integración gramatical le da un tono de amargura y de doloroso reproche: "Pérfida Albión", causante de la derrota española, sombra envolvente que no se puede atacar. Y éste no es tema favorito de los autores ¿por qué?, porque no se comprende que no se puede estudiar como la leyenda negra, partiendo del país que la inspira, sino hay que captarla como respuesta de la leyenda española. Continúa el mundo moderno, de las relaciones dinámicas entre los pueblos. Son polos magnéticos que a veces se atraen, otras se repelen, pero nunca dejan de relacionarse.

Aparte, no existe que yo conozca, una réplica formulada por los ingleses. Creo se deba a que, conscientes de su enorme poder, no temen se vea minado por este desahogo de los españoles. Tal vez sea necesario esperar a que Inglaterra fracase para que se ocupe entonces de destruir el concepto que de ella se forma.

Al respecto, se me podría hacer la observación siguiente: ¿dónde están los documentos históricos que confirmen la existencia de esas dos leyendas? ¿No se tratará de un producto de

la imaginación de los autores, que en un subjetivismo de interpretación, crean vislumbrar estos movimientos? Ideales humanos que tratan de interpretar la historia, no tan sólo por datos y fechas precisas, sino a través del conocimiento del hombre que ha realizado los acontecimientos. Así que las fuentes de las leyendas se encuentran en el sentir de los pueblos; esa voz opaca e impersonal, que sin retórica ni erudismo ofrece su sincero sentir. Esta es la única fuente, y a fe que merece respeto, pues si lleva capa de fantasía, patrañas, y si se quiere, brujerías, el fondo que la inspira es verídico.

Ahora bien ¿qué limitación puede tener quien vive un presente y por tanto tiene la perspectiva de un futuro? Su mismo pasado "He aquí una nueva dimensión de esa extraña realidad que es la vida. Ante nosotros están las diversas posibilidades de ser, pero a nuestra espalda está lo que hemos sido. Y lo que hemos sido, actúa negativamente sobre lo que podemos ser... De donde resulta que el ser del hombre es irreversible, está ontológicamente forzado a avanzar siempre sobre sí mismo, no porque tal instante del tiempo no puede volver, sino al revés: el tiempo no vuelve porque el hombre no puede volver a ser lo que ha sido" (25).

El español ha hecho de su pasado, su futuro, y de aquí su peculiar forma de vida. Es extraña su conducta a los demás pueblos y merece el concepto de decadente, ya que se le ve atado a su pasado y evita el progreso.

Para mí, el error español está en que, si bien reingresaron a su vida el pasado, no lo hicieron superándolo, sino tan sólo lo vivieron para solucionar el momento. Ya se verá hasta qué punto conservan esta actitud.

Para comprender la situación española en su presente histórico del momento, es para lo que empleamos la historia, porque España es lo que es, porque antes fué lo que fué. Es éste el

único medio de esclarecer la vida del hombre, y es éste el objeto de la historia: conocer el pasado para comprender el presente.

Nuevamente recorro al pensador español que nos ha inspirado. "La historia es ciencia sistemática de la realidad radical que es mi vida" (26). Es pues, ciencia del más riguroso y actual presente. Si no fuéase ciencia del presente, ¿dónde íbamos a encontrar ese pasado que se le suele atribuir como tema!... el pasado es la fuerza viva y actuante que sostiene nuestro hoy.

Concluyendo: ¿cuál es la actitud que adopta España ante el mundo moderno? En un principio de espectación pasiva y tal vez indiferente, pero más tarde contemplando su aislada y decadente existencia gris, con trémulos pasos sigue la ruta gloriosa que van marcando los países modernos. Pero de un modo insuficiente y débil, pues tiene ante sí una barrera infranqueable que le evita el llegar a ser moderna. Nunca España, pese a sus esfuerzos, podrá comprender el movimiento de la época, no por falta de genio, ni por molición, sino por su realidad histórica forjada en un pasado que determina sus pasos del presente en un margen totalmente diverso del que la época llevaba. No obstante, asombrado el español ante los diversos conceptos de vida que se ha formado la moderna Inglaterra, sin basarse en épocas pretéritas, y sobre todo, alucinado por los éxitos que ha obtenido, que subrayan aún más la mediocridad de su existencia, hace heroicos esfuerzos por alcanzar a su antigua rival. Pero pesan sobre él las cadenas del pretérito, de su vida forjada en él. Para modernizarse, aun en una vida plenamente auténtica, revitaliza sus principios e institución primordial de su existencia: la religión. No podía esperarse que el hispánico encontrara la modernidad en otro aspecto. Y ante este impulso que tal vez en su momento no fué considerado como intento de modernismo, ahora es fácil captar la conciencia del español creyente, pugnando por no quedarse rezagado; y por lograr esta peculiar incorporación, lucha con todas sus potencias con gran pesar por el bien ajeno.

Desea obtenerlo aunque se resiste ser él, el que se ve obligado a recurrir, a su otro tiempo sometida rival. Es bajo este impulso vigoroso, que poco a poco irá rasgando las entrañas de la nacionalidad española, que nace la Contrarreforma y como símbolo de ella: el jesuitismo, integración militar de una orden que supone método y disciplina, o sea, que trata de alcanzar en el catolicismo el éxito que en el exterior se ha logrado en otros aspectos con los métodos universales. Inigo López de Recalde encarna la paradójica vida española del momento. Es él el soldado, el héroe y el santo; recoge principios de raciocinio, de introspección, pero se ve dominado por la pasión, el arrebato y la capacidad combativa de los españoles. Caballero andante de la religión, organiza una Compañía Militante recogiendo la famosa frase de Séneca: "La vida es batalla". La batalla la traslada al campo espiritual tan asediado y en tan inminente peligro en estas épocas críticas. El jesuitismo representa el modernismo en religión; da la técnica de la perfección cristiana, que es inyectar al catolicismo de nuevos valores. San Ignacio de Loyola escribe una pequeña obra para dar a conocer a los católicos los principios que los han de llevar al fin fundamental de la existencia; la salvación del alma. Este libro "*Los Ejercicios Espirituales*" lleva, hasta en el título, el intento de su autor. En seguida se piensa en tecnicismo, ordenanzas militares, disciplina, raciocinio, introspección del individuo o sean las características inconfundibles de la nueva era.

Se inicia explicando en qué consisten los ejercicios espirituales:

"La primera anotación, es que por este nombre, *ejercicios espirituales*, se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental, y de otras espirituales operaciones según que adelante se dirá. Porque así como el pasear, caminar y correr, son ejercicios corporales, por la misma manera, todo modo de preparar y disponer el ánimo

para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida, para la salud del ánimo, se llaman ejercicios espirituales" (27).

En primer lugar notamos que ya no es el católico que espera para guiarse en su vida la luz del exterior, sino que se le enseña a meditar sobre sí mismo; se le dan "espirituales operaciones", es decir, métodos para examinar su conciencia, comparándolos con los ejercicios corporales que prestan salud física.

Y como esto, todo es un sistema: las meditaciones de la primera semana; de la segunda; la oración a determinada hora; la repetición de ellas en caso de no haber alcanzado el objeto deseado, es decir, que San Ignacio, como Bacon, tiende a la infalibilidad de sus métodos; una estructuración perfecta, anotaciones de la conciencia sobre líneas, a fin de enterarse si ha habido enmienda o no. Se reconocen las capacidades inherentes a la humanidad, se le dan métodos para servir a Dios y cumplir lo que El quiera y para lograr la salvación eterna. Es decir, los medios que el inglés emplea para su bienestar personal inmediato, el español utiliza para servir mejor a su Dios, para integrar una religión lo más perfecta posible y para el bienestar, no el del momento, sino de la vida eterna.

La verdad revelada, se conjuga para el jesuita, con el raciocinio propio. Esta dualidad la emplea siempre para comprender y alcanzar el bien eterno. Por otra parte, "al que rescibe los ejercicios, mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y su libertad, para que su Divina Maiestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva, conforme a su santísima voluntad" (28). Esto es lo que el español ha hecho de su libertad; no desconoce que la tiene, pero es para la glorificación de su Dios y no para su beneficio individual. Manera sapientísima de defender el servilismo al que la iglesia obliga, ya que si los

católicos están sojuzgados a voluntades extrañas, es porque así lo han querido, porque entregan lo que de más valor es en su vida: la libertad, y lo entregan para cumplir con la finalidad de su existencia, usan de sus potencias naturales para buscar lo que tanto desean. "El hombre, dice San Ignacio, es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor, y mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra, son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue que el hombre ha de usar de ellas, cuanto le ayudan para su fin; y tanto debe quitarse dellas cuanto para ello le impiden" (29).

El hombre inglés, como se verá al estudiar a Locke, tiene bajo su dominio a la naturaleza; es de su propiedad, aquello que trabaje para su comodidad, siendo el límite el que no dañe la propiedad de los demás y que desperdicie de lo que por derecho justo se ha apropiado. Este sentido es en el hombre inglés, que tiene como finalidad la libertad individual y el bien colectivo. Cambiemos ahora esa finalidad por la española, y tenemos en el citado párrafo, el mismo concepto: el hombre puede hacer uso de las cosas, en tanto que no dañen la prosecución del objeto de la existencia. Me parece manifiesto que los españoles han adoptado cierto sentido moderno, dentro de sus fórmulas.

A esto es podría objetar, que una es la teoría y otra la realidad. Pero lo mismo se puede decir acerca del concepto inglés, agregando que la teoría debe estar fundamentada en algo que es, o en algo que se cree que puede llegar a ser. Si no reconociera el divorcio que existe, entre lo teórico y lo real, me inclinaria en seguida a pensar, en que la Compañía de Jesús no intervenía en la política por un párrafo de los Ejercicios Espirituales en que se afirma que el que un religioso hablara de guerras o mercancías, son cosas fuera de Estado. Sí, en verdad, son cosas fuera de Estado, pero que en su actuación los vemos dentro de su política. Considerése su intervención en el gobierno, un me-

dio de dominio espiritual, o dése la justificación que se desea, pero porque unas líneas expresan eso, no vamos a cerrar los ojos, ante la principal causa que provocó la expulsión de los jesuitas.

Detengamos la atención en otro detalle que explica esta peculiar reincorporación hispánica:

"Lo que parece más cómodo y más seguro de la penitencia, es que el dolor sea sensible en las carnes, y que no entre en los huesos, de manera que dé dolor y no enfermedad; por lo cual parece que es más conveniente lastimarse con cuerdas delgadas, que dan dolor de fuera, que no de otra manera que cause dentro enfermedad que sea notable" (30). ¿Qué pensaría un buen inglés, ante esta comodidad? En el siglo XVIII se afirmaría que sólo los fanáticos podían poner su gozo en las privaciones, en los sufrimientos corporales. La alegría, hace dioses; la austeridad, diablos. Sin duda, el inglés consideraría la penitencia como un atentado contra la propiedad de su persona, pero para el español tiene un gran significado: tras de conseguir una efectiva penitencia, concepto desconocido por el hombre moderno, pero obtenida con su sistema, evita desde luego, arriesgar la vida, que no le pertenece a él sino a su Creador; pero desdena a su cuerpo, como cárcel de su espíritu y encuentra en él un medio para que en su flaca naturaleza humana encuentre su propio castigo, pero principalmente, para que la sensualidad obedezca la razón. El sentido de la vida cristiana lo da la razón, de modo que todos los intereses deben sojuzgarse a ella, en cuanto es el medio para alcanzar a la Divinidad.

Todo propósito de lograr un movimiento que fuera cabal de acuerdo con aquel periodo, se estrellaba contra el tradicionalismo y las fórmulas que había engendrado. Invocan los jesuitas al rey temporal para mejor invocar al Rey eterno; comparan cómo el primero es mirado con reverencia por príncipes y hombres cristianos, cómo debe dársele obediencia incondicional, pues

quien no lo hace, es vituperado y considerado como perverso caballero.

Y ya no queda más para hablar de límites al poder real, ya no se concibe, cristianamente, aceptar de buen grado un régimen constitucionalista; bifurca a la conciencia del que quiere obedecer al rey elegido por Dios, ya que está capacitado para comprender las libertades que merece y, por tanto, va contra todo arbitrario absolutismo.

Es ésta una de las causas por la que el español se encuentra desconcertado, porque conoce la liberalidad en que puede vivir, pero se encuentra en el claustro de sus normas de vida. Es una transición que va de lo que fuera vida auténtica de España, mientras se supo poseedora de un destino propio, a la plena decadencia en que se sabe desarraigada de su vida y ajena a la de los demás.

Y nunca los españoles lograron liberarse del enorme peso que significa para el albedrío individual, la iglesia, contradiciendo sus principios de darle al individuo capacidad para discernir sobre sí mismo, de razonar. "Debemos siempre tener para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la iglesia hierárquica así lo determina", escribe San Ignacio.

Característica auténticamente moderna, es la flexibilidad que los inclina a ver en los preceptos religiosos, una maleabilidad que no deben tener. El probabilismo fué un medio teccionista para la orden, pero también significó su expulsión, pues dieron lugar a que se dudara de sus creencias.

El jesuitismo, es pues, la combatividad cristiana organizada con medios tradicionales y modernos, y con un espíritu de lucha para reconquistar lo perdido y reconstruir el pasado triunfante del catolicismo. No se limitan a España; con su vida espiritual militante se infiltran en las más alejadas zonas, influyen en los más adversos ambientes, siempre combatiendo, siempre en pie de batalla. Y Europa, sin distinción de confesiones o de

creencias políticas, religiosas, y América, reciben su influencia. Si los atacan es que tienen mucho que atacar, porque para defender intereses ajenos a los de los jesuitas hay que destruir éstos. Son modernos, son flexibles, entran en contacto con protestantes, jansenistas, con todos los credos imaginables, sin alterar por ello su esencia, sino complaciéndose en combatir enemigos necesarios o en encontrar un mutuo apoyo contra comunes males. Se ha llegado al grado de concebir alianzas ideológicas con los protestantes, si bien existiendo siempre barreras confesionales. Atribuyen al espíritu crítico de los protestantes y a la disciplina espiritual de los españoles, la obligación de salvar a la cultura occidental de las violentas sacudidas y el vértigo que le provocan sus adelantos.

Ahora, y tan sólo como vía de ilustración, me he de referir al crasmismo, como una corriente infiltradora del modernismo en España que goza de protección oficial, y que sin embargo, la ideología popular lo rechaza bruscamente. Así como el jesuitismo es un intento por modernizarse que nace en las entrañas de lo español, el erasmismo es una corriente exterior que pretende ser acogida como propia. Sin embargo, esta tendencia corre muy diversa suerte, pues choca contra la ya citada muralla del tradicionalismo hispánico que hizo fracasar todo intento de novedad. En realidad, el erasmismo representa en España una chispa que brotó en el anhelo de los hombres, que comprendían que España se hundía en el más radical fracaso. A medida que el mundo avanzaba en el modernismo, España se aferraba a su pasado. Llevaba una vida inadecuada a la del mundo del progreso; mientras éste se estructura en la realidad y en la experiencia, el pueblo español confunde los límites de lo que es real y lo que es fantasía; su imaginación se convierte en su experiencia, y su realidad se transforma en fantasía. Se le presenta ahora la posibilidad de adquirir un nuevo brillo, no en las corrientes protestantes que ofenden su integridad, sino en este humanismo ra-

cional, en el erasmismo, que no es la postura definitiva de los pueblos de la época, pero que sí es un matiz fuertemente subrayado de modernismo. Corresponde además a las convicciones de algunos que rechazan el monacato y que falsean el sentir verdadero de la iglesia. Pero estos hombres erasmistas, alucinados por la protección imperial, son en corto número. En contra de sus latinerías, está la prosa palpitante del pueblo español, que no sabe de modernismos, pero que expresa su emotividad, y que por tanto, constituye lo legítimo de su nacionalismo; contra la estricta actitud razonante, la intuición perceptiva de las verdades reveladas que complementan las obtenidas con la exigua razón que Dios ha dado al hombre para que piense; contra la vida práctica y cómoda del erasmismo, el cuerpo del hispano lacerado con los cilicios de la penitencia que elevan la vida del espíritu; contra la actitud del prevenciónista moderno que especula hasta con el tiempo y que asegura con el ahorro su mortal vida y la de sus descendientes, la despreocupación del peninsular por su cuerpo, cárcel temporal de su alma para cuyas necesidades el Creador le ha entregado la naturaleza; contra el cálculo en los proyectos, la sagacidad en la aventura, contra la prudencia la temeridad, contra la comodidad moderna, el sentido de sacrificio y abnegación español; contra el sencillo contacto con la Divinidad de los erasmianos, la pompa y el lujo de las ceremonias ibéricas; contra la autonomía religiosa del hombre de la época, la complicada jerarquía eclesiástica. Y esta serie de contradicciones continuaría de un modo infinito, porque se está poniendo frente a frente el saber erudito contra el sentir popular, el hombre económico contra el caballero.

La teoría de Erasmo en España, sufre serias y graduales transformaciones, de acuerdo con sus pretensiones, vanas por cierto, de hacer de aquel país un dominio más. Existe en un principio una gran difusión amparada como ya se dijo, por la protección de Carlos V y por los que pretendían modernizar a su

patria afiliándose a principios doctrinales, para después aplicarlos en una realidad diversa. Es una medida opuesta a lo que debe hacerse, pues en primer término hay que examinar la realidad para elevarla más tarde en forma de teoría e integrar la ideología de un pueblo. Como inicial etapa, el erasmista Juan de Valdez, se declara en un ataque cerrado contra los emperadores que se poseionan de bienes pertenecientes a otros. Denigra al clero, con conceptos demasiado estrictos para ser de un genuino español. Dentro de estas peculiares adaptaciones, Valdez es un erasmista imperial, ataca las ambiciones excesivas por nuevas conquistas y justifica a su emperador Carlos V en sus tierras ya obtenidas, en especial las de América, que significa un medio de servir a Dios, destruyendo la idolatría y redimiendo a sus habitantes.

Para Valdez, Carlos V debería encarnar el ideal erasmista: "un monarca que supiera instaurar, sin sangre, sin terrores, la monarquía universal cristiana. Es el rey capaz de imponer la disciplina cristiana a todo el mundo que maravillado de sus virtudes, viene a ofrecersele" (31). Aunque la realidad muestra, que también han sido escenarios de la desvergüenza de los españoles. Los nuevos convertidos han conocido a Cristo, a través de la maldad.

De este modo, van formando los erasmistas españoles una complicada trama de raciocinios que intensifican aquellas ideas que más obstáculos encuentran, en los puntos que deseaban hacerlo más atractivo para los suyos, o forzando el sentido erasmista en bien de sus propios ideales. Así Oviedo ofrece a su nación un erasmismo en servicio de la idea imperial, siendo evidente el falseamiento que se realiza con la doctrina erasmista, ya que no se lleva ni por un momento lo que en rigor implica una teoría firme. Es éste el segundo paso de las ideas erasmistas en España; después de una propagación intensa, se le va sojuzgando a otros conceptos de vida; los españoles leen con avidez

los tratados de erasmistas, simplemente por un deseo de innovación en sus posturas. Y sin lugar a duda, una de las principales causas por las que fracasa esta corriente en España, es por el exclusivismo racional de los erasmistas que para los españoles es tan sólo una parte de la unidad humana.

El español no olvida la razón, hace uso de ella e inclusive dedica gran parte de sus energías a su cultivo, pero no soporta que se le considere tan sólo intelecto, ya que goza de una maravillosa imaginación, de la revelación divina y de una fantasía desbordante. El erasmismo pretende destruir esta potencia. Tras la aceptación amplia que se le da, en cuanto satisface sus principios racionales, se presenta una reacción firmemente cimentada en la sensibilidad española que bajo ningún motivo puede ahogarse. Para el erasmista, el hombre es una sencilla línea recta, trazada por la razón; aquello que desvie de lo razonable no está en su capacidad captarlo y por tanto lo desecha. Por el contrario, el español comprende que el hombre es por definición complejo y contradictorio, conoce en él un sinnúmero de cualidades que marchan fuera del margen de la razón, pero simultáneamente a ella. Es el hombre comprendido en su sentido cabal. Nadie mejor para comprenderlo, que el hispánico que tiene gran empeño en demostrar, que al lado de las posibilidades de la razón que el modernismo considera, existe un mundo, tan poderoso y pródigo como aquella y que se implican mutua y necesariamente.

La unión de estas dos posibilidades creadoras, la podríamos captar en un cuadro de un pintor español titulado "*El filósofo*". Se lleva a la tela de la expresión subjetiva, el hombre que dedica sus esfuerzos al cultivo de la razón. Y a fe que es peculiar y descriptiva la concepción que de un filósofo se forja el artista; es un individuo débil, famélico, demacrado, que con débil puño traza algunos rasgos en un papel de los diseminados en la mesa. Para completar el aspecto de ruindad, está cubierto con harapos que

hablan de miseria material conjugándose con la espiritual que se expresa en la mirada vaga y opaca.

El erasmismo continúa en su propagación española. En un principio se acepta, pero al punto se rechaza ¿cómo lograr que un español, razone las verdades reveladas? ¿Existe alguna lógica que sistematice las creencias?

Razonar sobre lo infinito, poner a tela de juicio su susceptibilidad, enmarcar los vuelos de la imaginación, eran peticiones demasiado grandes que el español no deseaba satisfacer. Entregar la pintura de un Ribera, Espagnoletto o de un Greco, a cambio de una ecuación matemática; transformar la musicalidad y emotividad de una poesía por un silogismo. Reducirse tan sólo a la razón, era un absurdo que no podía comprender un verdadero español.

La entrada del erasmismo en la Península, coincide con la de Carlos V con su corte flamenca que se inicia, con tan sólo ese hecho, pisoteando el nacionalismo hispánico. Pero el emperador va sintiendo amor por el pueblo que una herencia le entregara, finalizando con una plena y estrecha comprensión entre el monarca y sus súbditos. De la corte desaparece el flamenco y se lleva consigo la protección imperial que se le había dispensado al erasmismo, dejando paso a la españolidad.

Así pues, iniciándose el erasmismo como una fuerte corriente en las entrañas mismas del gobierno, termina, como en cierta ocasión expresara el maestro O'Gorman, en el calabozo, perseguido por la inquisición y echado en el olvido, ya que en el sentir general de los españoles, no constituía una teoría adaptable a sus principios. De este modo España no oculta su paradójica existencia, que no es más que una mostración de la maniobra de "no ver" su decadencia histórica, sino en todo caso, ver una etapa adversa interpretada en función de la antigua grandeza.

## CAPITULO III

### El Nivel Histórico

Si es cierto que la fórmula en que puede sintetizarse la postura española, es "lo moderno, es lo tradicional", ahora tendremos que examinar que sea "lo moderno" para esa época en el resto del mundo europeo.

Lo moderno se establece pulsando las diversas épocas históricas. En el siglo XVIII se tuvo conciencia de que se había llegado a la consumación de los grandes ideales albergados durante siglos. Es decir, que se había alcanzado a la plenitud de los tiempos, que Ortega define como esa satisfacción de vivir el presente como coronación de toda etapa pretérita. El hombre se siente moderno porque se ve en la cima de largo proceso. Nada mejor para comprender este concepto que la explicación que da Ortega, su creador: "Ha habido varias épocas en la Historia que se han sentido a sí mismas como arribadas a una altura plena, definitiva; tiempos en que se cree haber llegado al término de un viaje, en que se cumple un afán antiguo y plenifica una esperanza. Es la plenitud de los tiempos, la completa madurez de la vida histórica... Los tiempos de plenitud se sienten siempre como resultado de otras muchas edades preparatorias, de otros tiempos sin plenitud, inferiores al propio, sobre los cuales va montada esta hora bien ganada. Vistos desde su altura, aque-

llos períodos preparativos aparecen como si en ellos se hubiese vivido de puro afán e ilusión no lograda... ¡Hemos llegado a la altura entrevista, a la meta anticipada, a la cima del tiempo! Al todavía "no" ha sucedido el "por fin".

Todos los países han sentido esa plenitud de los tiempos. Por supuesto España e Inglaterra entre ellos. La corona hispánica, en su momento se enseñoreó sobre todo el mundo a través de su dominio material y espiritual. Las conquistas la cubrieron de gloria. Sus ideales se cumplieron. Llegaron a una conclusión y se les agotó la fuente de nuevas rutas vitales. Nada deseaban, estaban satisfechos. Es decir, estaban ciegos ante la realidad ya que ingoraron que la vida, en tanto que humana, no puede tener más conclusión final que la muerte. Tras de un anhelo logrado, surge otro más en la cadena infinita que forman los deseos del hombre.

A Inglaterra le corresponde obtener esa plenitud cuando España se revuelca en las cenizas de fuegos pasados. Llega a la cumbre triunfante, demostrando el nivel que los tiempos exigen, y por tanto en su plenitud, nunca la última, encarna lo que el mundo considera como moderno.

España compara la altura de su tiempo, con la que se considera moderna y se ve, en relación a ella, rezagada. Aquí vemos el sentido de la decadencia histórica de España, que es un medirse conforme a ese "nivel" y no a un ideal abstracto. Pero esto es lo que se ve fuera de España, y de allí viene el concepto de "Decadencia de España", la que, como hemos visto, por dentro de España, sólo se quiere ver en función de la pasada grandeza. Este subterfugio no pasará del siglo XVIII, como vemos.

## CAPITULO IV

### Inglaterra, Paradigma de la Modernidad

Inglaterra revela a la humanidad el secreto de su triunfo. ¿En qué principios se basa?

Con arranques vigorosos y férrea voluntad, ha logrado Inglaterra permanecer autónoma ante toda influencia extranjera, ideológica o material. Como consecuencia de su aislamiento —que es un reflejo y síntesis de los hombres que la integran y que a su vez se encuentran en la tremenda soledad moderna— ha construido sistemas propios en todos los órdenes, de tal maleabilidad, que lanza al inglés seguro y confiado de sí mismo, ante cualquier situación por compleja que ella sea, teniendo la certeza de que triunfará porque está acostumbrado a decidir por sí mismo sin el apoyo de una respetada autoridad. Se respetan a sí mismos. Pero éste es el matiz externo que cubre los grandes procesos que se gestionan en lo más profundo de las conciencias; la destreza con que ante los ojos del asombrado mundo realizan su vida, obedece a impulsos sordos para los extraños, pero que han hecho vibrar a los ingleses durante generaciones, y que obedece en primera instancia a aquella primitiva tendencia de desecharse la autoridad. Epoca del anglicanismo, de la defensa de la invasión española, de la reacción al papismo, del glorioso reinado Isabelino, de la integración del nacionalismo, años que

transforman a Inglaterra, de la antigua y rebelde provincia romana, a la Gran Bretaña libre e independiente. Los ángeles de Gregorio VII rechazan su imposición. Como consecuencia del cisma religioso, Inglaterra opone al trascendentalismo católico, una vida immanente; al racionalismo apriorístico un empirismo sensualista, concede la primacía a la experiencia sensible, la prefiere a los problemas metafísicos.

De ningún modo podía conservarse dentro del trascendentalismo. Es Inglaterra la primera en el mundo que le da un golpe decisivo, existe una vida ultraterrena, sí, pero antes está otra vida y hay que vivirla en plenitud, con entereza, no con los cánones establecidos, sino con las leyes de la naturaleza. Al inglés, cada vez le va interesando menos lo del más allá, la inagotable fuente de riqueza que tiene en sí mismo y que acaba de descubrir, lo atrae poderosamente. Dios no ha creado al mundo para que el hombre viva un tormento, para que su obra predilecta sufra en toda su existencia corporal; la existencia en este mundo tiene sentido propio; todo lo que en él existe, es de su interés, hay que observarlo, hay que aprovecharlo, la naturaleza es por esencia pródiga, da todo lo que el hombre desea, siempre y cuando no dañe a los demás, pero para evitar esto tiene leyes que el hombre debe respetar y a fe que las respeta y las sigue porque salvaguardan su libertad.

El hombre dentro y para sí mismo; éste es el hombre inglés, el hombre moderno; el hombre de la razón, el hombre libre. Su arma más poderosa es el raciocinio, pero su caudaloso torrente los ahoga en la soledad, constituyendo la gran tragedia moderna. No es casual, haciendo tan sólo una observación de momento que en el mundo moderno y en especial en Inglaterra, se integran un número infinito de instituciones y compañías aseguradoras de vida, de bienes, fianzas y garantías de lo que en este mundo se tiene. Mientras en anteriores épocas y en ese mismo momento otros países, aseguraban la salvación del alma,

la vida del más allá, el hombre que marca el nivel de los tiempos, despreocupado de estos problemas y abandonado a su propia suerte, se debate y lucha por conservar y afianzar lo que tiene. Los bancos y las compañías de seguros son el templo del hombre económico, que si ya no acude a la providencia, se titulan con tal nombre a las instituciones. Sus inversiones son para el momento y además para el futuro; el ahorro se convierte en el hábito de su vida. Por esto cuando el hombre tuvo ante su vista y tiene, en algunos países, la fe en Dios y como intermediaria la Iglesia, los hombres de Europa ven surgir en su suelo, templos mil, hombres de fe que dedican su vida a la adoración de la Divinidad, misiones que convierten a los infieles que se levantan armados en contra del Santo Sepulcro; ataques contra los turcos, ideales de lo incognoscible, vida mística y hombres que apenas rozan el suelo, cuya mirada se eleva siempre a Dios, a las alturas. Lo guía la fe. No teme a los obstáculos, ya que se allanarán por gracia divina. Pero el hombre moderno se ha desarraigado de esta clase de vida y concentra sus intereses, como ya se dijo, en lo que él puede adquirir.

De aquí el auge que Inglaterra adquiere, en su comercio e industria; produce, especula, arriesga y gana, se mueve, se transforma, vive, en una palabra, aprovechando la oportunidad que lo favorezca. El panorama es muy distinto; el suelo de Europa ahora se ve cubierto de grandes fábricas, cruzado por vías férreas y carreteras.

Aunque en otra ocasión ya insistí sobre el particular, aclaro que los ingleses al llevar esta clase de vida, no han olvidado a Dios, aún lo invocan y reconocen en Él la causa primera y última de la existencia. ¿Por qué es pues tan grave diferencia, si los dos mundos que he presentado creen en Él? Porque mientras el mundo de la religiosidad, actúa con fe viva, el mundo de la economía actúa con fe inerte. Creemos en algo con fe viva, dice Ortega, cuando esa creencia nos basta para vivir, y creemos

en algo con fe muerta, con fe inerte, cuando sin haberla abandonado, estando en ella todavía, no actúa eficazmente en nuestra vida. Los ingleses conocen a Dios. Es el Dios de la razón, en tanto que para los españoles es el Dios del sentimiento. Los anglos no esperan ayuda sobrenatural; su religión es sin dogmas ni revelaciones; esto es el deísmo. Ahora bien, cuando el hombre se vió libre pero también abandonado por la moral cristiana interpretada por la Iglesia, no se convirtió en el hombre amorat que a veces se supone es el hombre moderno, sino que fundó una propia moral. Para que tuviera resultados prácticos y no dañara a sus semejantes, necesitaba una autoridad que respetar, y acudió a la única que en su concepto lo merecía: la naturaleza. Si el hombre ha sido creado para ser libre, la naturaleza le da leyes para lograrlo en unión de los demás. Características que han de conducir necesariamente al utilitarismo social. Y en esta forma tan sólo observando algunos detalles hemos de caracterizar la postura inglesa: el sensualismo; la crítica de la facultad de conocer, la tolerancia y el liberalismo; el espíritu de la ilustración; el deísmo, el "common sense", el pragmatismo, la moral utilitaria, elementos que han intervenido en la arquitectura del nuevo edificio europeo y que han nacido en los grandes ideólogos ingleses, fieles manifestantes de lo que es su patria. Es por esto por lo que los filósofos británicos adquieren una popularidad extraordinaria. Más que por su labor sistemática, porque incluyen las normas que todo mundo sigue, en una ideología accesible a las mentalidades del Continente. Proporcionan la parte teórica de lo que los ingleses son y de lo que todos desean ser. Por eso, me parece lo más adecuado que si se desea conocer la vida inglesa, conozcamos un poco el sistema filosófico inglés, que repito, nos interesa porque su ideología constituyó la de los siglos XVIII y XIX y a su influencia se acogió la sociedad europea, transformándose radicalmente.

Tanto los hombres como los pueblos, no pueden conocerse a sí mismos en una forma cabal. Antes de conocer lo que los ingleses dicen de su propia personalidad, a fin de evitar parcialidades, oigamos primero la opinión de uno de los más informados autores extranjeros: Voltaire, cuyos escritos se convirtieron en la lectura predilecta de los de la época.

Su afición por los ingleses es manifiesta; no por una inclinación peculiar de él, sino por una tendencia general de todos los europeos. Estuvo en Londres, estudió literatura inglesa e inclusive hizo algunas publicaciones en este idioma. Amparado por la hospitalidad de este país aprendió a valorarlo, conociendo sus instituciones y sus costumbres. El ambiente inglés priva en todos los autores, pero es Voltaire uno de los que lo comprendieron con suma entereza. Así lo he comprobado al revisar algunas de las páginas de sus famosos Diálogos Filosóficos, en los que interviene, un buen inglés. No es solamente un elemento dialogante, sino que expresa lo mejor en los temas que a discusión se expone. La lectura de las respuestas de este personaje abstracto, dan la impresión del elegante caballero inglés, pulcro en el vestido, en el hablar y en el discutir, seguro de que su personalidad domina sobre los demás. Expone principios que vienen a contradecir los comúnmente aceptados como ciertos. Todo lo dice con una claridad y tan carente de ostentación, que se van aceptando sus ideas, sacrificando las antiguas. Los salvajes no llevan una vida natural, sino por el contrario, dejan y alteran los fines de la naturaleza. ¿No es extraordinaria esta afirmación en el clima de opinión reinante? ¿Qué sucede con el hombre natural de América sobre el que tanto se habló, con el "bon-sauvage"? El pensamiento inglés explica: ¿Qué hacen los salvajes de la mañana a la noche si no es pervertir la ley natural convirtiéndose en inútiles a ellos y a los demás? Por el contrario, la complicada vida inglesa, no obedece más que a la naturaleza, pese a que las miradas profanas no lo crean, o no lo comprendan.

Las leyes que en apariencia contravienen a la libertad natural no hacen más que defenderla asegurando las propiedades. Se critica que los ingleses, hayamos llamado a un alemán, dice la voz inglesa, bajo el nombre de rey; pero no tiene nada de censurable, puesto que bajo el título ha de ser el conservador de nuestra libertad, el árbitro entre los lores y los comunes. Por otra parte, es considerado contra las leyes de la naturaleza que paguemos anualmente la cuarta parte de nuestros ingresos. ¿No es lógico que lo hagamos si sabemos que ello nos ha de dar la seguridad del disfrute sobre el resto?

De inmediato se ve el mundo que se va forjando. Ya no se piensa más que en la utilidad que se pueda obtener; se soporta un rey, que respete las libertades; se pagan impuestos para asegurar la propiedad, y así en todos los actos de su vida.

A través de la guerra, vimos enfrentarse a dos pueblos con conceptos de vida totalmente distintos. Pero eso fué un momento histórico, ahora me referiré al concepto que de la guerra tienen los ingleses, si bien dejo un margen tan amplio como se desee, a fin de ratificarlo en la realidad. No es posible concebir una guerra justa; es imposible que dos combatan teniendo ambos la razón; es la guerra obra de monstruos que sacrifican a sus pueblos a fin de satisfacer mezquinos intereses personales; se inmolan naciones porque un príncipe obcecado se niega a conocer la verdad.

No existen las guerras defensivas, tan sólo las ofensivas. Las primeras son resistencias a los ladrones armados que tratan de robar los derechos. Ahora, si un invasor llegara a mi país, no tendría nada que replicar si pretendiera matarme; y si me dominara tendría dos alternativas, o quitarme la vida, la cual ya no me pertenecía, o por la misma razón, servirlo fielmente. No existe remedio para evitar la guerra; sólo la ambición limita la ambición; ¡ay de aquel gobernante que licencie sus ejércitos y destruya sus murallas, pues al poco tiempo perecerá!

El único límite que puede tener la destrucción de los hombres, es el conjunto de leyes naturales que la misma guerra tiene, pese a todas las adversas voluntades. De no existir, el hombre sin traba alguna, combatiría y ya estaría asolada la casi totalidad del mundo. Por un momento me pareció ver a la gloriosa ciudad de Bensalén, atacada por unos malvados, utopía puesta en plan de guerra y defensa. Sin embargo, es a Inglaterra a quien refleja, es ella la que desconoce una guerra justa, y ella la que sólo se defiende de los ataques de los que no poseen la verdad. Todas las naciones pueden sustentar en teoría estos principios. Y a fe que Inglaterra los logra, pero sólo en cierto aspecto; los siglos XVIII y XIX son siglos de conquista inglesa; pero no es la guerra justa ni la injusta el medio para lograrlo, no es el ataque militar el que avasalla a los pueblos; sino su vida misma, su conducta, es el medio conquistador. Ya veremos más adelante qué razones existen. Tampoco avasalla militarmente a los que domina, menos aún emplea la fuerza para imponerse. Es una peculiar conquista. La leyenda de la "Pérdida Albión" nos da a pensar que son éstos los métodos que ha empleado. Si Inglaterra cree lo contrario, significa que siente poseer la razón y que constituye el país vejado que defiende sus derechos.

Tema de sumo interés en la época fué el de la esclavitud. No podía ser ignorado por el ilustre filósofo francés. Veamos las reflexiones que sobre el particular pone en la voz inglesa.

El derecho que sobre el esclavo se tiene, es el derecho de guerra y en cierto modo va de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Desde el momento en que un individuo se vende, es que es un loco, o el que vende una vida ajena, un bárbaro. Pero supongamos que por haber atacado mis derechos pueda yo, conforme a lo que la naturaleza permite, disponer de la vida del atacante; vale más para un vencido, servir en esclavitud que morir si es que aprecia más la vida que la libertad. "*Je suppose que je me trouve en Amérique engagé dans une action*

*contre des Espagnols. Un espagnol m'a blessé, je suis prêt à le tuer; il me dit: Brave Anglais, ne me tue pas, et je te servirai: P'accepte la proposition, je lui fais ce plaisir je le nourris d'ail et d'ognons, il me lit les soirs Don Quichotte a mon coucher; que mal y a-t-il à cela, s'il vous plaît? (32).*

He elegido esta cita porque además de constituir la esencia del aspecto que de la esclavitud toleran los ingleses, al menos a través del texto estudiado, es peculiar el ejemplo elegido: América y un español que implora clemencia a un "bravo inglés". ¡Qué no hubiera dado un Tudor (a excepción de María) por ver esta frase hecha realidad! Tal vez sea casual, pero también puede ser un velado y tal vez ignorado alarde de haber logrado el más caro anhelo de otras épocas. Inglaterra afirmaba su paso en América a la vez que podía ver al Español vencido, sujeto a su sombra. Mucho han cambiado las condiciones del siglo XVI al XVIII condoliéndose España por haber soltado el hilo de la fortuna que pocas veces queda al alcance de los hombres, en tanto que Inglaterra, asida fuertemente a él, triunfa en toda la línea.

Y hágase constar que es a un francés a quien se le ocurrió tal ejemplo, y no a un inglés, nos indica, lo ya visto en otras ocasiones respecto a que en toda Europa, se captaba con claridad la nueva situación.

De modo que la esclavitud no es considerada como un principio para ninguna sociedad, sino tan sólo para el vencido que ha perdido el derecho a su propia vida. A él, dice el inglés, lo alimentaré, trabajará para mí y sólo le exigiré el reconocimiento que a mi caballo, que también tengo la obligación de alimentar y que así mismo me da su trabajo. En caso de que este esclavo no me fuera útil, entonces lo dejaría en libertad.

He aquí en forma clara, el utilitarismo inglés enfocado en las responsabilidades morales: lo bueno es lo que es útil y lo que no lo proporciona. Mientras el esclavo, trabaja en forma acep-

table, permanece bajo el dominio de su amo: pero si su trabajo le fuera inútil, entonces no tendría justificación alguna que insistiera en coartar su libertad, entregándosela sin restricción alguna. El utilitarismo inglés da la impresión de una postura egoísta, pero tiene un amplísimo fondo social; lo que busca es la mayor felicidad del mayor número. Claros exponentes de ello son Bentham y Stuart Mill.

En el momento en que un hombre nace como tal, con carácter de humano, ya es igual a los demás y por lo tanto goza de la misma libertad y es poseedor de su vida. Si se guía conforme a las leyes de la naturaleza le preservarán su existencia, pero infringiéndolas de algún modo, atacando la libertad de los demás, pierde el derecho a su vida, a una propiedad que no ha sabido salvaguardar. De aquí el derecho de guerra y la esclavitud aceptada parcialmente desde este punto de vista.

Y ahora un tema en otro tiempo candente y apasionado: la religión. Ha cambiado el carácter de antaño porque constituye ahora una de las especulaciones constantes con que el hombre moderno, ocupa su mente. Ha sido puesta en el tapete de la discusión mil veces, y al fin ha sido razonada, por ende no existen arrebatos ni emotividades ofendidas. Basta seguir un proceso lógico. Uno de los ataques más tenaces contra Inglaterra es el que se refiere a que habiendo sido un país por esencia religioso y católico, no se conformó con separarse de la Iglesia, sino que se permiten toda clase de críticas contra ella y contra el principio universal cristiano que ellos respetan como valioso. Pero no existe obstáculo, pues en primer lugar se trata de un sistema ideológico que se puede reformar con la razón, y en cuanto a la crítica de los principios cristianos, una religión de origen verdaderamente divino, no es minada por ninguna fuerza que pretenda destruirla, sino segura en sus bases, se reafirma en la comprensión de los hombres que la defienden y que la atacan. La culminación que en este punto se logra, es la tolerancia. Tuvo

un origen contradictorio: la intolerancia de los reformistas para los católicos y consigo mismos, pero el progreso fué rápido, pues se une a la libertad, la tolerancia, logrando los medios insustituibles para alcanzar la felicidad del mundo moderno.

Inglaterra desea una religión honesta; establecida por el Parlamento que representa a la nación y por el rey que la salvaguardará. Es una institución ideal que dará a los hombres la seguridad espiritual que reclaman, y procurará además el bienestar y la paz para todos. El utilitarismo, como puede observarse fácilmente, impera en todos los sectores de la vida de un inglés.

El francés cree siempre, dice el pensamiento inglés, que ha dado el tono a las demás naciones. Se cree libre y a la vez se proclama la monarquía más fiel a la doctrina eterna. ¿Entonces, ¿ónde está la libertad? Por mí que no regresen los tiempos de la sumisión papal, en que Inglaterra recibía los legados papales para entregarles parte de sus bienes a fin de pagar la escandalosa vida de los pontífices. Que se hundan los lustros en que el país estaba dominado por monjes y milagros. Abomino el pasado, diría el inglés, en que se doblaba la cerviz a un farsante que predica los bienes espirituales y que se preocupa por los materiales; que rechaza la vanidad y la ambición viviendo dentro de ellas, que predicaba la humildad y la pobreza, reuniendo en sí la soberbia y la riqueza. El inglés podrá abominar este pasado en que siente que su pueblo no fué comprendido; no es posible respetar una autoridad que bajo estos rasgos se percibe, pero como época pretérita ahí permanece incommovible ante los asaltos que el enfurecido inglés pretende hacerle.

Lograda tiempo ha, la independización de lo que para ellos era una férula implacable, continúan hostilizando al Papado; ya no les interesa el futuro que se les presenta libre, pero lo ven siempre desesperantemente estático, irónico, limitándolos en el pasado. Abruñado por este peso el inglés lo hostiliza. Es

un ataque inútil a un cadáver sepultado en Inglaterra largos años antes. No se ha logrado todo lo que sería de desear en Inglaterra, pero bien harían los franceses en imitarnos, que mucho sería el beneficio que alcanzarían; ya que es necesario depurar la religión, Europa entera lo clama. La política de la Isla se va dejando ver en toda magnitud: ganarian imitándonos, ¿a quiénes? a los ingleses, pero ¿por qué?, porque la religión necesita depurarse. Combinación digna de un inglés; no pregona sus principios como ingleses, sino como universales, y por tanto los países pueden aceptarlos sin temor de una dominación extranjera.

Además, aunque parezca obvio repetirlo, una y mil veces más es un autor extranjero el que plantea esa situación. Es el francés el que pretende dar la pauta a las demás naciones, pero no puede ser así porque no es totalmente libre, exigencia primordial en un mundo liberalista por excelencia.

Un país puede progresar, si es libre, y como un requisito indispensable, es que sean independientes de toda imposición extraña. Una nación se basa en sus ciudadanos y estos dejan de serlo, demostrando servilismo a un mal construido edificio. *"On sait combien d'empereurs ont été déposés, on forcé de demander pardon, ou assasiénés, ou empoisonnés en vertu d'une bulle. Non seulement, vous dis-je, le serviteur des serviteurs de Dieu a donné tous les rayames de la communion romaine sans exception; mais il en a retenu le domaine supreme et le domaine utile; il n'en est aucun sur lequel il n'ait levé des décimes, des tribouts de toute espece".* (33).

La ingerencia de los papas en materia de política y sobre todo, en la economía, era ya insoportable. En la tranquilidad que la lectura de un libro produce, puede pensarse que la intervención eclesiástica era ya un mito y que por su base en exceso fuerte, continuaba.

La superioridad papal se debe a su preparación y a la ignorancia de los pueblos que domina. El Vice-Dieu, como llaman al Papa, es un ser ambicioso, transgresor de la libertad individual. Son afirmaciones nefandas para los católicos sinceros que ven en el Sumo Pontífice un verdadero guía espiritual; ignoran el aspecto económico, subordinándolo a un fin más alto. Sin embargo, ni aún los católicos soportan una intervención demasiado directa dentro de la política de su país.

Si en la integración del mundo moderno se ha dejado en tan lamentable concepto para los ingleses, al tradicional representante máximo de Dios, conozcamos qué es lo que sucede con la ciencia que sobre El trata: la teología, por supuesto la respetada por la tradición. El sentir inglés no es nada favorable; la teología no ha servido más que para oscurecer a los cerebros en aquello que se les debía presentar con toda claridad; la prueba más palpable es que los sinceros que a su estudio se han dedicado, se encuentran con incongruencias capitales que no pueden aceptar, falsas ideas, insostenibles interpretaciones de la palabra de Dios, en fin, ven en la teología una quimera y si es el tratado de Dios, apegándose a ella concluirían que Dios es también una quimera. De donde concluyen, unos, convirtiéndose en ateos, otros alejándose de la teología para comprender mejor a Dios por medio de su leal sentir, que sin complicaciones ni misterios, le hará sentir a su Creador en toda su excelitud. La falsa ciencia forma a los ateos; la verdadera hace que los hombres se inclinen ante la Divinidad con arrebatos de amor y admiración ante su grandeza.

En realidad esta opinión negativa de la teología abarca todas las ciencias de la época que no se guiaban por el severo raciocinio. Es la actitud criticista del moderno inglés. El aspecto legislativo de Inglaterra tiene un gran interés. Por supuesto es el país que en estos Diálogos tiene las mejores leyes y velan por el bien de la colectividad y por el bien individual. En cualquier

dificultad, afirma la voz inglesa, acudimos siempre a nuestra feliz constitución que es deseada, en casi todos los demás reinos. Nuestra jurisprudencia criminal busca ante todo, obrar con justicia sin caer en la barbarie; hemos eliminado la tortura, contra la que otros países se levanta en vano la voz de la naturaleza; es la tortura un medio indigno que hace sucumbir a un inocente de deficiente o mala constitución física, en tanto que se salva a un robusto malvado. La tortura transige la personalidad y el derecho a la vida, pues si bien desde el momento en que se hace acreedor a castigo un individuo, es que cometió una falta contra la ley natural y pierde el derecho a su vida. ¿Qué juicio humano se atreve a acusar con certeza absoluta a un hombre? Bien puede ser inocente y vejar así su más grande propiedad: la vida, delito imperdonable para el gran tribunal de la naturaleza. Aún en el caso de que fuera culpable, con el tormento se le obliga a mentir.

El castigo es necesario para salvaguardar a los demás, pero por cualquier delito, todo individuo tiene derecho a que se le juzgue, no por la arbitrariedad de los jueces, sino por las leyes. Su juicio debe ser además público y franco; los procesos secretos han sido inventados por la tiranía. La ley no se puede interpretar por los que imponen penas; eso sería abandonar a los ciudadanos al capricho, a los favoritismos, o al odio de los que manejan las leyes a su gusto. Existe la pena de muerte, sí, pero no la acompañamos de rebuscados tormentos que ofenden a la naturaleza humana. El hombre natural moderno se impone en la religión, en la cultura, en la economía, en la legislación, en todos los aspectos de la vida que se considera al nivel de los tiempos; es una época que ha elegido por gobernante a la naturaleza, a la vez que la va dominando. La felicidad es el objetivo perseguido durante todo el peregrinar humano, y nunca alcanzado por levantar siempre asperezas en las más llanas superficies, por buscar la claridad en la penumbra, por olvidar que para

conocer lo externo, es previo y necesario conocer lo interno. El hombre se trata de conocer a sí mismo, y así se acerca más a la naturaleza, se ha obnubilado en convencionales creaciones que se alejan de las leyes naturales; aproximándose a ellas, estableciendo íntimo trato, las conoce en sus más recónditos secretos y las convierte en armas para nuevas conquistas de otras verdades que se ocultan en la necia complicación en que los hombres se internan.

Tal mundo inglés visto por letras extranjeras, continúa caracterizándose. Por supuesto que en su integración existen errores y abusos, pero ellos se han ido mitigando al igual que en otras naciones. Los partidos que parecen bifurcar los intereses políticos son uno, en defensa de la nacionalidad, ambos se disputan, sea cual fuere su ideología, el honor de ser los guardianes de la libertad pública. Por otra parte, dicen, nuestro sistema no es endeble, y ha costado demasiado para dejarlo destruir. La vida nos marca en un ritmo evolutivo, que hay que procurar que sea próspero y constituya la realización de nuestros anhelos. Luchemos por vivir en paz y tranquilos. Hoy tengo mis creencias, se que existe un Ser Supremo, inteligente, autor de todo lo que existe, y como ésta tengo otras convicciones. Pero afirmo una idea ahora, mañana dudo acerca de ella y después la niego. Pero no hay necesidad de preocuparse, cuál será la verdad del mañana. Si mi concepto cambia, no altera la validez de lo que hoy me parece cierto. No nos ofusquemos en un mundo de fantasías, de falsos temores y negativos problemas. "*Qui nous importe après tout que ce monde soit éternel, ou qu'il soit d'avant hier? Vivons-y doucement, adorons Dieu, soyons justes et bien-faisants; voilà l'essentiel, voilà la conclusion de toute dispute. Que les barbares intolérants soient l'exécution du genre humain, et que chacun pense comme il voudra*". (34).

Intuición privilegiada y genio excelso de Voltaire que así concluye esta expresión de la vida inglesa. Póngase en duda que

ha comprendido el verdadero fondo de este extraño pueblo; por momentos parece ser todo un inglés, relatando los pormenores más íntimos. Después de las conversaciones en que brilla la habilidad polémica, finaliza con el aspecto emotivo del tipo que caracteriza; el caballero dulcemente escéptico, que olvida lo trascendente, desea la vida del momento con todos sus lujos y comodidades, intelectuales y corporales, posee todas las virtudes, tiene ese afán por una existencia inalterable por las intransigencias y la intolerancia, y tiene también una nota de melancolía que sucede a los grandes cambios y renunciaciones, y que se presenta cuando han pasado fuertes crisis espirituales, tal vez añorando las bruscas sacudidas, los momentos vibrantes que lo hicieron vivir con tanta intensidad en la conquista de sus ideales.

Panorama magnífico y extenso se descubre ante nuestros ojos, apenas iniciado el tema; y a medida que se va penetrando en sus paisajes, amplios y hermosos, sus horizontes se ensanchan cada vez más. La vastedad del campo no se puede comparar con el mundo de novedades que presenta. Se ha dado un paso decisivo en la historia humana, y lo ha dado Inglaterra; los hombres de un siglo a otro han transformado radicalmente su vida; y si no fuera porque la historia nos ha aclarado las causas, pensaríamos que la tierra se había agitado convulsa, ahogando al género humano para después reintegrarlo completamente distinto, con una absoluta divergencia en la apreciación de sus valores; convirtiendo categorías máximas en secundarias, a la vez que elevando las que antes despreciara. Las décadas hacen más notorias estas nuevas corrientes; los pensadores dirigen su actividad hacia cuestiones políticas y sociales; el clima de opinión los favorece, pues es precisamente una época que fija su atención en el conglomerado humano, en su mejor organización y en el bien para todos. Europa se siente a gusto dentro de los cánones modernos; rechaza todo despotismo; pregona sus teo-

rias en contra de las arbitrariedades de los tiranos, habla de justicia, del bien social, de reformas. Nadie recuerda las pomposas ceremonias cortesanas, antes bien, los debates parlamentarios constituyen el centro de acción más poderoso; el pensamiento inglés, sus modas y costumbres; un sentido de la vida cómoda, no de ostentación ni de grandes lujos, sino facilitando lo más posible la existencia; eso es en conjunto lo que predomina en el mundo europeo.

Pero hasta este momento nos hemos conformado con el concepto que en el exterior se ha formado de Inglaterra. Es necesario, puesto que nos da un sentido muy importante, como es el que produce a otros, que por no poseer los procesos formativos, captan las manifestaciones exteriores que son las que tratan de adaptar a su propia vida. Al adaptarlas las asimilan haciéndolas nacer con características propias. El error está en aplicarlas a una realidad que no permite transformación radical, sin negar su propia esencia, porque si se persiste, se hunde en una vida ficticia, que no progresa porque se obstaculizan las dos tendencias. Este concepto se aclarará más tarde. Poseyendo una expresión de la fase exterior de la vida inglesa tan absolutamente certera como es la de Voltaire y contando gracias a ello con una visión general, puedo ahora buscar la causa primera de esas manifestaciones, en los pensamientos de sus creadores, que con la pluma, hicieron posible una transformación de tan enorme trascendencia en el transcurrir histórico.

No nos debe extrañar que en esta nueva vida sean las letras las que impongan las tendencias adecuadas. Ha pasado la época del militarismo en que un caudillo conducía a un pueblo, o en que palabras mágicas cambiaban sus emociones. Época de la razón y de la libertad, las comunicaciones y la imprenta se unen para hacer que se oigan en los más abruptos parajes. No existen distancias para el pensamiento, ni traba alguna para la prensa; no se precisan armas para dominar las mentes.

Entre los inovadores de esta nueva orientación está Francis Bacon que en otros renglones nos expresara el sentir de su pueblo. Tal parece que la actitud que se exigen a sí mismos los ingleses, es transformar el sentir habitual de las cosas. En su "*Novum Organum*" se complace en afirmar, que es un absurdo denominar a los juegos romanos como de la Edad antigua, pues ellos son los jóvenes, en tanto que nosotros somos los antiguos.

Es absurdo acudir a ellos como los más sabios, estando en nuestra época, la obligación de poseer mayores conocimientos, ya que hemos heredado el acervo cultural y los primeros esfuerzos de la infancia de la antigüedad clásica. A fe que no es tan sólo un capricho de transformación. Por antagonicos que deseemos presentarnos ante sus ideas, desarrollan un sistema en tal modo lógico, que por lo general, si se es sincero consigo mismo, se tendrá que llegar a la misma conclusión. Por otra parte, no es un absurdo cambio de términos, sino un afán continuo de ser independientes en todos sentidos. No pueden negar sus antecedentes históricos, y sin embargo, tal vez sin darse cuenta, pretenden desembarazarse de ellos empleando cualquier medio. Sin embargo, no se creen en una postura privilegiada nunca superada, ni aún alcanzada en toda la historia. El pensamiento de Bacon, de tan enorme influencia en todo el continente, tiene importancia en mi estudio en cuanto introduce el empirismo y el método inductivo que sus sucesores emplearán más tarde con gran éxito. Expone una teoría del poder y del saber, muy interesante para el que desee el progreso de su pueblo. Dice, según interpretación de Becker: "siendo el conocimiento poder, el poder humano cobrará de hecho, más poder". (35). En efecto, si se posee la facultad cognoscitiva, se tienen sin duda, los medios para actuar. Aun si conozco, que no puede resolver algo, ya tengo más, que si ignorara la existencia de ese obstáculo infranqueable.

Con esta teoría, se estimula el afán de conocimiento que proporciona el poder.

Otra fuente de estudio, son los temas del empirista Hobbes, se ocupa de la psicología, la antropología, la política, la ciencia del Estado y la sociedad. Estudia al hombre como individuo y como integrante de la sociedad. El Estado tiene la primera y última palabra en todas las fases de la vida humana. Abandonado el hombre, como ya se ha anotado, de las fuerzas sobrenaturales que lo apoyaban, busca en sus propias creaciones la base de su conducta. El Estado soluciona la política, la moral, la religión, las costumbres, sin llegar nunca, por supuesto, a un absolutismo que prive al individuo de su libertad. Frente a las ideas de espiritualidad y libertad, dominan en Hobbes el mecanicismo naturalista y el poder absoluto y total del Estado.

Esta excesiva apreciación lo llevó a caer en ateísmo que hicieron surgir algunas tendencias opuestas a sus ideas, en especial, en los países continentales.

La influencia de Bacon y Hobbes, es de enorme importancia, pues no se puede comparar con la que alcanza la filosofía newtoniana. Fue tan popular en el siglo XVIII, que era tema de las más sencillas conversaciones.

"Pocas gentes leen a Newton, explicaba Voltaire, pues es necesario ser docto para entenderlo, pero todo el mundo habla de él". Y es que en esta época que encuentra siempre método para facilitar la existencia aún la adquisición del conocimiento, existían infinidad de popularizadores. El mismo Voltaire escribió un libro elemental de física newtoniana para aquellos que carecieran de conocimientos matemáticos. Aun en el extranjero comprendían que era necesario explicar al común de las gentes, lo que ellos sabían era benéfico. No desean permanecer en teoría, sino que pasara a su activización en la vida diaria. Con este objeto mostraban los "*Principia*", no en su aridez científica que no entendía ni le interesaba el común de la gente, sino lo que alcanzaba la filosofía newtoniana tocante al más fundamental e importante problema del hombre: su relación con la naturaleza

y la encadenación de ambos con Dios. En realidad, los discípulos de Newton "no habían cesado de adorar. Sólo habían dado otra forma y nuevo nombre al objeto de su culto: tras haber desnaturalizado a Dios, deificaban a la naturaleza". (36). Era una identificación oportunísima para adaptarse a la mayoría de las creencias, aun para los españoles fanáticos de la religión católica.

La propagación científica en forma de sencillas conjeturas accesibles para la mayoría, entra en el proyecto de la política inglesa, que intenta abarcar todos los sectores intelectuales. Poco sería, el que formaran secuela un selecto grupo de filósofos; éstos eran necesarios, pero lo son más aún, los que llegan a integrar los usos y costumbres, por los que una nación vive, es decir, por la mayoría de los ciudadanos.

Filósofos o historiadores, matemáticos, biólogos, antropólogos, políticos, ignórase el título que se daban, los ingleses se constituyeron en portadores de buenas nuevas para la humanidad. Le ofrecen enorme legajo de bienes que durante varias generaciones anhelaron sin conseguir. Ahora se les presentan, tan fáciles, en fórmulas familiares y con un lenguaje tan sencillo, que no tienen más que enterarse de ellas para ponerlas en inmediata práctica.

¿Se ha llegado acaso a un plan tan elevado que se han rebasado las fronteras nacionales? ¿Ya no existe el egoísmo entre los hombres? ¿Son tan altruistas los pueblos que ofrendan en forma magnánima el secreto de su progreso? Por desgracia no, y no creo llegar a ver esta utopía, ni creo que llegue a existir. El excesivo cuidado que los ingleses ponen en la propagación de sus conceptos, manifiesta el enorme interés que en ello tienen. Lo que los impulsa a actuar de ese modo no es el altruismo, sino la propia conveniencia. Extraña paradoja que simula desprendimiento y significa intereses creados en beneficio de un grupo.

Esto no se puede sancionar, ya que está dentro de las medidas humanas; por la misma razón, a más de justificarla se puede comprender el sentido tan fino que los ingleses tenían para captar que el medio idóneo para imponer sus ideas, no era, ni por un momento la coacción, sino a pueblos fuertemente nacionalistas, los oculta su fuerza nacional. De no ser así, se podría dudar de la bondad de sus preceptos, atribuyéndolos a un afán de dominio. Cualquier descuido que dejara escapar alguna lejana referencia sería suficiente para que Europa se cerrara hermética. Si en aquellas décadas el mundo no se percató de ello, ahora es fácil verlo, desde luego, por las consecuencias. Becker, el acertado autor alemán afirma: "¿Desinteresados? ¿Objetivamente desprendidos? En modo alguno. No hay que buscar esas virtudes elevadas en los filósofos, y mucho menos cuando insisten en ellas. Sin duda, cabría hallar alguna vez actitudes objetivas en las exposiciones científicas de Newton y sus colegas, acaso en algunos de los escritos de Franklin o de Hume. Pero no era característica de ellos, la observación entretenida y desinteresada, del escenario humano" (37).

Los europeos continentales estaban encantados. En forma gratuita y sin esfuerzo les había sido dado un método con el que encontraban verdades maravillosas. El siglo XVIII asocia esta filosofía con el nombre de Newton. Vemos cada vez con más claridad la divergencia de las épocas que nos han ocupado. Cuando España vió en el XVI, un siglo de triunfos, los hombres que recibían los más altos galardones, eran héroes de la audacia, que se habían lanzado ciegos a lo desconocido, a la aventura, guiados por el símbolo de la cruz. Fué el siglo del caballero aventurero que lidiaba en defensa del honor y de la religión. Mucho ha cambiado el héroe del XVIII. Recoge los lauros el hombre que pierde su mirada en lo intrincado de la filosofía. El héroe del XVI, se aventuró en lo ignoto, el del XVII y, sobre todo, del XVIII, en lo conocido, en la naturaleza. La espada la

substituye con métodos perfectamente planeados; de antemano sabe el resultado que obtendrá; ya pasaron aquellos días en que los espíritus sensibles contemplaban a Dios en la Naturaleza; Newton la contempla y la admira, pero busca con sus investigaciones, el mejor modo como ha de poder realizarse dentro de ella.

El héroe de antaño descubrió y puso al servicio de Europa un continente, el del momento descubre y ofrece al mundo una ley universal que descubre totalmente el velo que estúpidos tradicionalismos y prejuicios, habían obstruido la libre comprensión de esta Creación, que es en sus misterios más secretos absolutamente racional e inteligible. Después de enterarse de esto, no había más que aprovechar esos conocimientos para la utilidad del hombre, siguiendo el parangón que Inglaterra muestra.

Para recoger la idea más clara de lo que para el siglo XVIII era la naturaleza, nada mejor que acudir al pensamiento de Hume. Su fina sensibilidad acoge las ideas del momento, dándoles una expresión original y definitiva. En sus "*Diálogos sobre la Religión Natural*", pone en Cleantes, uno de sus personajes, la siguiente sabia descripción:

"Echad una mirada en torno al mundo; contemplad el todo y cada una de sus partes; veréis que no es otra cosa sino una gran máquina subdividida en un infinito número de máquinas más pequeñas, que a su vez admiten subdivisiones hasta un grado que va más allá de lo que los sentidos y facultades humanas pueden rastrear y explicar. Todas esas máquinas y hasta sus partes más nimias que ajustan entre sí con una precisión que arrebató la admiración de todos los que las han contemplado".

La singular adaptación de los medios a los fines de la naturaleza entera, se asemeja exactamente, aunque mucho excede a los productos del ingenio humano, a los de los designios del hombre, de sus pensamientos, su sabiduría y su inteligencia. Si, por lo tanto, los efectos se asemejan entre sí, estamos obligados

a inferir... que también las causas son semejantes, y que el Autor de la Naturaleza se parecen algo a la mente humana, aun cuando sus facultades sean mucho más considerables en proporción a la grandeza de la obra que ha ejecutado" (38).

Surge de inmediato en este párrafo dominando toda idea que pretenda la primacía, el énfasis tan notoriamente marcado en aquello que más interesaba al momento histórico; el hombre. No existe una verdad revelada, tampoco una naturaleza fantasma que agobie al ser humano, todo lo contrario: es una máquina de complicado mecanismo, pero fácil de conocer; se convierte en algo más propio del hombre. Yo no me hallo insertado en un mundo de maravillas, sino de estupendas adaptaciones de pequeñas piezas. La naturaleza tiene semejanza con las obras que los hombres producen: entonces su Creador, su artífice, posee un poder de raciocinio como el del hombre, pero mil veces superior, si consideramos la enormidad de su obra. Si nos filiáramos a este concepto, tendríamos que decir: nunca Dios se imaginó ser tratado en tal forma. El ha sido el Creador del hombre, y ahora el hombre lo crea a su imagen y semejanza, según ya se había apuntado. Con esto continúan las aparentes paradojas inglesas, Hume las ha llevado al extremo. Con anterioridad para poder actuar en la Naturaleza, el hombre conocía sus leyes; siendo Dios una razón eterna, las leyes tenían que ser racionales y por ende los hombres que la obedecían. Pero ahora el filósofo inglés concluye que Dios es un artífice, porque la naturaleza es una máquina; la ley natural es lógica, no porque sea la inducción de principios generales, sino porque va de acuerdo con la gran máquina de la naturaleza, con su observación simple y escueta.

Hume establece la inutilidad de la razón para establecer la existencia o la bondad de Dios. "Ser filosóficamente escéptico, es en un hombre de letras el primer paso y el más esencial para ser fiel y seguro cristiano".

Era el reajuste que esta época necesitaba. Adolecía de la grave enfermedad del raciocinio, elixir maravilloso que solucionaba todos los obstáculos que al hombre se le presentaran e inclusive, resolvía con un silogismo, algo que le pertenece a su naturaleza de hombre, y no a su cerebro: la relación con la Divinidad. Existe otro mundo diverso del intelecto, una comprensión intuitiva, un captarse emocional, que rechaza la lógica y sus sistemas. Lo demuestra Hume en sus *Diálogos*, y con encerrar una verdad tan trascendental, no publica su obra porque le parece insistir demasiado en un tema que se ha convertido en un murmullo tenaz, que va agobiando en demasía a los que habían logrado aprisionarlo en una conclusión lógica. Se dan cuenta "de que Dios, habiéndose alejado secretamente en la noche, estaba a punto de salvar las fronteras del mundo conocido y de dejar a la humanidad en el atoladero. Conviene que nos demos cuenta que en aquellos tiempos, estaba Dios procesado. Al común de las gentes se les presenta la premisa ¿vivirán ellos gobernados por una inteligencia benévola, o en un mundo regido por una fuerza indiferente?" (39). Menudo problema para cualquier pueblo y en cualquier época. En el caso de que esta vida no tenga un sentido ulterior, no esté regido en modo alguno por un ser magnánimo ¿estamos aquí como un círculo de energías en constante movimiento? ¿Es tan mezquina la vida, que nos hemos de conformar con que nuestras estimadas potencias espirituales, a nuestra muerte se difundan en el Universo, para dar vida a otro ser? A la vez que se le encuentra a la vida un sentido más hondo, se le considera más inútil. Si tan sólo por ella hay que vivirla, es necesario hacerlo intensamente, pero, ¿vale la pena? Tremenda duda para la humanidad. En la existencia humana debe estar, el despojar dicho recelo para no sentirse abandonada en esta mísera existencia como un saco de energías, "allí, tirado", según expresa Heidegger. Mucho aprecio la vida del espíritu y son lo suficiente firmes mis creencias para confiar en es-

tas miserables conclusiones y para reconocer que si el hombre se llega a plantear este problema, él mismo lo desechará para preservar una vida con sentido humano. Pero en fin, sólo son inquietudes que se presentan al estudiar el modernismo. Cada quien puede inquietarse por lo que quiera.

El panorama que la existencia humana ha presentado, presenta y presentará, es demasiado vasto para que la deficiente mirada de un hombre, de un pueblo, o de una época, abarque todos sus aspectos. El hombre enfoca su atención sobre un punto, lo estudia, lo comprende y cree agotarlo; entonces se apodera de él el tedio de lo conocido y busca en el amplio horizonte, algo nuevo; su misma novedad hace que se entregue a ello considerándolo de mayor importancia que el anterior, y así continúa su lento peregrinar, encontrando nuevas verdades y cayendo en imprevistos errores.

Hume escribió una historia que por supuesto gozó de gran popularidad. El desarrollo general de ella, de acuerdo con el rechazado concepto de que la humanidad es siempre la misma y la historia sólo descubre sus principios constantes y universales, es un tanto monótona y árida; simple anotación de fechas y sucesos aislados, inexpresivos y carentes de contenido. Sin embargo, fué leída con incansable tenacidad, pues ocultaba un fondo que hacía olvidar la forma: era un ataque cerrado a lo que todo el mundo quería destruir: la tiranía, la superstición y la intolerancia. Ocasión magnífica para preguntarnos: ¿qué podría responder España ante estas exigencias del modernismo? En esta respuesta está englobado el secreto de su decadencia. Pero es tema de otro capítulo y, por tanto, espero a que llegue el momento de solucionarlo con la mayor claridad posible.

Bacon, el filósofo de la experiencia, Hobbes, con su concepción profana del Estado, el físico-matemático Newton que logra un método universal, y Hume con su sentido de la religión na-

tural, forman el selecto núcleo de hombres notables, y predilectos en toda Europa. Mucho hemos logrado al esbozar su obra, pero falta la cúspide para establecer el problema en toda su magnitud, máxime desde mi punto de vista que reclama el estudio: el historiador por excelencia del siglo XVIII: John Locke, que con un sentido universalista da las bases de toda convivencia humana organizada, siguiendo la tendencia que iniciaron sus compatriotas, como puede recordarse, por ejemplo, en la *Nueva Atlántida* de Bacon: el interés por la humanidad, que constituye la grandeza de Inglaterra ante los ojos del mundo. Por estas razones su "*Ensayo sobre el Gobierno Civil*", es de actualidad en cualquier momento y constituye el libro hospitalario para toda clase de idiosincracias, así sean inspiradas en los más fuertes nacionalismos. Aquí está su inmenso valor, ya que no refiriéndose a ellos los acepta con enorme plasticidad. Hombre por esencia sociable, amante de viajar y de interrogar siempre a la esfinge extranjera; siempre busca aprender algo nuevo, prefiere estudiar a los hombres que a los libros; encuentra más interés en la práctica, que en la teoría, a la cual sólo acude para favorecer a la primera. Inglaterra sufre las conmociones de la victoriosa Revolución de 1688, que queda como posibilidad para los que poseyendo la intuición necesaria puedan penetrarla y aprender el sentido que llevaba en su esencia: el rey es el principal servidor de la ley, mas no es su dueño, el ejecutor de la ley, mas no manantial de ella. El derecho divino de los reyes cae estrepitosamente, la nación ha recobrado su destino rindiendo tributo a la tolerancia, a la soberanía parlamentaria y a la autonomía del poder judicial.

En forma simultánea se desenvuelve ante los atónitos europeos un mundo americano que más que holgura geográfica, presentaba a los intelectos un horizonte ilimitado para intentar los más locos romanticismos y más atrevidas utopías. América representó un obstáculo, pero ahora se convierte en un medio

adecuado para ensayos, estorbados en Europa por un pasado cargado de tristes experiencias. América, continente nuevo, es el enfoque de Inglaterra que busca la modernidad en todas sus formas.

Locke es de los privilegiados que poseyendo una fina intuición, no viven el momento con la indiferencia del mediocre, sino que capta su sentido convirtiéndose en el receptáculo de las experiencias históricas; las ha de trastocar en teorías que se esparcen por los cuatro costados del mundo, dando el cañon a las naciones que se precian de modernas.

Paul Hazard, en su notable descripción del siglo XVIII, dice: "Yo no sé si ha habido nunca un manejador de ideas que haya moldeado su siglo de un modo más manifiesto que éste. Ha salido de las escuelas, de las Universidades, de los círculos doctos, de las academias, para llegar hasta los profanos. A menudo una alusión, una cita, una referencia, no ya siquiera de las obras maestras, sino de las obras menos conocidas, indican que se lo tiene dispuesto en las reservas de la memoria, moneda de oro que se siente uno feliz de sacar y hacer relucir de paso... ¿De dónde viene una influencia tan extensa como profunda? ¿De dónde viene esa acción, que aparece en todas partes? Locke ha prefigurado la actitud que quería tomar el siglo ante el problema del ser". (40).

Siendo un hombre que se encontraba al nivel de los tiempos, no elabora sus pensamientos basándolos en la fantasía, en la imaginación; rechaza la hipótesis como punto de partida para sus lucubraciones; acude a los principios newtonianos que no expone a la duda sino que se basan en la certeza de su aplicación.

Newton se había enfrentado a un problema fundamental. Había logrado demostrar la materialidad objetiva de todo lo creado; existen por una parte, los objetos físicos distintos del hombre, y por otra, éste que constituye el observador. Falta un tercer elemento: las cualidades sensibles, que no son inheren-

tes al objeto, sino el mundo de las sensaciones se establece en relación con el observador. He aquí tres estructuras que se tienen que condensar en una, para comprender lo que es el hombre, y cómo es que los objetos influyen en él. Hobbes da una solución que pertenece a los postulados de la física, afirmando que se pueden estructurar fácilmente, ya que son de la misma substancia. Pero quien pretende enclaustrar al hombre en los principios escuetos de la física, fracasa rotundamente. De esta suerte Locke llega a concluir que el observador es una substancia mental, sobre la cual actúan los objetos materiales que existen en el espacio y en el tiempo, convirtiéndola en un ente consciente de los colores, sonidos, gustos, en una palabra, de todas las substancias materiales puramente de apariencias que proyecta las cualidades sensibles en un tiempo y un espacio.

De este modo, derivando de los postulados de Newton, su teoría con lo que la fuerza del argumento es capital, explica la existencia de las substancias mentales. Así dice Northrop: "fue como Locke explicitó las consecuencias últimas de la física de su amigo Newton, que verificada experimentalmente, se comprendía como base de una teoría, no sólo de la naturaleza física, sino de la conciencia humana". He aquí la razón de estas disquisiciones en apariencia fuera de tema, ya que poseyendo una nueva teoría del hombre, se prescribe una nueva idea del bien para la religión, a saber, la tolerancia, y también una nueva idea del bien político: la democracia.

Veamos la nueva articulación que Locke da a la religión y al gobierno. No queda más alternativa que identificar el alma humana y la persona política con esa substancia mental, ya que es la única que tiene conciencia.

Pero por otra parte, el cuerpo de la persona no es sino un agregado de substancias materiales o átomos dependientes de las leyes mecánicas de Newton, que para Locke es sin duda alguna, propiedad de la persona. Esa substancia material de su

cuerpo, ya sea por su propia noción o por otros cuerpos materiales, lo afectan, hace que por su conducto surja el contenido de la conciencia en forma de sensaciones. Con las mismas reglas mecánicas, que nos desconcierta, que con su calidad de tales resuelvan estas situaciones, Locke concluye definiendo la inmortalidad del alma, considerando que esa substancia mental, el alma humana, no puede descomponerse en partes y nada le pasa con que el cuerpo se disgregue.

Estableciendo así sus ideas con certeza tan clara y perceptible, va mostrando el pensador inglés, la ruta que ha de seguir para establecer las fuerzas principales de la época en que vive: la tolerancia y la democracia. Dualismo en las substancias, dualismo en estas fuerzas, nos indica que percibe una correspondencia inequívoca entre ambos, sin dar lugar a extrañas incorporaciones que las confundan. En efecto, así es. La religión sólo tiene que ver con la substancia mental; ésta es individual completamente independiente, se basta a sí misma, no necesita si quiera de que existan otras substancias mentales, y en consecuencia la religión debe convertirse en algo absolutamente particular y puramente introspectiva: respecto a la substancia mental, cada individuo está mucho mejor informado que cualquier sacerdote u hombre de religión, y por tanto, es el único competente para guiarse en su vida religiosa. Locke describe esta idea en su famosa *Carta* sobre la Tolerancia:

"La única senda estrecha que va hasta la gloria, no la conoce mejor el magistrado que cualquier persona particular, y por lo tanto, no encuentro garantía para convertirlo en mi guía, pues probablemente ignora como yo, el camino, y seguramente le importa menos mi propia salvación que a mí mismo. . . Por lo tanto, el cuidado del alma de cada hombre es algo que sólo a él pertenece, y sólo a él debe dejársele". (41).

Estamos ante la realización de los grandes designios que se propusiera Inglaterra en el momento en que inicia la carrera

que llega a su destino. En aquellos días se hablaba de tolerancia, como ahora podríamos hablar de la paz perpetua. Y, como este ejemplo, hallamos en la época dieciochista el coronamiento de los esfuerzos anteriores, que uno a uno, han logrado su pleno desenvolvimiento, y lo que es más, no se consideran obras acabadas, sino susceptibles de modificaciones que las mejoran, conservándose por supuesto dentro del margen de los intereses comunes e individuales. Si estos conceptos se hubieran logrado en la época Tudor, verbigracia, si al rechazar a la iglesia, Enrique VIII hubiera concebido esta verdadera libertad, tal vez le faltarian alientos para creer lo que había dicho; ya a estas alturas, lo que nos pareció franco y decidido paso hacia el rechazo del catolicismo, es ahora un intento débil, al lado de la actitud desafiante inglesa que termina, en definitiva, con toda autoridad religiosa. Se empezó por formar una religión nacional y se concluye con una religión individual y personalísima, en que cada sujeto es su ministro y su templo.

El concepto de Locke, del alma, subrayó todos los aspectos de la conciencia individual y estableciendo tan firmemente la tolerancia, dió base a una idea que sería obvia en toda organización democrática. La influencia que tuvo Locke en la visión europea, fué, como puede comprenderse, de enorme trascendencia; el hombre europeo sintió la molestia de cualquier imposición que tratara de afectar a su conciencia. La religión debe ocuparse de las substancias mentales, y a las materiales corresponde la fuerza, de donde la influencia que se pueda ejercer sobre las conciencias no tenga más armas que la persuasión verbal, y la jurisdicción civil, cuyo medio actuante es la coacción, no puede, de ningún modo intervenir sobre ella, aún en el caso de que la opinión unánime del pueblo así la pidiera, no estaría en capacidad para hacerlo, ya que sólo cada individuo conoce su propia conciencia y no puede tener ni la más remota idea de lo que acontece en otras conciencias.

Casi los mismos razonamientos que nos han llevado a concluir en la tolerancia y en la no intervención del Estado en cuestiones religiosas, que es la superación de la iglesia nacionalista, podemos concluir en la autonomía que las leyes civiles deben tener, respecto a la antigua influencia eclesiástica. Ya las esferas no se ven confundidas, sino que poseen rutas especialísimas.

Ahora bien, tanto las leyes eclesiásticas como las civiles, tienen por objeto salvaguardar al individuo en sus substancias mental y material. Dichas leyes se basan en los siguientes principios: 1º La naturaleza está hecha de substancias que no pertenecen a un orden jerárquico, sino que están sujetas a leyes mecánicas, de donde no se puede fundar una ley. 2º La persona es sólo una substancia mental que sólo se conoce por introspección y que no tiene relaciones estructurales con las otras. Por lo tanto, en la naturaleza esencial de Locke, no existe una relación social fundada ni científica, ni filosóficamente, que una a las personas, y todo descansa en las opiniones personales de cada quien. Por consecuencia, las leyes son creaciones convencionales cuya autoridad está en las opiniones de los individuos y en la aceptación de las mayorías. Aquel que no acepta las leyes, separándose de los grandes núcleos, se siente tan inseguro que se acoge a esas creaciones por deficientes que le parezcan a fin de salvaguardar su propiedad.

De modo pues, que los hombres nacen libres e iguales sin requerir la presencia de los demás, pero para defender sus propiedades, levantan un gobierno que se basa en el consentimiento de los gobernados.

Conforme a esto, el poder político puede crear leyes con toda clase de castigos y de sanciones, puede disponer de todos los medios coactivos, inclusive la pena de muerte; todo en defensa de la integridad del individuo o de la nación en contra de los hombres o países que tratan de arrebatarle sus derechos. La luz natural enseña que siendo todos iguales, nadie podrá dañar a

otro en su vida, salud, libertades y posesiones. Todos han sido creados por un Poder Supremo, que es el único que puede disponer de las vidas humanas. Es más, no sólo debemos respetar la vida ajena, sino también la propia. Sólo podemos afectar la vida humana cuando se ha transgredido el derecho ajeno; en ese caso, cada quien puede hacerse justicia por su propia mano, teniendo en cuenta la razón y la conciencia. Pero para evitar parcialidades y falsos juicios, es por lo que la opinión entrega a un magistrado, su derecho a hacer justicia a fin de que la preservación sea justa.

Todo el sistema de Locke gira en torno de la propiedad, que es la base del hombre económico moderno. Comprender el por qué constituye el fundamento de su vida, es bien fácil; ya algo se ha apuntado. Todo se basa en la vida immanente que por supuesto tiene que fijar sus intereses en el momento en que se vive, de donde se llegue a consecuencias tan enormes como iniciar la propiedad, en el mismo cuerpo, que es el primer sostén con que el hombre cuenta, la primera materialidad que tiene en este mundo, y por tanto, hay que preservarla. Así como posee su cuerpo, es también dueño de su trabajo y de la obra de sus manos. Es esta la primera propiedad: su persona; cualquier esfuerzo que realice sobre aquello que se le ha dado en estado de naturaleza, lo convierte en su propiedad, es decir, con tan sólo tomar una parte de lo común y removiéndolo de su estado natural, inicia sus posesiones. De otro modo no se podría concebir que lo común llegara a ser útil. El límite a esta propiedad está fijado por la capacidad de trabajo de que el hombre disponga, y además, por lo que la razón inspire que sea suficiente para su goce. El hombre puede trabajar lo que quiera buscando su comodidad y bienestar pero aquello que exceda o que desaproveche, cesa de pertenecerle.

Esta teoría de la propiedad es sin duda muy aceptable, pero en el mismo grado peligrosa, pese a que sobre cálculos ideales, se

piense que si todos los hombres así actuaran, las tierras del mundo sobrarian para asignar a cada quien una parte razonable. Por supuesto, si los hombres así actuaran, pero antes hay que deterrar la ambición, la avaricia, el afán de lucro, de gloria, de poder; de modo que se convierte en irrealizable. No obstante, para los lectores de los *Ensayos*, les debe haber parecido un sistema justo, envidiable y digno de ponerse en práctica.

El hombre en estado de naturaleza no integra, como ya se vio, ninguna sociedad, pero en el momento en que entrega sus poderes, para mejor custodiar sus propiedades, forman sociedad política civil, ya que hay inconvenientes en el estado de naturaleza, como la agresión de otros, la falsa valoración de lo que a cada quien corresponde, que no puede el individuo aislado resolver con todo el éxito que sería de desear. Empero hay que objetar al sistema de gobierno que todo mundo considera natural: la monarquía. Es un error buscar en la familia, en las organizaciones primitivas el origen del Estado. Las naciones no se forman por lo que ayer fueron, sino por lo que serán mañana. Reuniendo en una sola persona todos los poderes, se somete a los individuos a las más grandes arbitrariedades, ya que no es posible que su juicio, considerándolo sensato, sea suficiente para decidir siempre por el que tiene el derecho. El poder absoluto en sí, no es arbitrario, pues queda restringido por la finalidad que se le asigna de asegurar la propiedad; cuando no lo hace así, se le puede atacar como a cualquier transgresor. Un rey pierde su calidad de tal en cuanto trata de destruir la libertad de su pueblo, bien con necias arbitrariedades o entregándolo en manos extranjeras; actos que permiten a la sociedad vejada, librarse de ese gobierno amparándose en otros que cumplan su finalidad, a saber: resguardar la libertad de todos y cada uno de sus integrantes.

La norma: honrad al rey, quién resista su poder, resiste a la ordenación divina, ha caído estrepitosamente bajo el peso de

su extralimitación y de su poca actitud comprensiva para ceder las libertades que el pueblo pedía. La corona monárquica constituye un gran obstáculo para el vasallo, por la iniquidad que la acompaña. Si se pusieran al rey y al servidor frente a frente, el segundo estaría peor que en estado natural, porque además de tener los mismos, o mayores peligros, no se encuentra gozando de su entera libertad para defenderse, sino que tiene que respetar al que, corrompido por la adulación, tiene en la mano el poder.

En este ataque a la monarquía Locke dice:

“Al que creyere que el poder absoluto purifica la sangre de los hombres y corrige la bajeza de la naturaleza humana, le bastará leer la historia de esta edad o de otra cualquiera para convencerse de lo contrario. Quien hubiere sido insolente y dañoso en los bosques de América, no resultará probablemente mucho mejor que en un trono, donde tal vez consiguiera que el saber y la religión cuidaran de justificar todo cuanto a sus súbditos hiciera, no sin que al punto acallase la espada a quienes osaran poner en duda a aquellos dictámenes”. (42).

A mi parecer es este un párrafo de gran interés. No se ha mencionado un solo hombre pero ¿qué monarquía justifica sus actos en nombre del saber y la religión? Tal vez será una falsa interpretación, una extraordinaria coincidencia con España que había vivido asignándole a su corona un destino divino.

Por supuesto, no es la única que así lo ha hecho, pero habiendo sido tan intensas las luchas entre el poder hispano e Inglaterra, no me parece del todo desacertado que Locke, como consciente reflejo teórico de lo que su patria era, haya expresado el concepto que se formaba de su antigua y temible enemiga, máxime que el motivo religioso había sido el que había encumbrado a España cubriéndola de laureles, mientras que Inglaterra aún se debatía con sus crisis internas. “Quien hubiere sido insolente y dañoso en los bosques de América, no resultará probablemente mucho mejor en un trono”, frase clara en su expresión

pero que me ha causado cierto desconcierto ya que ignoro cuáles fueran los propósitos de Locke al elegirle. Tal vez sea un aislado ejemplo; tal vez se refiera a que quien no sabe respetar el derecho en un lugar, aún franco y susceptible para nuevas propiedades, menos se espera de él poniéndole la ocasión de derrocar todas las propiedades en su provecho. No dice un inglés, un francés, un español, un indio o un australiano, pero nos hace pensar que, de acuerdo con la opinión que los ingleses se formaban de los españoles en su labor colonizadora, como destructores y ambiciosos por definición, menos aún tendrían capacidad para entender en qué consiste la propiedad del individuo. Si en esas tierras no habían comprendido lo que era respetar la dignidad humana, era natural que se alzaran en un régimen de gobierno que sojuzga las conciencias y que destruye la individualidad. Si así lo pensara Locke, cabría preguntar, si concebía que la monarquía española conservaba su régimen por hacerse daño a ella y a su pueblo, o bien si tenía fe en su gobierno como el mejor. Como estos juicios no tienen como base más que suposiciones que aún pueden resultar anacrónicas, es más prudente resolverlos para cuando la base sea más firme.

Sin embargo Locke afirma que "los hombres son necios, que cuidan de evitar el daño que puedan causarles moscas o zorras, pero les contentan, es más, dan por conseguida seguridad, el ser devorados por leones".

Con estos argumentos tan sólidamente expresados, Locke concluye que el hombre sólo se sentirá seguro en una sociedad civil en que todos por igual estén sujetos a las leyes que se han dictado para la preservación del individuo. Una sociedad se formará por común acuerdo de sus integrantes, que convendrán el mejor sistema de gobierno que les permita una vida tranquila y segura, estableciendo como norma, el actuar conforme a la mayoría. Es esta la razón por la que, muchos pueblos siguen la monarquía creyendo es el sistema natural, ya que en las

primitivas organizaciones el primer hombre que detenta el poder es el padre. Pero esto no se debió al respeto, a la autoridad paterna, pues por lo general las primeras monarquías fueron electivas. Como una opinión personal de Locke, el mejor Estado es la monarquía constitucional representativa con separación de poderes e independencia respecto a la Iglesia.

Para mi tema, este detalle ha de tener importancia en cuanto se extienda a América, en donde el Padre Mier considera aquella, la mejor forma de gobierno.

Para formar parte de un determinado gobierno, el individuo debe someter ante todo sus propiedades a las normas que se establecen para la regulación de la de todos. Absurdo sería que gozara de las prerrogativas y sus posesiones quedaran eventales de toda norma que las limitara. Para que un hombre pueda formar una sociedad civil, necesita tener propiedad, su persona, que queda bajo el dominio de la república (entendiendo por tal, una forma de gobierno). Si su consentimiento para el ingreso hubiese sido tácito, en el momento en que se despojara de las propiedades que había disfrutado, podía formar parte de otro gobierno, adquirir una nueva propiedad en cualquier parte del mundo que hallare libre y desposeída. No así con el que da su consentimiento en un pacto firme, porque en ese caso, no puede abandonar esa sociedad, salvo su disgregación.

El medio de que el hombre dispone, para garantizar sus propiedades, es la ley; conforme a esta primera ley natural, lo primero que hay que establecer en una república es el poder legislativo, que deberá resguardar esa parte de libertad que el hombre se niega a sí mismo por su propia voluntad. Pero el que intente minar toda la libertad del individuo, el que quiera esclavizarlo, es causante él mismo de que se le declare la guerra. Refléjense estas ideas en el mundo europeo que aún vivía dentro del absolutismo, o que se acaba de despojar de él. Es la chispa que cruza todo el Continente sembrando el germen de la rebe-

lión, y favoreciendo el sentimiento adverso que ya existía contra la opresión. Las medianías ven sus anhelos expresados en aquellos que admiran; comprenden lo que en verdad desean y se convierten en fieles aliados de la ideología. A otros les molestaba el yugo, pero confiaban en que era el sistema que debía existir; viene entonces Locke a demostrar de un modo indubitable, en dónde están los derechos del hombre, los derechos de los gobernantes y sus límites. Es una tenue corriente que se va infiltrando en la tierra y que ha de madurar los frutos del liberalismo. ¿Cómo se podría haber llegado a la Revolución Francesa, a las liberalísimas Revoluciones de 1830 y 1848 si no hubieran existido antes estas potentes voces que mostraban la existencia de una vida verdaderamente humana? El libre albedrío del hombre, se convierte en el lema de su vida. Y nótese nuevamente que huelgan los nombres, empero todos los europeos ven descritos sus problemas, y la solución más adecuada. No es extraña, puesto que era el problema de una sociedad humana organizada.

Y la paciente Inglaterra sigue tejiendo sus invisibles redes que van envolviendo a Europa. Hay que ver qué es lo que piensa Locke de la conquista.

El agresor de los derechos ajenos se pone en estado de guerra. Así vengza al agredido, no puede tener derecho sobre él. Mucho se cuidaría la Isla de ser la iniciadora de estas ideas y proceder a una guerra injusta pretendiendo dominar en el extranjero. Pero Locke no temía expresar esas ideas, pues sabía que su nación había superado la era de las conquistas armadas, que violan la nacionalidad de un pueblo, hollando sus creencias y arrebatando cultos. Muy en poco apreciaría a Inglaterra; ella no se ha de levantar en pie de guerra, pues cuenta, en vez de militares, con los soldados del intelecto que usan por armas la persuasión y la enseñanza. Es ésta la conquista inglesa, la máxima que se ha logrado en la modernidad. Además de la conquista territorial busca la conquista de las creencias, de las

mentalidades; antes se plantaba la bandera triunfante en el territorio ganado por las armas. El baluarte del éxito es ahora la ideología inglesa dominando y encauzando la cultura occidental en sus más altos exponentes.

La idea de castigar al transgresor de los derechos, no admite réplica alguna, pues va conforme a las leyes que la naturaleza ha dado. Pero el inglés que dentro de su vida moderna, está el ser preventivo, no sólo castiga a los malhechores del momento, sino que extiende la sanción y el remedio para defenderse hasta el más lejano futuro. Se comprenderá con facilidad con el siguiente párrafo:

“¿Cuál es mi remedio contra un salteador que así forzare mi casa? Apelar por justicia a la ley. Pero tal vez la justicia me sea negada, o acaso yo, tullido, no pueda moverme, y robado carezca de los medios para alcanzarla. Si Dios me ha quitado toda forma de posible remedio, nada me queda sino la paciencia. Pero mi hijo cuando fuere de ello capaz, buscará recuperación por la ley que a mí me fué negada, él o su hijo renovararán su apelación hasta el recobro de su derecho”. (43).

Obstinación sería no encontrar en estas frases una expresión de la historia de Inglaterra. Es una reproducción de lo que su patria fuera en otro tiempo, soportando o eludiendo las influencias extranjeras, y esperando más tarde a que su marina y todas sus potencias se desarrollaran a fin de recobrar sus derechos, no importándole que las generaciones pasaran, pues tenía la certidumbre de que algún día podría estar sobre el enemigo que en otro tiempo la sojuzgara. De acuerdo con los hechos históricos, ha sido España su rival y ahora sometida enemiga bajo este peculiar yugo de los ingleses que imponen, también con peculiares medios.

Por lo expuesto, es fácil comprender por qué Inglaterra encarna con plenitud lo moderno, esto es el nivel histórico.

Sus principios son los que Europa necesita para cristalizar sus ideales. Por eso Inglaterra en el siglo XVIII se convierte en un ente especial, a saber en "modelo".

## SEGUNDA PARTE

Inglaterra se convierte en el modelo, ¿cómo ha pasado esto? El proceso es muy sencillo. Para que se adquiriera el carácter de modelo, se necesita que sea algo que sea "digno o ejemplar", para alguien que desee imitarlo. Además, las cualidades deben considerarse susceptibles de adaptarse al imitante que desea obtener los resultados prácticos que el modelo alcanza.

El fundamento de toda imitación —dice Edmundo O'Gorman, en una de las obras que mayor lustre darán al estudio histórico— es desear para sí, lo que es de otro, sin dejar de ser lo que se es. La estructura propia de la imitación es un "ser como". Mas tal ser como, tiene sentido cuando media un propósito utilitario. Se pugna por "ser como alguien" para beneficiar de lo que es propio a este alguien". (44).

Inglaterra triunfa en todos sentidos. Constituye algo digno, algo ejemplar para Europa, que lucha por obtener el mismo éxito. Los principios ingleses pueden aceptarse en su apariencia, apariencia que les dará el poderío deseado. He aquí los tres factores esenciales de un modelo, plenamente satisfechos por Inglaterra.

Ya en el siglo XVIII, España se da cuenta del subterfugio de interpretarse en función de su grandeza. Es entonces cuando Inglaterra adquiere el carácter de modelo para España, porque ésta la considera digna de ser imitada. Sólo hasta este momento puede surgir el proceso de la imitación. Esto lo veremos en seguida.

## CAPITULO I

### El Modelo Inglés

Hemos visto cómo Inglaterra encarna con plenitud el nivel histórico; por eso dijimos se convierte en modelo, que en cuanto tal, postula imitación. Esta imitación es general; se trata nada menos, que de la anglicización de la cultura europea. Pero aquí interesa España que es el caso extremo.

Ahora bien, es necesario explicitar todo esto, médula de nuestra tesis. Es modelo, bien ¿en qué sentido? o sea, ¿cuáles son los caracteres o rasgos envidiables que hacen de esa nación un modelo?

La moda, las costumbres, la liberalidad en el pensamiento, tanto político como religioso, la elegante indiferencia del caballero, el dominio de la emotividad, la actitud crítica razonante, el escepticismo, la cortesía, la práctica del deporte, el cuidado en la expresión, el sentido de comodidad y bienestar de esta vida, que se basa en la libertad individual y en el respeto a la ajena, las promesas alentadoras de mejorar el mañana y en una palabra, la vida inmanente captada en toda su extensión por los ingleses, es el método de vida que Europa admira, admite y convierte en propia.

La cultura occidental emprende un vertiginoso viaje, guiada por aquella Isla. Tal parece se ha apoderado de ella un irrefre-

nable anhelo de vivir al estilo inglés. ¿Qué fuerza inmensa representa este concepto de vida, que arrastra tras de sí todas las voluntades? ¿Acaso Europa ha perdido sus propias formas de vida, y son aquellas las únicas existentes? ¿Qué es en sí esa visión inglesa para los hombres que la viven? ¿Qué perspectivas presenta para su época? ¿Por qué ha conquistado al mundo? Tan sólo cuatro conceptos básicos he de emplear para comprender tan interesante situación vital por la que el mundo atraviesa. Cuatro juicios han de poner en evidencia las causas de la anglicización de la cultura, que alterna con otras tendencias, por supuesto, pero que sin duda alguna imperó sobre todas; cuatro rasgos de la vida inglesa son suficientes para poder interpretar lo más próximo a la verdad que sea posible, la situación que ocupan los países. En definitiva aclararán el diálogo inglés-español, que toca a su término, colocando a ambos pueblos en sus formas de vida propia, pero principalmente de acuerdo con esta época, que no acepta abstracciones aisladas, pondrá en evidencia la situación relacionada entre Inglaterra y España. En última instancia explicará la decadencia española.

1º Se ofrece como primer punto, el proyecto de vida que Inglaterra presenta. A un mundo regido en absoluto por cánones invariables y estáticos, por autoridades que no soportaban contradicción alguna, bajo el peso de la mancha de la culpa y de una vida ultraterrena que pedía el sacrificio de la de este momento, Inglaterra presenta una forma de vida que ha buscado sus fuentes en la vida misma. La vida vale la pena por sí sola independientemente de lo que en la eternidad logre.

Además, la existencia no se basa en un pasado estéril que encadena los instantes más grandes de realización; se vive para mañana, para alcanzar un futuro ideal de libertad, en que el hombre no sea un esclavo de sí mismo.

Existe una vida en el más allá, pero para lograrla, el hombre necesita forjarse espiritualmente; esto no puede ser bajo la

fórmula de quien no puede conocer la vida íntima de cada individuo. El espíritu es libre, y libre debe formarse. El hombre arroja lejos de sí la negra sombra de la mancha del pasado, él es por naturaleza bueno y capaz de lograr una existencia superior. Debe enaltecerse en todos sentidos. Era ésta la forma de vida que todos ansiaban, una existencia que prometía mil perspectivas a una humanidad que se había encerrado en un estrecho círculo de posibilidades que iba agotando una a una, confiando en que iba concluyendo una estructura que sería al cambio de algunos años, tal vez estática o bien regresiva. Había agotado el estudio aun de su propio ser, pero no había comprendido el sentido de su existencia que se le mostraba atrayente, plena de novedades y sugerencias. Es esta la causa por la que al entrar en contacto con los ingleses, el hombre se activa y se mueve con una actitud cambiante, ondulante, nunca estática, que es la forma de vida que Inglaterra muestra.

2º La clave por la que esta forma de vida encuentra tan amplia acogida, radica en el segundo concepto explicativo del problema; en el fondo está la tolerancia, en todas las fases políticas, religiosas, sociales, económicas. Significa la coronación de la obra inglesa y el máximo valor que ha permitido su dominio en otras conciencias. La tolerancia unida a la libertad constituyen el núcleo y la fuente de todas las creaciones inglesas, el móvil de las actividades y la esencia misma de sus proposiciones. Su mayor mérito es haber construido un mundo plástico, que se va adaptando a los ideales de todos y a cada uno de los nacionalismos. El francés, el alemán, se encuentran a sus anchas en tan amplios principios, de tal manera, que siempre suministran la solución debida al problema que se plantea. Y no es para menos, tratándose de fórmulas que se apartan de burdos particularismos, de tendencias que abarcan parciales y localísimos problemas. Y es que es ésta, su fuerza y el secreto de su conquista. Milton proclama las libertades británicas, pero

no como tales, sino como principios que corresponden a todos los hombres que los merecen desde el momento en que nacen, importa la clase social de que procedan, ni el país a que pertenezcan. Son atributos de la humanidad. El que todo mundo hable de principios políticos, significa ante todo que el hombre ha operado una radical transformación en su vida, que ha cambiado el mundo de sus valores y apreciaciones; antes enfocaba su atención a la religión, ahora la desplaza a la política y le da a su vida un carácter por esencia político. Es una muestra tan sólo de que el hombre sólo puede abarcar globalmente un aspecto, y cuando se dirige a otro, tiene que abandonar el que antes constituía su vida. Es la vida moderna, una vida arreglada y enfáticamente política, que tal vez constituya una silenciosa solución a las pugnas que antes se provocaran; los intereses tan encontrados entre el protestantismo y el catolicismo, en un mundo abrazo se ignoran, comprendiendo lo inútil de las polémicas, bien porque en ambos partidos sean por esencias sinceras en sus convicciones, bien porque, cansados de un tema que los agota, al que no ven fin alguno y dominados por el humanesimo en boga y la tolerancia reinante, encauzan sus preocupaciones a interrogantes de más actualidad e importancia vital.

3º Un tercer concepto nos ha de dar una razón más para comprender el proceso a través del cual el mundo ha adoptado las fórmulas británicas. Sin dejar lugar a duda, uno de los factores que más decidida influencia tuvo, fué que los ingleses, no popularizaban teorías creadas entre polvosos libros, sino que mostraban su valor con la eficacia de ellas, es decir, con el éxito que obtenían. Era palpable y a todas luces evidente, que Inglaterra ocupaba una situación de privilegio en todos los aspectos de su vida, en el comercio, en la industria, en la marina, en sus creaciones intelectuales, en sus producciones de todos los órdenes. Todo gracias a mecanismos, a sistemas, a métodos perfectamente coordinados que no ocultaban sus formas, sino

por el contrario actuaban ante los mil espectadores que deseaban presenciar su desenvolvimiento. Inglaterra se encuentra en la cumbre, gracias a esos métodos tan claros y sencillos, entonces basta imitarlos a fin de prosperar y alcanzar el nivel de vida, demasiado elevado para quien no comprende estas verdades. Creo se ha encontrado un nuevo punto de vista para definir al hombre moderno; aprecia la bondad de un principio por el éxito que obtiene, por los resultados a los que llega, por los bienes que le suministra. Es un desinterés absoluto por las esencias; qué importa la integración de ellas, si la conclusión es buena. Si Inglaterra ha progresado y triunfado con su industria, hay que industrializarse; si sus hombres de ciencia han podido dominar a la naturaleza con sus principios, lo indicado es acudir a sus universidades, convertirlos en maestros. Se presenta un gobierno parlamentario, una constitución, que limita las arbitrariedades y da a los gobernados un régimen justo y humano, entonces, es indispensable crear una constitución cuyas leyes sean una seguridad para el libre albedrío y el bienestar de las masas. El sistema económico inglés beneficia a todos. Se sintetiza en la inversión, en la especulación, en el movimiento continuo, símbolo del modernismo. El dinero alcanza prosperidad inigualable, porque se ha convertido en un bien apreciable en el tiempo y en el espacio, que acompaña al hombre en su constante moverse, y por ende, es como todo lo moderno, adaptable y pródigo en actitudes. Poseyendo este secreto, el europeo continental rechaza sus inmóviles propiedades, para convertirlas en dinero, o bien las utiliza para constantes cambios que le producen más riquezas. En forma paulatina se va conformando el mundo inmanente de los negocios. En el mismo tono se podría continuar en una larga serie en la que se vería, como en los sencillos ejemplos que he expuesto, la razón principal por la que Inglaterra ha extendido su dominio en tan vastas extensiones, se debe en primer lugar, al éxito que ha logrado ella misma al estruc-

turarse de un modo peculiar, abandonando todo incentivo extraño.

4.º Como último punto, complemento de los anteriores, como lo son todos entre sí, está la formidable causa por la que el mundo va siguiendo las huellas de la Gran Bretaña, tal si ésta poseyera una fuerza magnética incontrarrestable. Y lo que más extrañeza puede causar, es que este dominio pleno, se realiza en la etapa histórica que vive bajo el estandarte del nacionalismo. Los pueblos son capaces de los más heroicos sacrificios a fin de mantener incólume su fuerza nacional. En este ambiente y ante estas convicciones, los ingleses alcanzan una de las más grandes, o tal vez la mayor de las hegemonías, al menos de acuerdo con los nuevos conceptos de las épocas actuales que conocen, a más de la conquista de las armas, la ideológica que es más profunda y trascendente. Esta atracción se explica porque el proyecto de vida que representa Inglaterra es un proyecto universalista. no porque hayan superado la ética de la humanidad, tampoco es una obra ignorada por sus autores, sino pertenece a lo más refinado de la política inglesa. Como en otra ocasión dije, reconoce la fuerza nacionalista y la respeta, con lo que los pueblos, confiados, entregan su conciencia a los cánones "universalistas" en apariencia, pero en el fondo cabalmente ingleses.

Cobran todo su sentido las frases que anticipara anteriormente: España adopta una postura universalista, pero española; Inglaterra adopta una postura inglesa, pero universalista. España es universalista pero ante todo es española. Ofrece al mundo un programa viejo que no promete éxito alguno. Es un proyecto poco atractivo; no vale la pena seguirlo, máxime si al lado del universalismo está el nacionalismo, la ambición hispánica por hacer suyo al mundo.

La época exige claridad, exactitud, principios científicos y prácticos. España vive en un concepto de atraso, de superstición, de falsa superioridad. La "Leyenda Negra" auspiciada por esta

opinión, se ocupa de minar el último valor que conserva España: su glorioso pasado:

En tanto, Inglaterra es universalista, pero inglesa. ¿Cuál es el secreto de esta paradoja? La respuesta la da la "Pérdida Albión", pues el carácter inglés lo oculta con suma habilidad y ofrece un proyecto universalista, atractivo, ya que representa la última novedad, el nivel de los tiempos. En todos los órdenes, lo nuevo atrae al hombre, las perspectivas desconocidas, el no saber qué va a ser el mañana. El éxito y la derrota, en alternativa siempre, hacen comprender al hombre algo de la profunda misteriosidad que es la vida.

Inglaterra simboliza además el éxito material, el prestigio; es, en una palabra, un valor positivo. Con estas armas lleva a cabo la conquista ideológica del mundo.

## CAPITULO II

### La Imitación

Se recordará lo que se anunció acerca del sentido y significado de toda imitación. En nuestro caso, este proceso que acontece en el siglo XVIII tiene dos tiempos:

1º Denuncia el subterfugio de interpretación que España hace de sí misma en función de su grandeza, o sea el subterfugio que "no deja ver el nivel histórico".

En el momento en que se ve la trampa, surge Inglaterra como modelo, con los rasgos que ya vimos, garantizados ante todo, por el éxito. Se dispara el proceso de imitación.

2º Comprende España su realidad histórica. Su vida es un imitar, o sea "un ser como".

Vamos a ver con admirable precisión éstas dos etapas en la obra de Feijoo. Su Teatro Crítico es en efecto denuncia de errores comunes y propuesta de modelos para salvar a España. Es la situación histórica de Carlos III, de la expulsión de los jesuitas, de las Cortes de Cádiz, que toma expresión teórica en el padre benedictino.

El documento más ilustre que da testimonio de aceptación de la propia decadencia y de los principios ingleses, los constituye la obra del P. Fray Benito Gerónimo Feijoo, que describe cuál era la vida de España en pleno siglo XVIII. A pesar de que

en un tiempo fué desvirtuada su obra, hoy en día se le aprecia en todo su valor. En el particular, representa la fuente de más crédito; es él, el autor que sabe comprender la tragedia de su país y que pretende remediarla, pero la causa de más peso por la que lo he elegido, es porque en él se precisa un movimiento paulatino a través de largos años; representa la cristalización de esta nueva verdad que los españoles se negaban a aceptar, pero que al fin no tuvieron otra alternativa. Feijoo se impone la tarea de sacar de la ignorancia y la postración a su pueblo, demostrándole el bien que en el exterior existe. Y este sentido es en tal modo cierto, que juicios de sus compatriotas lo consideran bienhechor de la humanidad, antes que crítico y erudito. No se desconocen las vías que empleó; Vicente de la Fuente, afirma que correspondiéndole vivir en una época de decadencia y mal gusto, trató de elevarse de sus contemporáneos y fué uno de los que más contribuyeron a sacar a España de la postración en que yacía, pues cimentó el estudio y la crítica severa razonada, y facilitó el conocer la literatura extranjera. Sabe el benedictino que ha de chocar contra las verdades tradicionales y también conoce que por ello ha de ser objeto de las más duras críticas. No obstante, inicia su labor literaria después de largos años de consagrarse al magisterio, con el designio de impugnar errores comunes, es decir, de destruir las opiniones que tiene por falsas, que influyen en la vida de sus compatriotas, y que son los que generalmente aceptan y difunden los literatos de su época, colaborando a que los prejuicios aumenten. Desengañado el público puede ser universal el provecho. Nótese que Feijoo es universalista en sus proyectos; magníficos antecedentes, en tan sólo la introducción de la obra que he de estudiar.

Feijoo reflexiona con intensidad sobre la capacidad intelectual de sus compatriotas, arguyendo que se ve ensombrecida por un velo de errores comunes que oculta las verdades a pesar de que ellas se encuentran próximas. Pero existe una luz clara

que puede romper esas tinieblas, esa luz la proyecta el padre benedictino ocupándose aun de problemas que por su nimiedad parecería absurdo fueran tratados por él; no obstante, tienen un hondo sentido, porque destruyendo falsos prejuicios de duendes, brujas, hechicerías, milagros, el intelecto español está en disponibilidad para adoptar una forma de vida alejada del error.

El pueblo español está impregnado de nacionalismo. En su fase positiva se eleva a las más grandes categorías, pero en el negativo es despreciado. Aquellos que no han visto más horizontes que el español, los que no han laborado otra tierra que la hispánica, o los que sólo han bebido en la fuente cultural castellana, no conciben que fuera de esto, exista algo que lo supere; abominan lo extranjero por tal, lo consideran inútil o peligroso. En el fondo, no existe más que una mal ocultada envidia y una ignorancia que se encubre en un absurdo nacionalismo, delictuosa pasión que dista mucho del amor puro, noble y desinteresado que se supone es el amor a la patria. Esa aversión a abandonar el lugar en que se nace, no es más que propia conveniencia material, si se cuenta con hoyantes medios de subsistencia o tan sólo imaginativa, considerando la tierra de origen como la más ventajosa región del mundo. Así la pasión nacional, dice Feijoo, es hija legítima de la vanidad y la emulación. De la primera por que el auge del país, comunica al individuo aplausos que recibe; de emulación, porque en la superación sobre las demás naciones, puede estar el abatimiento de éstas. Y no es éste todo el mal. El nacionalismo, fórmulase de él el juicio que se quiera, unifica a los pueblos, posibilitándolos para cualquier defensa, pero hay en España una intensa corriente de paisanismo y fragmenta la unidad que debería permanecer incólume; una inútil predilección por la provincia, por el particularismo, que sólo conduce a la derrota. La exquisita sensibilidad del monje, se ha desenvuelto en toda su plenitud al captar, en el momento en que un proceso apenas se iniciaba, lo que hoy en día los con-

temporáneos lamentan como un síntoma de decadencia. Esta fragmentación española es una de las más poderosas causas del hundimiento de España; así lo formula Ortega y Gasset y así lo formuló Feijoo con su estupenda habilidad para comprender su época en el momento en que la vivía, sin precisar un alejamiento cronológico para abarcar las últimas consecuencias.

Este aspecto de la personalidad nacional hispánica, es la que Feijoo ataca en forma reiterada por considerarla una cadena que impide a los hombres conocer otros mundos. Tampoco la otra frase se ve libre de su aguda crítica; ésta abarca a los que han viajado, o tienen conocimiento del extranjero y que enceguecidos por las fascinantes posibilidades que ofrecen admiran lo de otras naciones, desdiciendo la propia. Alteran desde su constitución física a fin de adoptar sus modales; caminan, se sientan, hacen la corte como aquellos y siempre pugnan por desnaturalizarse, lo cual sería benéfico, dice Feijoo, a fin de que de España se descartaran estas figuras antinacionales.

¿Qué resta entonces del nacionalismo español? Todo y nada. Es decir, que Feijoo realiza ante todo, un equilibrio en todas sus posturas; a las dos fases de la nacionalidad les destruye lo que va en contra de los intereses de España. Así lo demuestra en varias ocasiones en su Teatro Crítico, en que trata de divulgar los conocimientos del exterior, a fin de sacar de la ignorancia a España. y por otra parte diverge de los apasionados por el extranjero. fortaleciendo lo español. Feijoo estaba en la necesidad de contemporizar el ambiente español con el de las demás naciones; es por esto que en su actitud siempre demuestra mesura para conservarse en lo suyo y audacia para proponer normas nuevas que beneficien a su pueblo. Plenamente moderno, aconseja la senda de la razón para discernir una postura firme y equilibrada. No es ésta la única causa por la que se le asigne como hombre del momento, por su método, prevención, observación y sus conclusiones experimentales, merece tal título, pero principal-

mente por un principio que inspira toda su obra: la conveniencia, o sea que el utilitarismo ha invadido una de las mentes privilegiadas de España, que, como se ha dicho, condensa el pensar y el sentir de su época; época que ya juzga por el éxito de las empresas, por lo que en ellas se puede obtener. En su ensayo sobre "La política más fina", afirma "el término a donde los hombres caminan, es la conveniencia que pretenden". (16). Así ofrece al pueblo español una de sus aportaciones para prepararlo a las innovaciones. Y antes de pasar adelante he de llamar la atención sobre una peculiar postura. Por lo general, Feijoo confiesa la influencia extranjera predominando la francesa; pero sus principios son ingleses. ¿Por qué? sencillamente porque las normas inglesas que ha hecho suyas, no las ha aceptado como tales, sino como normas universales que los hombres han creado para bien de todo el imperio humano. Reiteradamente nombra a franceses e italianos, y con la misma frecuencia enuncia lo plenamente inglés como puede verse con el utilitarismo, que no lleva este nombre, sino el de conveniencia propia, que no es otra cosa. No encuentra dificultad para aceptar tal postura, ya que está enlazada con la virtud. "La política más fina y más segura, aún para lograr las conveniencias de esta vida, es la que estriba en justicia y verdad", dice Feijoo, y nos indica en primer término la prevención que ya también lo domina, la política más fina, pero además la más segura, y en segundo lugar el ya citado interés en el bienestar de cada individuo. Para mí, la dominación inglesa, es en este aspecto feijoniano, más clara que en cualquier otro, inclusive cuando menciona al gran canciller Bacon, o al ingenio común de todos los ingleses, pues estas citas podrían pasar por superficiales; no así la conquista interna de las convicciones. Y continuemos escuchándolo: "¿Con qué artes políticas, con qué tramas ingeniosas se hicieron estos milagros? No hubo más arte que una vigilancia infatigable en el gobierno, un celo fervoroso del bien público y una justicia y una

rectitud inalterable". (47). Este párrafo podría completarse con el siguiente: "entendieron los hombres necesario exminar más cuidadosamente los orígenes y derechos del gobierno y descubrir medios que redujeran las exorbitancias y evitaran los abusos de aquel tal poder, que por ellos confiado a mano ajena sólo para el bien común, resultara empleado. no para el bien, sin) para el daño". (48). La congruencia entre sendos párrafos no puede ponerse a duda; la única salvedad que me parece necesario hacer notar, es que mientras el primero pertenece a Feijoo, el segundo se debe a la pluma de Locke. Si el polígrafo español se inspiró directamente en el autor inglés, lo ignoro, aunque no me parece necesario que haya sucedido así. Los principios de Locke son fundamento de toda sociedad humana organizada; él los expresó en las letras que se dieron a conocer a todo el mundo como universales, trascendiendo en los intelectuales que encontraron en ellos la enunciación de su propia y local realidad histórica. Es en esta forma, mediata o inmediata, que Feijoo los hace formar parte de su sistema, haciendo caso omiso de si son ingleses o no. Y el párrafo elegido para completar el pensamiento no es incongruente, en tanto que expresa la finalidad que todo gobierno debe tener: el bien común que es lo que el benedictino afirma, y además rechaza las arbitrariedades a que dicho gobierno puede llegar, que es el ataque que Feijoo hace en otra ocasión, a la desmedida ambición imperial que desoye las peticiones de los suyos, por implantar el dominio territorial en que se podrán obtener todos los lauros que se quiera, menos el de los gobernados que se sentirán defraudados en sus derechos. Por otra parte, el poder absoluto debe tener restricciones de acuerdo con los resultados que se puedan obtener, pues de lo contrario es fiero, cruel, inhumano, bárbaro. Si no, recuérdese el sumiso Medinasidonia, que por obedecer una orden real fracasó en una campaña decisiva para España, considerada como el castigo justo para la hereje Inglaterra.

La monarquía, gobierno por excelencia para los españoles, es en Feijoo un sistema que ante todo debe respetar la igualdad de los individuos. "Un hombre sólo —afirma—, despojó a los demás de su libertad, haciendo sujetos, a los que habían nacido iguales". (49). Esta idea la encuentra expresada en los ensayos de Locke, en el titulado "Del Estado de Naturaleza". "Para entender rectamente el poder político y derivado de su origen, debemos considerar en qué estado se hallan naturalmente los hombres todos, que no es otro que el de perfecta libertad para ordenar sus acciones y disponer de sus personas y bienes, como lo tuvieren a bien dentro de los límites de la ley natural, sin pedir permiso o depender de la voluntad de otro hombre alguno". (50).

Y estas compaginaciones que son ejemplo elegidos al azar, constituyen pruebas perceptibles en los pensamientos de dos pensadores. Se apoyan en el ser de una época y de dos pueblos, el de España siguiendo la sombra de Inglaterra. Representan la decadencia y la excelsitud respectivamente.

En la misma forma que la conveniencia individual es un concepto dominante en las obras de Feijoo, la novedad constituye en ellas una verdad común en todos y para todos los temas. Busca el padre español que prevalezca y medre en España a pesar de la fuerte oposición con que choca. Entre sus más grandes enemigos están los profesores ancianos que se resisten obsecadamente a divorciarse de las doctrinas en que se han formado; cuando dichas teorías están de acuerdo con la opinión, o sea cuando estuvieran al nivel del tiempo, no hay nada que objetar, pero en el caso contrario, es necesario buscar un equilibrio manteniéndose, si se quiere, la posesión de la antigua doctrina y tomando lo útil que la novedad presenta. Es ésta la fórmula que obtiene Feijoo en su esfuerzo por indentificar dos mundos distintos en una forma de vida suigeneris que debe corresponder a las características de ambos; por un lado es el español que ama y

respeto a su nación, pero por otro, comprende que necesita recurrir a las normas extranjeras para alcanzar el éxito que con ellas han obtenido otros países, sacando a los españoles de la ignorancia y el retraso en que se encuentran. Rechazar las doctrinas recientes por su calidad de nuevas, significa manchar a todas las doctrinas que en algún momento tuvieron que ser fatalmente novedad.

Huyendo de los extremos que estorban el hallazgo de la verdad, declara que no se debe tener parcialidad por uno u otro siglo, sino aprovechar lo que de valioso tiene cada uno. Encuentra que mientras en las naciones extranjeras se inclinaron hacia las doctrinas nuevas, en España se confía en las antiguas. Me parece esto naturalísimo, ya que Inglaterra y otras naciones se están integrando en la novedad de sus doctrinas; su pasado es tan sólo una base; por el contrario, las españolas hallan su estructuración en el pasado, y es el momento una simple sombra de aquella.

Encuentro que la novedad atrae de un modo irresistible a Feijoo en todos los aspectos, a excepción del religioso en que conserva el tradicionalismo contra cualquier intento de modernismo. "Para los templos no se hicieron las modas, arguye, el oficio divino no admite mudanza de moda ni vestiduras ni ritos, menos aún de música. El canto gregoriano de sonidos graves y profundos, induce al creyente a la meditación, en tanto que los que hoy en día se emplean le recuerdan el anterior sarao, o la pareja de baile, alejándolo de la Divinidad". (51). El caso es que esta mudanza de modas tiene en el fondo cierto veneno, afirma el benedictino, poniendo en juego una vez más su admirable sensibilidad que capta los más complejos problemas de su tiempo. Tal vez sin advertir la profundidad de su frase, ha enunciado la terrible verdad que representaba para los españoles esa aceptación de novedades que llevan implícito el dominio inglés sobre las más mínimas relaciones vitales hispánicas. Y

advierte que no es un proceso sencillo de imposición, sino que encuentra en el fondo cierto veneno; se da cuenta que es en lo profundo en donde existe el peligro, en donde no es muy arriesgado afirmar que ve la hegemonía británica, ya que en la superficie sólo encuentra términos que hablan de universalismo, de un imperio humano, etc. A mí me parece es ésta la más concreta manifestación de lo que es la "Pérfida Albión". No podemos encontrar documentos que hagan una especial referencia y aún dudo que se encuentre una expresión más cabal de lo que es en esencia la perfidia. Feijoo ha puesto en tela de juicio esas novedades y ya es suficiente el quebrantamiento de la fe que ha puesto en ellas, pues adivina el peligro que resultan. Y es en Feijoo donde tiene sentido documentar esta idea, porque representa el afán de innovación que existe en España; y no en otros muchos hombres que rechazan como peligroso todo lo que de novedad hable. Contra estos tímidos o cobardes intelectuales, el monje inicia un ataque haciéndoles ver que hay que defenderse en contra de las novedades que pretendan inmiscuirse en las doctrinas de las ciencias sagradas, pero rechazar cuanto aparece nuevo acerca del círculo de la naturaleza, es mostrar obstinada ignorancia. Siempre refiriéndose a los dos extremos que considera viciosos, dice Feijoo: "Los filósofos antiguos y modernos se distinguen lo que los genios tímidos y los temerarios. Aquellos nada emprendieron, éstos se arrojaron demasiado. Aquellos metidos siempre debajo del techo de razones comunes, ni un paso dieron hacia el examen de las cosas sensibles; éstos con nimia arrogancia presumieron arrancar todos sus misterios a la naturaleza. Aquellos no se movieron; éstos se precipitaron". (52). De este modo, reconociendo que en los dos aspectos hay falta de cautela, Feijoo se coloca siempre en una postura intermedia. Sin embargo, es notorio su rechazo del pasado, en especial aquello que constituye un oráculo para su pueblo, por el sólo hecho de haber sido de sus antecesores, considerando que es una impiedad

el no creerlo. "¡Qué quimeras, qué extravagancias no se conservan en los pueblos, a la sombra del vano, pero ostentoso título de la tradición". (53). Va también contra la cantinela de los viejos que alaban siempre el pasado considerándolo superior al presente. Para Feijoo no existe decrepitud en el género humano en ningún orden. La cultura y la prosperidad corresponden a cada pueblo en determinado momento. Mientras no es su turno, se le considera como bárbaro y rudo. España ya ha pasado la época de gloria, y en espera de que termine el lapso de decadencia a fin de no seguir cayendo, aconseja Feijoo se imite al extranjero que está en pleno apogeo, o sea a Inglaterra.

Ya no en relación al exterior, que simboliza en estos momentos el modernismo, sino en las cuestiones particularísimas de España, Feijoo continúa oscilante entre las teorías extremistas, cayendo en alguna ocasión en leves contradicciones que se explican si se toma en cuenta el loable fin que Feijoo se ha propuesto, que como ya he enunciado, es redimir a España. Con gran brío declara que abomina de la nobleza, que por heredar viejos pergaminos, cree encarnar un grupo privilegiado. En contraste señala las miserias del pueblo, pugna porque se mejore la situación del agricultor. Pero en renglones posteriores envuelve este pensamiento en la conveniencia que hay en poner a los nobles en los puestos públicos, en las altas dignidades, ya que la virtud la llevan desde la cuna, en tanto que la de los humildes puede trocarse en ambiciones, una vez que vean próxima la riqueza. Trae a cuenta una frase de Salomón, que dice que la bendición del Señor hace a los hombres ricos. De suerte que la riqueza es don de Dios y constituye dignos de honor a los que la gozan. La sana intención del autor, lo libra de estos pequeños obstáculos que son en España piedras comunes del camino, con las que todo peatón tropieza.

Pero falta al tema de la nobleza el matiz del modernismo. Se lo da respondiendo a los hidalgos pobres que se quejan de que

más se estima el dinero que la hidalguía, artibuyéndolo a que la corrupción de los tiempos ha cambiado la apreciación de los valores. Feijoo afirma que ya la nobleza no es cualidad activa, sino el dinero; es éste el único instrumento eficaz para beneficiar o dañar. El oro, dice él, es el ídolo de los ricos y los ricos son los ídolos de los pobres, quedando en última instancia el dinero como árbitro del mundo de la modernidad.

La admiración hacia Inglaterra se hace manifiesta a lo largo de la obra feijoniana. Mas no sólo se puede deducir su influencia porque existan sus principios, sino hay referencias que declaran a la Gran Bretaña como la nación de más ingenio, a sus hombres Bacon, Boyle, Newton, Locke, como los más insignes en cualquier rama del conocimiento, y a la Sociedad Regia de Londres, como la institución más grande del orbe, al lado de la Academia Real de las Ciencias de París.

A no dudar, Bacon constituye para Feijoo el héroe de la modernidad. En los temas que se podrían suponer ajenos a sus producciones, el padre español encuentra en el pensamiento inglés la conclusión que precisa para cerrar toda discusión o para resolver cualquier problema.

Un número infinito de inconvenientes surgieron contra el anglicista de España, con singularidad sobre el Gran Canciller. La tolerancia del beneditino no podía ignorar estos injustos ataques. El motivo de disgusto es Raimundo Lulio. Aclara en primer término que si él emplea contra éste las ideas de Bacon es porque siente que tiene autoridad para hacerlo, no importándole que sea hereje, pues no lo cita en relación a temas religiosos. El nombre odioso de hereje, dice, es un amedrentador que utilizan para impresionar a los simples. Las citas de estos hombres no les incomodan por herejes, sino porque se reconocen incapaces para llegar a producir algo semejante, o tan sólo para comprenderlos. Argumenta además que los hombres de valer en España no temen que los contamine la herejía, y aceptan agra-

decidos sus enseñanzas. Baste como digno ejemplo Benedicto XIV. Y que los que conocen de comprensión, comparen su autoridad con la del Santo Tribunal de España que ha afirmado que suele Dios comunicar dones y excelencias pertenecientes a las facultades naturales, aún a los que están fuera de su iglesia, aunque para servicio de ella misma. Lo bueno se puede apreciar en cualquier parte. Los hombres por ser herejes no dejan de ser hombres. Ahora bien, la excelcitud de Bacon, hace que a estos insultos él responda tratando a los católicos con muestras de admiración. Pero considero todas las frases inexpressivas al lado del violento párrafo que dedica a la defensa de Verulam: "Yo, pues, he elogiado por filósofo y como filósofo a Bacon. ¿Qué hay en esto contra la Santa Madre Iglesia? La filosofía natural ni aun la moral está ni estuvo nunca estancada en la verdadera religión. ¿Está tan identificada en un hereje la herejía con la filosofía, que no se pueda elogiar ésta y abominar aquélla? Eso parece quieren dar a entender los apologistas; ¿por qué si no a que recalarse tanto en la herejía de Bacon, que nunca le nombran sin elevarle el execrable epíteto de hereje? No basta decirlo una vez. Aun eso sobraba porque para la cuestión en que estamos, nada hace al caso la herejía. ¿No es aquí visible la afectación? Y ya que en otras partes le plantan este pegote, ¿no se pudo ni aún debió excusar cuando sólo le nombran como objeto de mi afición? Sin duda, porque el conjunto de voces: el Adonis del padre maestro, el hereje Bacon, a cualquiera escolástico da a entender que la herejía entra a la parte del objeto terminativo, ya que no motivo del amor. Bien claro tenían los apologistas en varias partes de mis escritos. Basta por ahora recordarles que en el segundo tomo de mi Teatro, después de elogiar la agudeza filosófica de Bacon, Boyle y Newton, todos tres ingleses y todos tres herejes y consiguientemente a esto la sagacidad anglicana en general para las cosas físicas, concluyo con esta exclamación: ¡Oh desdicha! Que tenga la herejía sepultadas tan bellas luces

en tan tristes sombras". (54). Mucho ha dejado Feijoo de sí mismo en estos renglones. Los he elegido porque nada podía expresar mejor su sentir respecto a los ingleses. Al lado de la admiración ilimitada que les profesa, manifiesta en él la moderación de juicio ante la presencia de la herejía. Para el XVI, herejía era sinónimo de barbarie. Más comprensivo en el XVIII, Feijoo la considera como una mancha, pero que no impide que Inglaterra sea ejemplo y luminaria del mundo. Y a la par que reconoce sus inmensas glorias, se lamenta de la fatalidad que ha perseguido a los españoles, durante los siglos XVII y el XVIII en que se han visto en el más triste atraso. Por supuesto que pretende justificar lo que todo mundo conoce como ignorancia, y destruir el mal concepto en que todas las naciones tienen a España. Sabe además qué es lo que hay que justificar; en primer término, reconoce que lo que hay de Física y Matemáticas en su país, proviene del extranjero y que si los suyos no han brillado en ellas, es porque no las han estudiado dedicados a otras materias, v. g., la Teología.

Si se tacha a España de que no cuenta con inventos modernos, el benedictino responde que los inventos son hijos del acaso, y no del ingenio, así que sólo los extranjeros son más afortunados que los españoles.

Por último, Feijoo se vale del medio que permite, más que ningún otro, ocultar las deficiencias del pueblo español: referir de nueva cuenta su feliz pasado. En "Glorias de España", se propone mostrar a los españoles el mérito de sus progenitores a fin de inducirlos a la imitación de lo propio. Los hace ver además que gozan del mismo ambiente físico que sus antecesores; de modo que deben poseer la misma habilidad e iguales fuerzas; acaso superiores a las de otras naciones, pero mientras ellas prosperan porque las saben utilizar, los españoles fracasan por no utilizar sus naturales facultades. Las consecuencias han sido que se modele el juicio sobre los españoles en igualdad de cir-

cunstancias que el de sus vecinos de Africa. No hay justicia en ello, y siendo un error común, Feijoo trata de destruirlo.

En cuanto un español refiere las aventuras españolas del XVI, aunque se encuentre muy distante de ellas, vive el momento con la misma intensidad de quienes las realizaron. Feijoo cree firmemente en el destino divino de su pueblo. Ve en la conquista de América una bienaventurada disposición de la Providencia que rehabilita al mundo católico de las pérdidas que ha sufrido en Europa ante el formidable golpe de los heresiarcas. En tanto que en la mayoría de las naciones se veían discurrir mil furias que aniquilaban el poder de la Iglesia, en España se entregaba la vida por defenderla; en aquellas se incendiaban templos y se destruían imágenes y los españoles erigían templos, levantando altares y cruces en el Nuevo Mundo.

No podían los extranjeros sufrir el brillo de tan grande gloria, dice Feijoo, queriendo oscurecerla, pintan con los más negros colores los desórdenes que los nuestros cometieron en aquellas conquistas. Así se inicia en la destrucción de la "Leyenda Negra", aunque se vale de argumentos que a mi parecer son absurdos en pleno XVIII. Habla de los indios como de "unos hombres que apenas creían ser de la naturaleza humana, viéndoles en las acciones tan brutos... ¿Qué humanidad, qué clemencia, qué moderación merecían a unos extranjeros, cuando ellos desnudos de toda humanidad incesantemente se estaban devorando unos a otros?". (55). Estos juicios, demasiado temerarios y otros más, desfilan en la réplica feijoniana contra la "Leyenda Negra". Más adelante continuando con el mismo tono de triunfador, interrumpe la relación en el momento en que el mérito se opaca. Por supuesto declara que ha determinado concluir su discurso en este punto, porque los dos últimos siglos, llenos de acciones ilustres de los españoles, como los antecedentes, están tan próximos que todo mundo los conoce. Creo que se trata de no interrumpir el tono con que se inició, ya que hablar

de los siglos XVII y XVIII implica hablar de la decadencia y ésta no era la finalidad inmediata de Feijoo. Sincero por excelencia, comprende que no puede continuar en el mundo irreal y vano que se sostenía en la interpretación de su pasado.

Así continúa sin levantar la voz muy alta en pequeñas justificaciones. Pero la convicción que tiene Feijoo de la decadencia del pueblo español, su honradez y sentido de la modernidad, lo conducen a enumerar las que él considera causas de la decadencia de España. Hélas aquí en síntesis:

1<sup>ª</sup> El limitado alcance de algunos profesores que están destinados a saber siempre poco, porque consideran que lo que poseen es un filón inagotable de conocimientos, siendo que su entendimiento sólo está un poco ornamentado con principios de lógica y metafísica.

2<sup>ª</sup> El rechazo a toda novedad. En otra ocasión cité el por qué de ésta negativa a lo nuevo.

3<sup>ª</sup> La falsa consideración de que las conclusiones a que han llegado los extranjeros son ciertas, por inútiles. Tal parece que pudiera existir una verdad inútil al conocimiento. Todas las verdades sacian el natural apetito de saber que ha sido dado por Dios. Entonces, pensar que la verdad es inútil, es injuriar a la Creación. Por otra parte, ¿qué será más inútil, buscar el secreto de la Naturaleza en abstracciones lógicas, en ficciones del humano entendimiento, o en la Naturaleza misma?

4<sup>ª</sup> La errónea identificación de la filosofía moderna con la cartesiana y la abominación de ésta. La filosofía de Descartes es moderna, pero no toda filosofía nueva es la cartesiana. Existen infinitud de sistemas; todos padecen de gravísimas objeciones. No se pretende que los españoles adopten alguno. Sólo se quiere, que no cierren los ojos a la física experimental, que llega a las causas de todo lo sensible. Esta es la física que reina en las naciones.

En esta cuarta causa, encuentro una vez más la aceptación de Feijoo y los españoles de los principios ingleses, sin percibir que se trata de cualquier otro país, en especial de Francia, y se aprestan a la defensa de su integridad. Puede ser ésta la razón por la que rechazan el cartesianismo, ya que ven la sombra del francés, en tanto que la Física Experimental es un bien universal que no oculta particularismos nacionalistas.

5ª Un celo piadoso, pero mal fundado, de que las doctrinas nuevas traigan algún perjuicio a la religión. Es fácil evitar el peligro. Ante las verdades reveladas no hay más que doblar la rodilla con veneración. Ante las producciones del discurso humano, razonar.

6ª La emulación ya personal, ya nacional, ya fraccionaria que obliga a los españoles a rechazar toda novedad, temerosos de que la comparación manifieste sus tristes producciones.

Concluyendo: estas seis causas encierran un principio fundamental. La razón de la decadencia española, es que no se encuentra al nivel de los países modernos. Y no es un juicio de los contemporáneos, sino de Feijoo que vivió con plenitud su época. Comprende que España ha caído ¿de qué? De estar al nivel de los tiempos o sea de la nueva concepción vital que Inglaterra ha dado al mundo. España desconfia de su mundo, de los misterios que le preceden, pues se da cuenta que ha sido un auto-engañío. La verdad del momento está en la vida de adaptación de los principios ingleses.

En un solo proceso se han cristalizado la decadencia y la conquista inglesa de España. Es la culminación del diálogo español-inglés. Un estrecho abrazo de la triunfadora, hace gemir a la vencida en la más honda de las conquistas que la historia de la humanidad ha registrado.

### CAPITULO III

#### La Conquista por Dentro

La victoria de los principios liberales en España y con ellos el pragmatismo, el industrialismo y todos los conceptos de vida que los ingleses imponían, representa para España un paso más en su evolución histórica, tal vez el que mayores penalidades dió al pueblo. El rechazar las tradiciones, la religión, sus formas de gobierno, transformar su vida, era para los españoles un amargo trance. Pero la convicción de la derrota se fué apoderando de todas las conciencias. Múltiples y vanos fueron los esfuerzos que realizaron por encontrarse a sí mismos. Sabían que el fracaso era individual y nacional; y más por defender el primer aspecto que el segundo, se arrojan a las soluciones en que fácilmente bogan los ingleses. Con este paso inician su tragedia: la decadencia; visible primero para Europa que para España, se apodera como una verdad indiscutible de todos los españoles. Se reconocen como un pueblo atrasado que no sabe vivir el momento, que no está al nivel de los tiempos. España poseía la amplitud de lo pretérito. Inglaterra preparaba la amplitud de un futuro digno de vivirse. El mundo hispánico reconoció problemas cuya solución no estaba en la política colonial, tampoco en la monarquía ni en la Iglesia. Estaba descentrada del mundo del momento. No le es posible seguir el ritmo de vida que la

altura de los tiempo exige, pues que ha caído. Sabe lo que es la verdadera decadencia que encierra esos vocablos: caer de.

Por todos conceptos España no podía vivir con plenitud. Para que un pueblo sienta que su vida es así, necesita tener el coronamiento de ideales, largamente defendidos. España vivió con plenitud el momento histórico de su gloria. Pero más tarde encueguecido por la propia luz que irradió, creyendo que ésta era perenne, se olvidó de formular nuevos programas de vida, proyectos elevados que hicieran sentir al español el deseo de entre-gar su vida, de dar el precio que fuera por obtenerlos. Se destie-rra la iniciativa, se ahogan las nuevas creaciones. No existe un plan que desarrollar. La vida de España es poco atractiva. Se describe en aquellos versos que dicen:

“Su ropaje son túnicas grises. . .  
el gris de lo incierto. . .

Su horizonte son brumas y nieblas  
de lóbrego aspecto.

Y aspirando sus grises caricias,  
gris se vuelve el alma,  
gris el pensamiento. . .”

Ortega y Gasset que comprende mejor que nadie la reali-dad de su pueblo, observa cómo no existe razón alguna para que los españoles deseen convivir. Del pasado sólo restan pergami-nos enmohecidos, recuerdos cubiertos de polvo. No es suficiente para que un grupo se mantenga unido. La unión la realiza el futuro, el interés común de las empresas ideológicas o materia-les. Vivir es realizar el presente proyectándose hacia el futuro y no sumergiéndose en la esterilidad de otras décadas.

La situación es ya irremediable. Necesita España vivir conforme a la época ¿qué hacer? Agotados sus recursos acude a quien posee la pauta de la modernidad: Inglaterra.

Los españoles atacan sus instituciones nucleares: la monar-quía absoluta y la Iglesia. Antes eran fuerzas directrices, ahora son parasitarias. Surgen los partidos liberales, los materialistas, las constituciones, el parlamentarismo, el industrialismo. Pal-merston (1783-1865) el notable político inglés, sabe que los gabinetes absolutistas van desapareciendo dominados por la in-fluencia de su patria, influencia que Europa acepta de buen gra-do, puesto que lleva implícito el progreso. Los dirigentes españoles afirman que sólo se realizan estas transformaciones para alcan-zar paz y orden. Los ingleses no confían en este liberalismo peninsular; saben que le falta la elaboración previa, la base, pero constituía un galardón para el imperio Británico, que poco a poco cubría al mundo con su potencia dominadora.

España navega en tumultuoso mar. Por momentos lucha por conservarse en lo propio. La esterilidad del esfuerzo la agota, y recurre cada vez con más frecuencia a la imitación. Su pasa-do, recurso glorioso del que se valía en otro tiempo, ahora es una rémora, un obstáculo. Cae en aterrador círculo: necesita imitar a Inglaterra, pero es preciso desechar el pasado y tomar el ajeno como base. Es un imposible. Rechazar el pasado, es rechazar-se a sí mismo. La imitación, la única realidad que el español podía poseer, en estos momentos y se instala en una situación falsa, inestable. El espíritu español se niega a su vida, desconoce la au-téntica para forjarse una inauténtica que no es más que el hundi-miento total, la decadencia. La vida de un individuo o de un pueblo es auténtica en cuanto puede reconocerse a sí mismo, en cuanto sabe cuáles son sus ideales.

Un pueblo ha esperado pacientemente la culminación de este proceso. Inglaterra ha tendido finas y ténues redes y espera que la presa se entregue por sí sola; lentamente, convencida de la bondad de la entrega. En efecto, la imitación o deseo de imi-tar, ese ser como, es entregarse, es ignorar que se tiene un ser capaz de vivir por sí solo, es llevar una vida de adaptación que

como ya se dijo, es totalmente inauténtica, es decir, España se ha convertido en un ser menoscabado.

En la época en que iniciara mi estudio, España tuvo ante sí varias posibilidades de vida eligiendo la que más le convino. Pero ahora su situación es diferente. No ha tenido dilema alguno de cuál será la mejor solución a su problema, porque sólo tiene un medio de salvarse: imitar a Inglaterra. La vida de libertad se ha visto suplantada por la vida de adaptación. Una sociedad organizada en determinadas circunstancias puede elegir la forma de vida que mejor le parezca; los individuos unen su voluntad y sus esfuerzos en un Estado que los protege. Esto no es posible en una vida de adaptación; el Estado se convierte en una férula que no inquiera si los gobernados se encuentran a gusto o no, y que no solicita colaboración. Los individuos se someten a sus leyes porque no tienen otro remedio.

Ortega y Gasset dice en su valioso tratado "Del Imperio Romano"... "la vida pública cobra el luminoso cariz de libertad, cuando se da el concurso de estos tres ingredientes: 1º Que en la existencia interna de la colectividad no surjan problemas con el carácter de absolutamente ineludibles, como sería por ejemplo una situación de anarquía. 2º Que en los cambios políticos, la solución por lo menos en su inspiración general, preexista a los problemas y contribuya a plantear éstos, o dicho en otros términos, que actúen en las almas verdaderos ideales de vida pública. 3º Que todos los miembros de la sociedad se sientan colaboradores, en una u otra medida, de la función de mandar, y por lo tanto, con un papel activo en el Estado." (56).

España carece de estos tres factores indispensables. No tiene una vida de libertad.

En suma, esto es lo que debo entender por decadencia. Imitar es tener la anuencia a no ser yo.

En última instancia, decadencia es el abandono ontológico.

## EPILOGO

Decadencia, es pues, "no ser totalmente yo". ¿Es ésta una situación absoluta, definitiva? No; porque el hombre es posibilidad ante todo de ser el mismo; por consiguiente la decadencia es tan sólo una negación de esa posibilidad suprema, no su aniquilación.

Nadie más apto ni mejor preparado que Ortega y Gasset para mostrar a su pueblo el camino del resurgimiento. Si España quiere resucitar, dice el maestro del pensamiento hispánico, es preciso que se apodere de ella un formidable apetito de todas las perfecciones. El secreto está en que el español se conozca a sí mismo; sólo esto salvará a España de los siglos de sonambulismo en que ha vivido.

Como resultado de mi estudio, propongo las siguientes conclusiones:

- 1.—El secreto de la Decadencia de España, se encuentra en el diálogo hispano-inglés que se entabla desde el siglo XVI.
- 2.—Entre Inglaterra y España existe una hostilidad tradicional. El preámbulo de ella, se inicia de un modo más o menos claro, durante el periodo de Carlos V y Enrique VIII, a pesar de la política francamente tolerante y conciliatoria del Emperador.
- 3.—Después del divorcio de Enrique VIII, las relaciones amistosas se sostienen con dificultad. Carlos V lleva a cabo el

último intento por unirse a Inglaterra a través del enlace matrimonial de su hijo Felipe con María Tudor. El proyecto fracasó y con él la política conciliatoria entre los dos países.

4.—La gran etapa de Isabel y Felipe II, se desenvuelve en medio de los caracteres más hostiles.

5.—El episodio de la derrota de la Gran Armada pone frente a frente a dos pueblos que representan formas de vida diametralmente opuestas.

6.—Es el hecho histórico que muestra en una forma dramática, el cambio de situación de estos países, cambio que se venía gestando tiempo ha. La caída de España y el encubramiento de Inglaterra es un hecho irrefutable.

7.—El cambio de poder de los dos pueblos es la base de la idea de la Decadencia de España, puesto que ésta se establece en relación a Inglaterra.

8.—En apariencia, la decadencia de España, se establece en relación a su pasada grandeza y en relación a Inglaterra. Pero no constituyen dos problemas, ya que el primero es falso. Tan sólo es una respuesta o defensa que realiza el pueblo español a fin de mostrar que él también tuvo su época de poderío. A la grandeza de Inglaterra, que es la que marca su decadencia, oponen la grandeza de sus glorias pretéritas.

9.—Para España lo moderno es lo tradicional.

10.—Inglaterra representa la modernidad porque está a la altura de los tiempos. Por esta razón se convierte en modelo; surge la imitación y con ella la anglicización de la cultura europea.

11.—España e Inglaterra ofrecen al mundo sus programas de vida. España tradicionalista, impregnada de religiosidad y supersticiones, representa un proyecto viejo, sin perspectiva alguna. Pretende universalismo, pero ante todo pretende imponer la españolidad. Inglaterra invierte los términos: muestra lo uni-

versal y oculta lo inglés. Aquí radica su perfidia, pero también el secreto de su conquista y del prestigio alcanzado.

Presenta un proyecto de vida activa; desplaza a la religión y da la clave de la nueva época, con la política liberal y tolerante. Establece que la medida del hombre moderno es el éxito, ya que la bondad de sus proyectos la valora por los resultados que obtiene. Perfecciona sus creaciones ofreciéndolas universalmente y ocultando el nacionalismo.

12.—Cuando España comprende el subterfugio de interpretarse en función de su pasado, ve la necesidad de alcanzar el nivel de los tiempos.

13.—El único medio es imitar a Inglaterra, pero al imitarla se convierte en un ser menoscabado y lleva una vida inauténtica.

14.—En última instancia, concluyo que la decadencia es la negación del ser; es decir, que España está decadente cuando abandona su estructura histórica para seguir otros cánones que le proporcionen el éxito de que carece.

15.—España está en posibilidad de revocar esta negación de sí misma, para afirmar nuevamente su ser. Exige un común esfuerzo de todos los españoles para que vuelvan a tener una vida auténtica propia. Conociéndose a sí mismos, definirán por sí mismos su propio destino.

## CITAS BIBLIOGRAFICAS

### I.—INTRODUCCION HISTORICA

- (1). LEWIS, WYNDHAM, *Carlos V de Europa, Emperador de Occidente*. (Espasa Calpe. Madrid, 1934), p. 31.
- (2). TREVELYAN, MACAULAY, GEORGE, *Historia Política de Inglaterra*. (Fondo de Cultura Económica, 1943), p. 207.
- (3). VALDEZ, ALFONSO DE, *Diálogo de Mercurio y Carón*. (Clásicos Castellanos. Madrid, 1929), p. 69.
- (4). TREVELYAN, *Op. cit.*, p. 209.
- (5). GRISAR, HARTMANN, *Martin Lutero. Su Vida y su Obra*. (Madrid, 1934), p. 106.
- (6). GRISAR, *Op. cit.*, p. 297.
- (7). LEWIS, *Op. cit.*, p. 68.
- (8). OVIEDO FERNÁNDEZ DE, GONZALO, *Sucesos y Diálogos de la Nueva España*. (Pról. y selec. de O' Gorman. U.N.A.M., 1946), p. xxvi.
- (9). OVIEDO, *Op. cit.* (Referencia a *Historia General y Natural de las Indias*, Libro VI, Cap. VIII, Tomo I, p. 179), p. xxvii.
- (10). VOSSLER, KARI, *Algunos Caracteres de la Cultura Española*. (Espasa Calpe, 1942). p. 71.
- (11). BACON, FRANCIS, *La Nueva Atlántida*. (Ed. Lozada. Buenos Aires, 1941), p. 113.
- (12). BACON, *Op. cit.*, p. 145.
- (13). BACON, *Op. cit.*, p. 48.
- (14). TREVELYAN, *Op. cit.*, p. 246.
- (15). VOSSLER, *Op. cit.*, p. 125.
- (16). VON MARTIN, ALFRED, *Sociología del Renacimiento*. (Fondo de Cultura Económica. México, 1946). p. 58.

- (17). ONGKEN, GUILLERMO, *Historia Universal*. Tomo XXV (Barcelona, 1917), p. 189.

## II.—PRIMERA PARTE

- (18). OLIVEIRA, J. P. MARTINS, *La Civilización Ibérica*. II Tomo. (Cuadernos de Cultura. México, 1941). p. 157.
- (19). OLIVEIRA, *Op. cit.*, p. 164.
- (20). OLIVEIRA, *Op. cit.*, p. 180.
- (21). VOSSLER, *Op. cit.*, p. 86.
- (22). VOLTAIRE, *Oeuvres Complètes*. Tome Sixieme. (Paris, 1860). p. 702.
- (23). FIGGIS N. JOHN, *El Derecho Divino de los Reyes y Tres Ensayos Adicionales*. (Fondo de Cultura Económica. México, 1912). p. 145.
- (24). VOSSLER, *Op. cit.*, p. 116.
- (25). ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *La Historia como Sistema y del Imperio Romano*. (Revista de Occidente. Madrid, 1912). p. 57.
- (26). ORTEGA, *Op. cit.*, p. 68.
- (27). LOYOLA, SAN IGNACIO DE, *Ejercicios Espirituales*. (Texto Original. Puelin. 1939). p. 5.
- (28). LOYOLA, *Op. cit.*, p. 7.
- (29). LOYOLA, *Op. cit.*, p. 17.
- (30). LOYOLA, *Op. cit.*, p. 40.
- (31). VALDEZ, ALFONSO DE, *Op. cit.*, p. XI.
- (32). VOLTAIRE, *Op. cit.*, p. 690.
- (33). VOLTAIRE, *Op. cit.*, p. 701.
- (34). VOLTAIRE, *Op. cit.*, p. 708.
- (35). BECKER, KARL, *La Ciudad del Siglo XVIII*. (Fondo de Cultura Económica. 1943). p. 155.
- (36). VOLTAIRE, *Op. cit.*, p. 130.
- (37). BECKER, *Op. cit.*, p. 73.
- (38). BECKER, *Op. cit.*, p. 46.
- (39). BECKER, *Op. cit.*, p. 29.
- (40). BECKER, *Op. cit.*, p. 84.
- (41). HAZARD, PAUL, *El Pensamiento Europeo en el Siglo XVIII*. (Revista de Occidente. Madrid. 1946). p. 44.
- (42). NORTHROP, F. S. C., *The Meeting of East and West Inquiry Concerning World Understanding*. (New York. 1916). p. 150.
- (43). LOCKE, JOHN, *Ensayo sobre el Gobierno Civil*. (Fondo de Cultura Económica. 1941). p. 57.
- (44). LOCKE, *Op. cit.*, p. 118.

## III.—SEGUNDA PARTE

- (45). O'GORMAN, EDMUNDO, *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica*. (U. N. A. México, 1917). p. 154.
- (46). FELJOO, JERÓNIMO, *Teatro Crítico. Obras Escogidas*. (Biblioteca de Autores Españoles. Madrid. 1883). Tomo LVI. p. 9.
- (47). FELJOO, *Op. cit.*, p. 17.
- (48). LOCKE, *Op. cit.*, p. 72.
- (49). FELJOO, *Op. cit.*, p. 71.
- (50). LOCKE, *Op. cit.*, p. 3.
- (51). FELJOO, *Op. cit.*, p. 39.
- (52). FELJOO, *Op. cit.*, p. 94.
- (53). FELJOO, *Op. cit.*, p. 259.
- (54). FELJOO, *Op. cit.*, p. 259.
- (55). FELJOO, *Op. cit.*, p. 209.
- (56). ORTEGA Y GASSET, *Op. cit.*, p. 148.

## BIBLIOGRAFIA

- ALTAMIRA Y CREVEA, RAFAEL, *Historia de España y de la Civilización Española*. Tomo III. (Barcelona. 1906.)
- BACON, FRANCIS, *La Nueva Atlántida. Edición Anotada, con Estudios sobre Bacon y su Filosofía*. (Ed. Lozada. Buenos Aires. 1941.)
- BALLESTEROS Y BERETTA, ANTONIO, *Historia de España y su Influencia en la Historia Universal*. Tomo IV. (Barcelona. 1926.)
- BECKER, CARL, *La Ciudad de Dios del Siglo XVIII*. (Fondo de Cultura Económica. 1943.)
- FELJOO, M. B., JERÓNIMO, *Obras Escogidas. Teatro Critico*. Tomo LVI. (Biblioteca de Autores Españoles. Madrid. 1883.)
- FIGGIS N., JOHN, *El Derecho Divino de los Reyes y Tres Ensayos Adicionales*. (Fondo de Cultura Económica. México. 1942.)
- GAGE, THOMAS, *The English-American. A New Survey of the West Indies, 1643*. (Broadway House, Carter Lane. London. 1928.)
- GRISAR, HARTMANN, *Martin Lutero. Su Vida y su Obra*. (Madrid, 1934.)
- HAZARD, PAUL, *El Pensamiento Europeo en el Siglo XVII*. (Revista de Occidente. Madrid. 1946.)
- HUME, MARTIN, *Españoles e Ingleses en el Siglo XVI*. Estudios Históricos. (Madrid. Londres. 1903.)
- HUME, MARTIN A. S., *Philip II of Spain*. (London. 1906.)
- INNES, ARTHUR D., *Ten Tudor Statesmen*. (London Eveleigh Nash. 1906.)
- INNES, ARTHUR D., *England under the Tudors*. (Third edition. London. 1911.)
- JUDERIAS, JULIÁN, *La Leyenda Negra*. (Ed. Araluce. Barcelona. s. f.)
- LEWIS WYNDHAM, D. B., *Carlos V de Europa, Emperador de Occidente*. (Espasa Calpe. Madrid. 1934.)
- LOCKE, JOHN, *Ensayos sobre el Gobierno Civil*. (Fondo de Cultura Económica. 1941.)

- LOYOLA, SAN IGNACIO DE, *Ejercicios Espirituales*. Texto original (Puebla, 1939.)
- MARIAS, JULIÁN, *Historia de la Filosofía*. (Pról. de Xavier Zubiri. Revista de Occidente. Madrid. 1941.)
- MERRIMAN, BIGELOW, *Carlos V, el Emperador y el Imperio Español en el Viejo y Nuevo Mundo*. (Espasa Calpe. Argentina. Buenos Aires, México.)
- MOOMSEN, WILHELM, *La Época de la Revolución Religiosa y la Contrarreforma, 1500-1666. Cuarenta Años de Guerra Europea, 1618-1660*. Tomo V. (Espasa Calpe.)
- MORO, TOMÁS, *More's Utopia and Dialogue of Comfort with an Introduction by Judge John O'Hagan*. (Everyman's Library by E. Rlys, 1931.)
- NORTHROP, F. S. C., *The Meeting of East and West Inquiry Concerning World Understanding*. (New York. 1936.)
- O'GORMAN, EDMUNDO, *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica*. (Imprenta Universitaria. México. 1947.)
- OLIVEIRA J. P., MARTINS, *La Civilización Ibérica*. 2 tomos. (Cuadernos de Cultura. México. 1944.)
- ONCKEN, GUILLELMO, *Historia Universal*. Tomos XXIII al XXV. (Barcelona. 1917.)
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Historia como Sistema y del Imperio Romano*. (Segunda Edición. Revista de Occidente. Madrid. 1942.)
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Obras: España Invertebrada*. (Tercera Edición. España Calpe. Madrid. 1943.)
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Obras. La Rebelión de las Masas*. (Tercera Edición. España Calpe. Madrid. 1943.)
- OVIDO, FERNÁNDEZ DE, GONZALO, *Sucesos y Diálogo de la Nueva España*. Prólogo y selección de F. O'Gorman. (I.N.A.M. México. 1946.)
- PUBLICACIONES DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACION, *Corsarios Franceses e Ingleses en la Inquisición de la Nueva España, Siglo XVI*. (Imprenta Universitaria. México. 1935.)
- TREVELYAN MACAULAY, GEORGE, *Historia Política de Inglaterra*. (Fondo de Cultura Económica. 1943.)
- VÁLDEZ, ALFONSO DE, *Diálogo de Mercurio y Carón*. (Clásicos Castellanos. Ed. La Lectura. 1929.)
- VOLTAIRE, *Oeuvres Complètes, avec des Notes et une Notice sur la Vie de Voltaire. Philosophie-Dialogues*. Tome Sixieme. (Paris. 1869.)
- VOX MARTIN, ALFRED, *Sociología del Renacimiento*. (Fondo de Cultura Económica. México. 1946.)
- VOSSLER, KARL, *Algunos Caracteres de la Cultura Española*. (Espasa Calpe. Argentina. Buenos Aires. México. 1942.)

## INDICE

	Págs.
Propósitos .....	I
INTRODUCCION HISTORICA	
I.—Enrique VIII y el Emperador .....	3
II.—La Reina Isabel y Felipe II .....	35
PRIMERA PARTE	
Capítulo I. Relativismo del concepto de decadencia .....	77
Capítulo II. La paradoja española .....	81
Capítulo III. El nivel histórico .....	105
Capítulo IV. Inglaterra, paradigma de la modernidad .....	107
SEGUNDA PARTE	
Capítulo I. El modelo inglés .....	149
Capítulo II. La imitación .....	157
Capítulo III. La conquista por dentro .....	173
Epilogo .....	
Conclusiones .....	177
Citas bibliográficas .....	177
Bibliografía .....	181
	185